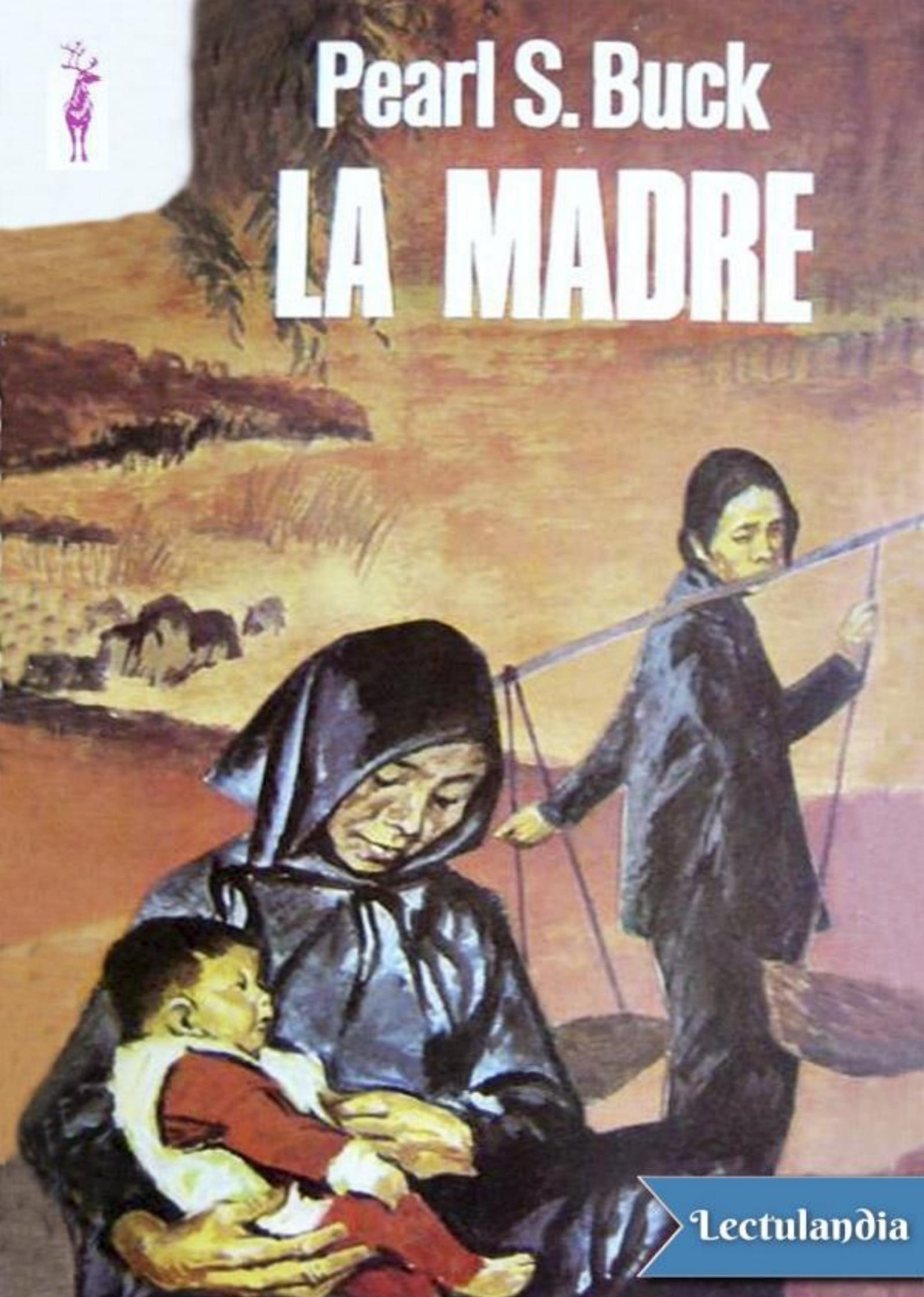




Pearl S. Buck

LA MADRE



Lectulandia

Historia de una mujer pobre en la China pre-comunista, en la década de 1930, que es abandonada por su marido y tiene que hacerse cargo de sus tres hijos.

Por todo ello, tiene que enfrentarse a diversos y poderosos enemigos: la opinión pública en una pequeña y entrometida aldea, el paso del tiempo y el tener que apartarse para dar paso a los nuevos jóvenes y sus innovaciones.

Relato costumbrista que narra con crudeza e intimidad la vida de la anónima madre.

Lectulandia

Pearl S. Buck

La madre

ePUB r1.0

Pepotem2 25.09.13

Título original: *The mother*
Pearl S. Buck, 1934
Traducción: Carlos Paytuví de Sierra

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

En la cocina de la pequeña granja, techada de *bálago*^[1], la madre sentábase en un bajo taburete de bambú, frente al fogón de tierra, alimentando con hierba el fuego que ardía bajo la caldereta de hierro. Las llamas acababan de prender y ella movía una ramita aquí, un puñado de hojas allí y echaba un poco más de hierba seca que había cortado el último otoño en la ladera de la colina.

En un rincón de la cocina, arrimada al fuego, estaba sentada una mujer muy vieja y flaca, envuelta en un grueso vestido acolchado de brillante tela roja de algodón cuyos bordes asomaban por bajo otro vestido azul, remendado, que llevaba sobre el primero. Estaba medio ciega debido a una maligna enfermedad de los ojos, que casi le cerraba por completo los párpados, pero por las pequeñas ranuras que permanecían abiertas veía mucho aún y contemplaba el brillo de las llamas que prendían bajo las fuertes y hábiles manos de la madre. Entonces habló, silbando las palabras con suavidad entre sus hundidas encías sin dientes.

—Ten cuidado con el fuego —dijo—. No tenemos más que una carga, ¿o son dos?, y la primavera empieza ahora y pasará todavía mucho tiempo antes de que la hierba crezca lo bastante para cortarla, y aquí estoy yo como estoy, y dudo que jamás pueda volver a buscar combustible. No soy más que una vieja ahora, y debería morir...

Estas últimas palabras las repetía la vieja muchas veces durante el día, y cada vez que las decía esperaba oír a la mujer del hijo hablando como habló entonces.

—¡No digas eso, vieja madre! ¿Qué haríamos nosotros si no te tuviéramos para vigilar la puerta mientras estamos en el campo y procurar que los pequeños no caigan al estanque?

La vieja madre tosió ruidosamente al oír estas palabras, y habló con voz entrecortada.

—Es verdad... que lo hago... Hay que vigilar la puerta en esos malos tiempos, pues hay ladrones en todas partes. ¡Cómo gritaría si entraran aquí, hija! Recuerdo que no era así cuando yo era joven. No; entonces, si dejabas una hoz afuera, por la noche, allí la encontrabas por la mañana, y en verano, atábamos los animales a la aldaba de la puerta y allí estaban al día siguiente, y...

—¿Sí, vieja madre? —dijo la joven madre, riendo educadamente, aun sin prestar atención a la vieja, que hablaba sin descanso todo el día.

Mientras aquella cascada voz divagaba, la joven madre pensaba en el combustible y preguntábase si duraría hasta que la siembra de la primavera terminara, hasta que ella tuviera tiempo para salir con su cuchillo a cortar ramitas de los árboles, recogiendo acá y acullá cuanto pudiera arder. Cierto que junto a la puerta de la cocina, por la parte de afuera, cerca de la era que también era patio, había aún dos

hacinas de paja de arroz, cuidadosamente cubiertas para protegerlas de la humedad de la lluvia y la nieve. Pero la paja de arroz era demasiado buena para quemar. Sólo la gente de las ciudades quemaba paja de arroz, y ella o su hombre la llevarían a la ciudad en grandes balas sostenidas con una pértiga, y obtendrían buena plata por ella.

Ponía hierba al fuego, poco a poco, absorta en su tarea. La luz de las llamas le iluminaba la cara, una cara ancha y fuerte, de labios llenos, atezada y enrojecida por el viento y el sol. Sus ojos negros brillaban a la luz; ojos de mirada clara, rectos bajo las cejas. No era una cara hermosa, sino apasionada y buena. Uno se diría: he aquí una mujer de temperamento vivo, pero afectuosa esposa y madre, y buena en su casa con una vieja.

La mujer vieja seguía hablando. Estaba sola todo el día, con los niños, puesto que su hijo y la mujer de su hijo debían trabajar la tierra y, en aquel momento, parecíale que tenía muchas cosas que decir a su nuera, a quien quería. Su vieja voz cascada siguió hablando, tosiendo, de vez en cuando, a causa del humo que salía del fogón.

—Siempre dije que, cuando un hombre tiene hambre y especialmente si es joven y vigoroso como mi hijo, un huevo batido con los fideos...

La vieja voz se alzó un poco más, para hacerse oír sobre la impaciencia de dos niños, que se agarraban a los hombros de su madre, al agacharse ella para continuar alimentando el fuego.

Pero la madre seguía en su tarea, con el rostro tranquilo. Sí, estaba tan tranquila como si no oyera las palabras de los hijos, un niño y una niña, y como si tampoco percibiera la sempiterna vieja voz. Estaba pensando que, en verdad, se había retrasado algo aquella noche; había mucho que hacer en la tierra en primavera, y ella no regresó del campo hasta haber sembrado la última hilera de habas. Los cálidos días y las suaves noches húmedas, llenas de rocío, debían ser aprovechadas al máximo, por lo que había llegado hasta la última hilera. Aquella vida nocturna empezaría a agitarse en las habas secas. Ese pensamiento la satisfacía. Sí, en todo aquel campo empezaría a agitarse secretamente la vida, en la cálida y húmeda tierra. El hombre estaba trabajando allí aún, pisando la tierra sobre los surcos con los pies desnudos. Háblele dejado solo en su trabajo, porque hasta el campo llegaron las voces de los niños, llamándola, y ella se había apresurado en su labor regresando después a casa.

Los niños esperaban, hambrientos, junto a la puerta de la cocina, cuando llegó, y ambos lloraban; suavemente y sin lágrimas el niño, y gimiendo y mordiéndose el puño la niña. La vieja permanecía sentada escuchándoles tranquilamente. Había intentado consolarles durante un rato, pero seguían llorando y finalmente, les dejó. Tampoco la madre les dijo nada; dirigióse directamente al fogón, agachándose para coger hierba. Esta señal bastó. El niño dejó de gritar y corrió tras ella, con toda la velocidad de sus cinco años, y también lo hizo la niña, lo mejor que pudo, pues no

había cumplido tres años aún.

La comida en la caldereta estaba hirviendo y, por debajo de la tapa de madera, empezaron a salir nubes de fragante vapor. La vieja aspiraba profundamente y movió sus desdentadas mandíbulas. Bajo la caldereta se alzaban las llamas, lamiendo su fondo de hierro, y, al no encontrar paso por él, se extendían hasta los bordes y subían, convirtiéndose en denso humo que llenaba la pequeña habitación. La madre se echó hacia atrás, retirando también a la niña, pero el acre humo había llegado ya hasta la pequeña, que parpadeó y se frotó los ojos con las sucias manecitas, y empezó a gritar. Entonces, la madre se alzó rápidamente y levantó a la niña, sacándola de la cocina.

—Quédate aquí, pequeña —díjole—. El humo te hace daño a los ojos, pero tú siempre metes la cabeza en él.

La vieja escuchó, como siempre hacía cuando hablaba la mujer de su hijo, encontrando en sus palabras un nuevo tema del que hablar ella misma.

—¡Ay!, —empezó a gimotear—. Siempre dije que, si no hubiera tenido que cuidar del fuego durante tantos años, ahora no estaba medio ciega. El humo me ha vuelto tan ciega como estoy ahora...

Pero la madre no escuchó la vieja voz; oía el ruido que hacía la niña, sentada fuera de la cocina, en el suelo, gritando, frotándose los ojos y tratando de abrirlos. Los ojos de la niña estaban siempre enrojecidos e irritados. Sin embargo, si alguien decía a la madre: «¿No tiene tu hija alguna enfermedad en los ojos?», la madre contestaba: «Es que siempre mete la cabeza en el humo, cuando pongo hierba al fuego».

Pero aquel llanto no la conmovía como antaño había hecho. Estaba demasiado ocupada entonces y los hijos llegaban de prisa. Cuando el primero nació, no podía soportar que llorase. Parecía entonces que cuando un niño lloraba, la madre debía calmarle de alguna forma, y por eso, cuando el suyo gimoteaba, dejaba lo que estaba haciendo y le daba el pecho. Entonces el hombre se enfadaba, porque ella se detenía demasiado a menudo en su trabajo, y le gritaba: «¡Qué! ¿Piensas darle de mamar a tu hijo y dejarme todo el trabajo a mí? Empiezas ahora a parir y durante veinte años amamantarás a uno u otro. ¿Crees que lo soportaré? No eres la mujer de ningún hombre rico que no tiene que trabajar sino parir y criar, y puede alquilar a quienes hagan su trabajo».

Entonces, ella, revolvíase, como siempre hacía, pues ambos eran jóvenes y llenos de vida y pasión, y le gritaba: «¿No he de tener algo que me compense de mis dolores? ¿Vas tú al trabajo cargado, durante muchos meses, como yo, y tienes tú los dolores del parto? No; tú descansas al llegar a casa, pero cuando llego yo tengo que preparar la comida y cuidar de un niño y una vieja y complacer sus caprichos y...».

Disputaban acaloradamente durante un rato y no había vencedor ni vencido. Pero esa disputa no duró mucho, pues sus pechos pronto se secaron, dado que ella

concebía tan fácilmente como un animal sano y limpio. Incluso habíase secado nuevamente su leche, cuando dio a luz prematuramente el verano pasado, al caer y herirse con la punta del arado... Bien; los niños debían conformarse, y si lloraban, que llorasen; no podía correr para darles el pecho, y tenían que esperar y aguardar el hambre hasta que ella llegara. Eso dijo, pero la verdad era que tenía un corazón más suave que sus palabras y que aún se apresuraba, cuando sus hijos la llamaban.

Cuando el guiso hubo hervido un rato y el humo se mezcló con el aroma del arroz, cogió una escudilla y la llenó para la vieja. La puso en la mesa, en la habitación mayor en que todos vivían, y, luego, llevó a la vieja allí, sin escuchar apenas su voz cascada.

—... y si mezclas guisantes con el arroz, es tan bueno que...

La vieja se sentó, cogió la escudilla en sus huesudas manos y guardó silencio, temblando súbitamente con ansia por la comida, babeando por las comisuras de su arrugada boca.

—¿Dónde está la cuchara? No encuentro mi cuchara...

La madre puso la cuchara de porcelana en la vacilante mano y salió. Entonces cogió dos escudillas pequeñas de hojalata y dos pares de palillos de bambú y llenó una a la niña primero, porque seguía llorando y frotándose los ojos. La niña estaba sentada en el polvo de la era y, con las lágrimas y las sucias manecitas, habíase embadurnado la cara. La madre la puso en pie y le limpió un poco la cara con la palma de su áspera mano oscura. Luego, levantando el borde del remendado vestido que la pequeña llevaba, le secó los ojos. Pero lo hizo suavemente, pues los ojos de la niña estaban enrojecidos e irritados y tenía los bordes de los párpados en carne viva: cuando la hija volvió la cabeza, encogiéndose y gimoteando, la madre se apiadó, sintiéndose turbada por el dolor de la pequeña.

Dejó la escudilla sobre una burda mesa sin pintar, colocada junto a la puerta de la casa, por la parte de afuera, y habló a la niña con voz fuerte y bondadosa.

—Come, come.

La niña anduvo, vacilante, y se agarró a la mesa, entornando los enrojecidos párpados para protegerse del sol de la tarde y alargó la mano hacia la escudilla.

—¡Ten cuidado! ¡Está caliente! —gritó la madre.

La niña vaciló y empezó a soplar sobre la comida para enfriarla, pero la madre seguía mirándola, turbada aún, murmurando para sí misma: «Cuando el hombre lleve la próxima carga de paja de arroz a la ciudad, le pediré que vaya a una botica y compre unguento para los ojos irritados».

Entonces, el niño empezó a quejarse porque ella no había colocado también su escudilla en la mesa; la madre fue a buscarla y la dejó allí y, durante un rato, hubo silencio.

La madre se sintió demasiado cansada, incluso para comer, suspiró

profundamente, buscó un pequeño taburete de bambú, lo puso junto a la puerta y se sentó a descansar; luego aspiró una gran bocanada de aire, alisóse con la mano el áspero cabello y miró a su alrededor. Las bajas colinas que circundaban el valle en que se encontraba su tierra destacábanse, negras, contra un cielo amarillo pálido, y en el corazón de aquel valle, en la pequeña aldea, se encendían los fuegos para la cena y el humo empezaba a elevarse lánguidamente en el quieto aire. La madre miraba y sentíase llena de contento. Ni en una sola de las seis o siete casas que componían la aldea, pensó súbitamente, la madre cuidaba a los hijos mejor que ella lo hacía. Había algunas más ricas; indudablemente, la mujer del posadero tenía algún dinero, pues llevaba dos sortijas de plata en las manos y aretes en las orejas, como la joven madre ansiara tener en su juventud y jamás tuviera. Ella prefería ver cómo su dinero se convertía en la buena carne que cubría los huesos de sus hijos. Murmurábase que el posadero no daba a sus hijos sino las sobras de la comida que sus huéspedes dejaban en las escudillas; pero ella, la madre, daba a los suyos el buen arroz que cultivaban en su tierra y, si los ojos de la niña estuvieran sanos, no tendrían de qué preocuparse; tenían salud y crecían bien, hasta el punto de que el niño aparentaba tener siete u ocho años.

Si, ella siempre tenía hijos sanos y, si aquél no hubiera nacido demasiado pronto y hubiera muerto, después de haber respirado sólo una vez, también hubiese sido fuerte y poco faltaría para que empezara ya a caminar.

Volvió a suspirar. Bueno, dentro de un mes o dos nacería otro. Pero sentíase contenta, especialmente cuando estaba encinta, y llena de vida...

Alguien salió de la puerta de enfrente, al otro lado de la calle, y entre el humo vio a la esposa del primo de su marido y le dijo:

—¡Ah! También estás cocinando. Yo he acabado ya.

—Sí, si —repuso la otra, con voz descuidadamente alegre—. Y estaba pensando que habías ya acabado, pues estás muy adelantada en tu trabajo.

Pero la madre gritó, cortésmente:

—No, no; es que los niños tienen hambre antes de acostarse.

—Eres una mujer muy hacendosa —repuso también a gritos la esposa del primo, entrando en la casa, llevando consigo la hierba que había salido a buscar.

La madre permaneció sentada un rato todavía a la mortecina luz del atardecer, sonriendo ligeramente. En verdad podía sentirse orgullosa, orgullosa de su fuerza, de sus hijos y de su hombre.

Pero la paz no duró mucho. El niño le presentó súbitamente la escudilla vacía.

—Más... madre; más.

Se puso en pie para llenarla otra vez y, cuando salió de nuevo a la puerta, el sol descansaba en una depresión entre las colinas, al borde del mismo campo donde ella había trabajado todo el día. Descansó allí, como si quedase preso, por un instante,

entre las colinas, inmóvil, hasta desaparecer. En la inmediata penumbra vio al hombre acercarse por un sendero con el azadón al hombro, sostenido con el brazo levantado, mientras se abrochaba el vestido. Caminaba ligera y ágilmente, como un gato joven, y, de pronto, empezó a cantar. Le gustaba cantar, tenía la voz alta, clara y trémula, y sabía muchas canciones, por lo que, a menudo, en las fiestas, le pedían que cantara para todos en la casa de té, para pasar el tiempo. Bajó la voz al acercarse y, cuando finalmente llegó al umbral, cantaba muy suave, pero todavía con la misma voz trémula excitante, en rápido ritmo. Dejó el azadón contra la pared, y la vieja, al oírle, despertó de la modorra en que se había sumido, después de la comida, y empezó a hablar como si no se hubiera interrumpido.

—Como decía, a mi hijo le gustan unos guisantes con arroz, porque tienen muy buen gusto y...

El hombre rio quedamente y entró en la casa; luego su voz agradable salió por la puerta.

—Sí, vieja madre; me gustan mucho.

Afuera, junto a la puerta, la niña sentábase tranquila y satisfecha, con la escudilla vacía; tras desaparecer el sol, abrió algo los ojos y miró a su alrededor sin quejarse. La madre volvió a entrar en la cocina y sacó una escudilla de humeante arroz para el hombre. La escudilla era de loza azul y blanca y estaba llena hasta los bordes; en ella, la madre había echado un huevo, ahorrado de las pocas gallinas que empollaban y la clara empezaba a endurecerse. Cuando el hombre trabajaba duramente, debía comer un poco de carne o un huevo. A pesar de sus disputas, era agradable verle bien comido; además, la madre pensó que sus desavenencias eran solamente de labios afuera. Le gustaba verle comer, incluso si a veces le regañaba por algo.

—¡He puesto un huevo fresco en el arroz de tu hijo! —dijo a voces a la vieja—. Y también tiene coles.

La vieja oyó esas palabras y acto seguido, habló con rapidez.

—Si, siempre he dicho que un huevo fresco es lo mejor para un hombre joven. Remienda la fuerza.

Pero nadie la escuchaba. El hombre comía vorazmente, pues estaba hambriento. Poco después gritó a la madre que volviera a llenarle la escudilla, golpeando la mesa con ella para incitarla a que se apresurara. Cuando estuvo llena, ella se sirvió también. Pero no se sentó junto al hombre; lo hizo en el bajo taburete en el patio, junto a la puerta, y cenó aquel arroz con placer, pues le gustaba la comida, como le gusta a un animal sano. De vez en cuando poníase en pie para coger un pedazo de col de la escudilla del hombre y mientras comía miraba al oscuro cielo rojizo entre las dos colinas. Los niños se acercaron y se inclinaron hacia ella, abriendo la boca para que les diera un bocado, y, de vez en cuando, la madre ponía un poco de arroz entre sus labios con los palillos. Y aunque los niños estaban hartos, tenían ya hambre y, a

pesar de que era comida igual a la que les había servido, aquellos alimentos de la escudilla de la madre les parecían mejores que los que ellos comieran. Incluso el perro amarillo de la granja se acercó confiadamente. Había estado sentado debajo de la mesa, esperando, pero el hombre le golpeó con el pie y entonces salió, cogiendo hábilmente con la boca las pizcas de arroz que la madre le tiró una o dos veces.

Por tres veces se levantó la madre para llenar la escudilla del hombre y él comió hasta saciarse y gruñó de satisfacción; entonces ella vertió agua hirviendo en la vacía escudilla, y él la sorbió ruidosamente, levantándose poco después, para continuar sorbiendo afuera, frente a la puerta. Cuando hubo terminado y ella recogió su escudilla, el hombre permaneció un rato allí, de pie, mirando hacia los campos, que la noche cubría.

Había luna nueva en el firmamento, muy pequeña y pálida, como el cristal entre las estrellas. La miró, empezando a cantar una suave canción.

De las otras casas de la aldea empezaron a salir hombres también. Algunos hablaban a gritos de un juego en la posada, mientras otros permanecían de pie, junto a la puerta, bostezando y mirando. El joven esposo dejó de cantar de pronto y miró fijamente al otro lado de la calle. Sólo había una casa en la que un hombre trabajaba mientras los demás descansaban. Era su primo. ¡Aquel hombre! Trabajaba, incluso, cuando la noche había llegado ya. Allí estaba, sentado junto a su puerta, inclinada la cabeza, tejiendo una cesta de mimbre. Bien; algunos hombres eran así..., pero en cuanto a él... una pequeña partida... Volvióse para hablar a la mujer, encontrando su prevenida y hostil mirada, y al verla la maldijo silenciosamente. ¿No podía jugar un poco por la noche, después de haber trabajado todo el día? ¿O sólo tenía que trabajar y trabajar, hasta el día que muriera? Pero no podía resistir aquella mirada firme e irritada, posada en él. Se movió con petulancia, como un niño, y habló:

—Después de un día de trabajo como hoy... ¡Bueno, me iré a dormir, pues! ¡Estoy demasiado cansado para jugar esta noche!

Entró en la casa entonces, se echó en la cama, estiróse y bostezó. Su vieja madre, ciega en la oscuridad de la habitación sin linterna, gritó de pronto:

—¿Se ha acostado mi hijo?

—¡Sí, madre! —contestó él, irritadamente—. ¿Qué otra cosa puede hacerse en un lugar pequeño y vacío como éste, sino trabajar y dormir, trabajar y dormir?

—Si, sí —respondió alegremente la vieja, sin observar la irritación en la voz de su hijo.

Entonces se levantó y fue a tientas hasta su rincón, donde, tras una cortina de algodón azul, estaba su camastro. Pero el hombre dormía ya.

Cuando oyó el acompasado sonido de la respiración del hombre, la madre se puso en pie y los niños la siguieron, agarrándose a su vestido. Enjuagó las escudillas con un poco de agua fría de la tinaja, junto a la puerta de la cocina, y las colocó en una

hendidura en la pared de tierra. Luego fue a la parte de atrás de la casa y, a la débil luz de la luna, sacó un cubo de agua de un pozo poco profundo, llenando la tinaja con ella. Salió una vez más, para soltar al búfalo doméstico, amarrado a uno de los sauces que crecían libremente en torno a la era, dándole un pienso de paja con unos chícharos negros. Cuando hubo comido, lo llevó a la casa, atándolo a la pata de la cama donde descansaba el hombre. Las gallinas dormían ya debajo de la cama y cacarearon al llegar ella, pero callaron en seguida.

Nuevamente, salió y llamó, y un cerdo gruñó en la creciente oscuridad. Le había dado de comer al mediodía y nada le dio entonces; empujándolo y azuzándole suavemente le obligó a entrar en casa. Sólo dejó al perro amarillo fuera, pues tenía que dormir en el umbral.

Durante todo ese tiempo, los niños la habían seguido lo mejor que podían, aunque ella se movía sin esperarles. Entonces se agarraron a las perneras de sus pantalones, gimiendo y llorando. Agachóse y cogió a la niña en brazos y, llevando al niño de la mano, entró en la casa y atrancó la puerta. Luego fue a la cama, colocando a los niños a los pies del hombre. Les quitó los vestidos y después despojóse del suyo y, metiéndose entre el hombre y sus hijos, se acostó, colocando el cobertor sobre todos ellos. Así permaneció, quieta, sintiendo cómo su fuerte cuerpo lleno de saludable cansancio, era invadido por una gran oleada de ternura. A pesar de lo impaciente que pudiera ser durante el día y de sus pequeñas y súbitas irritaciones, por la noche era todo ternura, apasionada ternura por el hombre, cuando se volvió hacia ella en la necesidad y por sus hijos desvaídos en su sueño, y por la vieja si tosía, levantándose para darle un poco de agua; también por los animales, si se movían y asustaban a los demás con sus movimientos, a los que entonces hablaba.

—Quietos, dormid. El día está muy lejano aún.

Y al oír su áspera y bondadosa voz, incluso los animales se tranquilizaban y volvían a dormir.

En la oscuridad, el niño se frotaba contra ella, buscando el pecho con la boca. Lo dejó mamar; su pecho estaba seco, pero era suave y aquietaba al niño con su lejano recuerdo de saciedad. Pronto volvería a llenarse. Al otro lado del niño, estaba la niña, cerrando fuertemente los ojos y frotándose incesantemente para calmar su picor mientras caía dormida. Incluso durmiendo seguía frotándose, sin saber lo que hacía.

Pronto durmieron todos. Pesada y profundamente durmieron, y si el perro ladraba durante la noche, todos seguirían durmiendo excepto la madre, pues para ellos sus ladridos eran los sonidos de la noche. Sólo la madre despertaba para escuchar y prestar atención, y si no tenía que levantarse, también ella volvía a dormir.

Capítulo II

¿Hay algún día distinto a otro, bajo el cielo, para una madre? Por la mañana, la madre despertaba y levantábase antes del alba, y mientras los demás dormían aún, ella abría la puerta, sacaba las gallinas y el cerdo, conducía al búfalo hasta el patio, barría después el estiércol caído durante la noche, y lo apilaba en un rincón de la puerta del patio. Dormían aún los demás cuando iba a la cocina y encendía el fuego y calentaba agua para que bebieran el hombre y la vieja al despertar, y vertía un poco en un cuenco de madera, para que se enfriara y lavar con ella después los ojos de la niña.

Todas las mañanas, los párpados de la niña estaban fuertemente pegados y no podía ver hasta después de lavarlos. Al principio, la niña habíase asustado, y también la madre, pero la abuela dijo:

—Yo también los tenía así cuando era niña, y no me he muerto.

Ya estaban acostumbrados a ello y sabían que a los niños podían sucederles aquello, y no morir. Apenas acababa la madre de verter el agua, cuando llegaron los niños, llevando el hermano a la hermana de la mano. Habían saltado silenciosamente de la cama, para no despertar al hombre, temiendo su enfado, pues, a pesar de lo alegre que era, cuando quería serlo, sabía también irritarse y abofetearles furiosamente, si le despertaban antes de que terminara su sueño. Los dos niños permanecieron silenciosos junto a la puerta. El hermano parpadeó somnoliento y miró a su madre y bostezó, pero la niña quedó esperando con los párpados fuertemente pegados.

Entonces, la madre se puso en pie con rapidez y, cogiendo la toalla gris que colgaba de una estaquilla clavada en la pared, mojó uno de sus extremos en el agua del cuenco y, lentamente, lavó los ojos de la niña, que gemía en voz baja, y la madre pensó, como pensaba todas las mañanas: «Tengo que procurarme el unguento para los ojos de esta criatura; tengo que procurármelo. Si no se me olvida, cuando vendamos la próxima carga de paja de arroz, le diré que vaya a una botica... Hay una cerca de aquí, a la derecha en una calle estrecha...».

Así pensaba cuando salió el hombre a la puerta, poniéndose las ropas, bostezando ruidosamente y rascándose la cabeza.

—Cuando lleves esta carga de arroz para vender —dijo, expresando su pensamiento en voz alta—. Ve a la botica que hay cerca de la Puerta del Agua, y pide unguento o algo para ojos irritados como éstos.

Pero el hombre estaba cargado de sueño aún, y contestó con irritación.

—¿Y por qué tenemos que gastar nuestro escaso dinero para ojos irritados, si sabemos que esto no la matará? Yo tenía los ojos mal cuando era niño, y mi padre nunca gastó su dinero en mí, aunque yo era su único hijo vivo.

Comprendiendo que era mal momento para hablar, la madre no dijo más, y fue y vertió el agua para el hombre. Pero estaba algo enfadada, también, y no quiso dársela, sino que la puso sobre la mesa, para que él la cogiera. Sin embargo, nada más dijo. Cierto que muchos niños tenían los ojos irritados, y que curaban al pasar la infancia, como su mismo hombre, de forma que, aunque tenía pequeñas cicatrices en los párpados, como se notaba al mirarle cuidadosamente a la cara, veía bastante bien, si la cosa que miraba no era demasiado pequeña. Sería distinto si fuera letrado y tuviera que consultar libros para ganarse la vida.

De pronto, la vieja se movió y llamó débilmente, y la madre le llevó una escudilla de agua caliente, para que la bebiera a sorbos antes de levantarse, lo cual la vieja hizo ruidosamente. Eructó los malos vientos de su vaciedad interior y quejóse un poco de su edad, que le hacía sentirse débil por la mañana.

La madre volvió a la cocina y se dispuso a preparar los alimentos de la mañana. Mientras tanto, los niños se sentaron uno cerca del otro, en el suelo, esperando, acurrucados en el fresco de la mañana. El niño se levantó finalmente y fue junto a su madre, que alimentaba el fuego, pero la niña permaneció sentada, sola. De pronto, el sol asomó sobre la colina, por oriente, y su luz se desparramó en grandes rayos sobre la tierra y esos rayos dieron en los ojos de la niña, que los cerró rápidamente. En otras ocasiones había llorado, pero, entonces, sólo contuvo el aliento todo lo que pudo, como hubiera hecho una persona mayor, y permaneció sentada, quieta, con los enrojecidos ojos fuertemente cerrados, y no se movió hasta que notó que su madre le daba una escudilla llena.

Sí, todos los días eran iguales para la madre, pero jamás los encontraba aburridos, pues estaba muy satisfecha de la forma en que transcurrían. Si alguien se lo hubiera preguntado, hubiese redondeado sus grandes ojos, contestando: «La tierra cambia desde el momento de la siembra hasta la época de la cosecha y entonces viene la recolecta de nuestra propia tierra y el pago del grano al propietario de las que tenemos en arriendo, y están las festividades y la gran fiesta del Año Nuevo. Sí, incluso los niños cambian y crecen y yo estoy concibiendo más, y para mí hay cambio y esos cambios son tan grandes que juro que me hacen trabajar desde el alba hasta la anochecida».

Si le quedaba algún tiempo libre, había otras mujeres en la aldea; una a punto de dar a luz, y otra que penaba porque se le había muerto un hijo o una tercera, que tenía un nuevo patrón para hacer una flor en un zapato o sabía otra forma de cortar un vestido. Y había días en que iba a la ciudad con grano y coles para vender. Con ella iba el hombre, y en la ciudad había cosas extrañas que ver y en qué pensar, si alguna vez tenía tiempo para pensar. Pero la verdad era que aquella mujer sabía vivir contenta con el hombre y los hijos, sin pensar en nada más. Para ella, conocer la

plenitud de la frecuente pasión del hombre, concebir por el y saber que la vida crecía en su propio cuerpo y dar a luz y sentir los labios de un hijo bebiendo su pecho, era bastante. Levantarse al amanecer y alimentar a los suyos y cuidar de las bestias, sembrar la tierra y cosechar frutos, sacar agua del pozo para beber, pasar los días en las montañas recogiendo hierba, sintiendo el sol y el viento sobre ella, era bastante. Gozaba de toda su vida, dando a luz, trabajando la tierra, comiendo y bebiendo y durmiendo, barriendo y arreglando su casa y oyendo a las mujeres de la aldea alabarla por su habilidad en el trabajo y la costura. Incluso, discutir con el hombre era bueno y añadía algo picante a su mutua pasión. Por tanto, todos los días se levantaba con nuevos ánimos.

Aquel día, cuando el hombre hubo comido y suspirado y cogido la azada para ir al campo con paso no muy rápido, como siempre hacía, enjuagó las escudillas y sentó a la vieja fuera, al calor del sol, diciendo a los niños que jugaran allí, pero que no se acercaran al estanque. Entonces, cogió su propio azadón y se marchó, deteniéndose una o dos veces para mirar hacia atrás. La brisa le traía débilmente la voz de la vieja, y la madre sonrió y siguió su camino.

Vigilar la puerta era lo único que la anciana podía hacer y lo hacía orgullosamente. A pesar de ser vieja y medio ciega, podía, sin embargo, ver si se acercaba alguien que no debiera acercarse, y avisar con un grito. Era una vieja muy pesada y muy difícil de cuidar, a veces. Resultaba peor que un niño, porque se volvía caprichosa y la madre no podía darle un cachete como a sus hijos.

—Será muy bueno para ti, ama de casa, cuando esa vieja muera, tan vieja y ciega y llena de dolores y, sin duda, caprichosa con la comida, también —habíale dicho cierto día la mujer del primo.

Pero la madre contestó en la forma suave, acostumbrada en ella, cuando se sentía secretamente tierna:

—Pero sirve de mucho todavía para vigilar la puerta, y espero que viva hasta que la niña sea mayor.

No, la madre no tenía corazón para ser dura con una vieja como aquella. Había oído a algunas mujeres jactarse de la forma en que habían combatido en su casa a su suegra, afirmando que no estaban dispuestas a soportar el mal humor de las viejas. Pero, para aquella joven madre, la vieja era como otro hijo suyo, infantil y caprichoso como los niños, hasta hacerla ir algunas veces de un sitio a otro, en las colinas, buscando alguna hierba que la mujeruca quería. Sin embargo, cuando cierto verano hubo una fuerte enfermedad en la aldea, muriendo dos hombres fuertes y algunas mujeres y muchos niños, y la vieja parecía a punto de morir y ellos compraron el mejor ataúd que pudieron adquirir, esperando el fin, la joven madre se alegró verdaderamente de que la vieja se aferrase a la vida y triunfase de la enfermedad. Sí, a pesar de que la curtida vieja había roto dos mortajas, la madre estaba contenta de que

viviera.

El vestido rojo que la joven madre había confeccionado para enterrarla con él, llevábalo bajo otro azul, como era costumbre en aquella parte del país, hasta que se ajaba y rompía y la vieja se agitaba y sentíase incómoda. Entonces, la madre le hacía uno nuevo, y la vieja llevaba alegremente ese segundo vestido. Si alguien le decía: «¿Todavía estás viva, anciana?», ella contestaba, regocijada:

—¡Sí, todavía estoy viva, y llevo mi buen vestido de entierro! Lo estoy rompiendo y no sé cuántos más romperé.

Y la vieja reía pensando lo divertido que era seguir viviendo sin poder morir.

Pensando todo esto, la madre se volvió hacia atrás, sonrió y oyó la voz de la vieja.

—¡Descansa tu corazón, buena hija! ¡Aquí estoy yo para vigilar la puerta!

Si, echaría en falta a la buena mujer, cuando muriera. Sin embargo, ¿de qué servía echar en falta a nadie? La vida llegaba y se iba a la hora señalada y contra sus designios nada podía hacerse.

Por tanto, la madre siguió su camino, tranquila.

Capítulo III

Cuando las habas que había sembrado en el campo estuvieron en flor y los vientos llenábanse con su fragancia y el valle amarilleaba con la flor de la colza que cultivaban para extraer aceite de sus semillas, la madre dio a luz su cuarto hijo. No había comadrona cuyos servicios pudiéranse contratar en aquella pequeña aldea, como las había en la ciudad, e incluso en los pueblos mayores, pero las mujeres se ayudaban mutuamente cuando llegaba el momento. Había abuelas para decir lo que debía hacerse si algo iba mal y un niño no nacía debidamente. Pero la madre estaba bien informada. No era ni demasiado pequeña ni delgada y nunca tenía dificultades. Incluso cuando se cayó y parió prematuramente, lo hizo con facilidad y poco representó para ella, excepto la pena por un hijo perdido y haber pasado todo aquello en vano.

A su tiempo, llamó a la esposa del primo, y, cuando a su vez la esposa del primo la necesitó, ella le ayudó. Y así, un día dulce y ventoso de primavera, la mujer sintió su hora y cruzó el campo y dejó el azadón apoyado en la pared de la casa y llamó a la casa al otro lado de la calle. La esposa del primo llegó corriendo, secándose las manos con el delantal, pues estaba lavando ropa en el estanque.

La esposa del primo era una mujer bondadosa, amable, de cara redonda y atezada y nariz arremangada sobre una boca grande y roja. Hablaba todo el día sin parar a su silencioso esposo y en aquel momento acercábase riendo y gritando:

—Ama de casa, siempre digo que es una suerte que no tengamos la hora a la vez. Te he estado vigilando y preguntándome cuál de las dos sería la primera: tú o yo. Pero este año parece que soy más lenta de lo que debiera, mientras que tú ya acabas.

Su voz era fuerte al hablar, como acostumbraba, y las mujeres que la oyeron gritaron desde las otras casas y dijeron alegremente:

—¿Ha llegado ya tu hora, ama de casa? ¡Que tengas suerte y sea niño!

Y una que era viuda y murmuradora, habló tristemente:

—Aprovecha a tu hombre mientras lo tengas, pues aquí estoy yo, buena paridora, también, y ya no tengo hombre.

Pero la madre no contestó. Sonrió ligeramente, pálida bajo el polvo y el sudor que le cubría la cara, y entró en la casa. La vieja la siguió parlotando y riendo, contenta porque había llegado la hora de la mujer del hijo, y dijo:

—Yo siempre sabía cuándo llegaría mi hora, y ya sabes que tuve nueve hijos, todos niños sanos hasta que murieron y siempre decía...

Pero la madre no la oía. Cogió un taburete y se sentó sin hablar, alisándose el cabello con las dos manos, cubiertas de sudor, no del sudor de los campos, sino de aquel nuevo sudor del dolor. Y con el borde del vestido se limpió la cara y destrenzó su largo y espeso cabello y volvió a trenzarlo en un moño. Entonces tuvo un dolor

fuerte y se inclinó en silencio, esperando.

A su lado, la vieja seguía parlotando y la esposa del primo se reía de ella, pero cuando vio que la madre se inclinaba, corrió y cerró la puerta y quedó esperando.

De pronto, golpearon la puerta; era el niño. Había visto la puerta cerrada durante el día y a su madre en la casa y tuvo miedo y empezó a gritar para que abrieran. Primero, la madre dijo:

—Dejadle fuera, para que pueda yo tener paz en mi parto.

Entonces, la esposa del primo se acercó a la puerta y gritó por una grieta:

—¡Quédate ahí un rato, pues tu madre está de parto!

Y la vieja repitió:

—¡Quédate ahí, pequeño y te daré una moneda para comprar cacahuetes; si juegas, verás lo que tu madre tendrá para ti dentro de un rato!

Pero el niño seguía asustado al ver la puerta cerrada durante el día y continuaba gritando. La niña empezó a gemir también, como hacía cuando su hermano lloraba, y se acercó a tientas y golpeó la puerta con sus pequeños puños, hasta que, por fin, la madre se enfadó en su dolor, que era ya muy fuerte, y se levantó y salió, dándole una bofetada al hijo y gritándole:

—¡Sí, me acabas la vida y nunca haces caso de lo que se te dice, y juro que la otra es igual que tú!

Pero cuando le hubo pegado, su corazón se ablandó y su irritación se calmó y desapareció y entonces habló más cariñosamente.

—Pero entra, si quieres, no hay nada que ver. —Luego volvióse hacia la esposa del primo—. Deja la puerta abierta; no están acostumbrados a sentirse separados de mi.

Entonces volvió a sentarse y se cogió la cabeza con las manos, entregándose silenciosamente a sus dolores. En cuanto al niño, entró y al no ver nada y observar que la esposa del primo de su padre le miraba duramente, como si hubiera hecho algo malo, volvió a salir. Pero la niña entró y se sentó en el suelo, junto a su madre, y se llevó las manos a los ojos para aliviar el picor.

Así esperaron, una mujer en silencio y sufriendo dolores, y las otras dos hablando de una cosa, y otra de la aldea, y del hombre de la casa más alejada, y de cómo aquel día estaba jugando, dejando que la tierra le esperara y cómo aquella mañana el hombre y la mujer habían disputado fuertemente, porque el hombre había cogido el último dinero de la casa y ella, la pobrecilla, no pudo evitarlo, y cuando él marchó, la mujer se sentó en el umbral y gimoteó, contando sus penas para que todos se enteraran, y la esposa del primo dijo:

—Y tampoco gana él nada para llevarlo a su casa. Sólo sabe perder y perder, y esto es lo que acongoja tanto a la mujer.

La vieja suspiró y escupió sobre el piso de tierra, y dijo:

—Sí, es muy triste cuando un hombre está hecho para perder, y hecho así para que nunca gane, pero hay algunos hombres así, y yo bien lo sé, pero en mi casa gracias sean dadas a los dioses, pues mi hijo sabe ganar en el juego.

Pero antes de que la vieja acabara de hablar, la madre gritó y alejóse un poco de la niña. Se soltó la faja y se inclinó hacia delante en el taburete. Entonces, la esposa del primo corrió hacia ella y recibió presurosamente en sus manos la criatura que esperaban. Fue un niño.

En cuanto a la madre, echose en la cama y descansó después del parto. El descanso era agradable y dulce, y durmió largamente. Mientras dormía, la esposa del primo lavó y envolvió al niño y lo colocó junto a la durmiente madre y ella no se despertó ni siquiera cuando se oyó su pequeño llanto. Luego, la esposa del primo fue a su casa para continuar su trabajo y encargó a la vieja que mandara al niño para llamarla cuando la madre despertara.

El niño llegó gritando:

—¿Sabes que tengo un hermano, ahora?

La esposa del primo salió rápidamente, con una escudilla de sopa, burlándose del niño y diciéndole:

—¿Cómo quieres que no lo sepa, si lo traje yo misma?

El muchacho la miró pensativamente al oír estas palabras.

—¿Entonces, no podemos quedárnoslo?

Y las mujeres rieron, pero la vieja rio más que nadie porque le pareció que el niño era inteligente.

La madre bebió la sopa, agradecida, y murmuró a la esposa del primo:

—Tienes buen corazón, hermana.

Y la esposa del primo contestó:

—¿No haces tú lo mismo por mí, en mi hora?

Así, las dos mujeres se sintieron más profundamente amigas, debido a esa hora común a ambas, que llegaría una y otra vez.

Capítulo IV

Pero allí estaba el hombre. Para él no había cambio en el tiempo ni esperanza de nada nuevo. Ni siquiera en la llegada de los hijos, que su esposa tanto amaba, había nada nuevo, pues para él todos nacían igual y uno era igual que el otro y todos tenían que ser vestidos y alimentados, cuando fueran mayores tendrían que casarse a su vez y volverían a nacer hijos y todo era lo mismo, todos los días siempre iguales, y no había nada nuevo.

En aquella pequeña aldea había nacido él, y excepto cuando iba a la ciudad, que se encontraba tras una curva de la colina junto al río, jamás había visto nada nuevo, ninguno de los días que había vivido. Cuando se levantaba por la mañana, allí estaba aquel círculo de bajas colinas redondas, colocadas contra el mismo cielo, y él trabajaba hasta la misma noche; y, cuando la noche llegaba, aquellas colinas seguían colocadas contra aquel cielo, y él entraba en la casa en que había nacido y dormía en la misma cama en que había dormido con sus propios padres, hasta que fue vergonzoso que lo siguiera haciendo, y sus padres mandaron preparar un jergón para él.

Sí, ahora él dormía allí, en la cama con su propia mujer y sus hijos, y su vieja madre dormía en el jergón; y era la misma cama y la misma casa; incluso no había nada nuevo en la casa, excepto las pequeñas cosas que se compraron cuando su boda: una nueva tetera, el cobertor azul para la cama, nuevas telas y un nuevo dios de papel en la pared. Era un dios de la abundancia y parecía como alegre anciano, vestido de rojo, azul y amarillo, pero jamás llevó la abundancia a aquella casa. No. El hombre miraba a menudo al dios y lo maldecía en su corazón, porque seguía contemplando alegremente, desde la pared de tierra, la pobre habitación, que seguía siendo tan pobre como siempre.

Algunas veces, cuando el hombre regresaba a su casa después de un día de fiesta en la ciudad o había pasado un día lluvioso en la pequeña posada y jugado un rato con los demás, cuando volvía junto a su esposa que le daba hijos para alimentar, por los cuales él tenía que trabajar, pensaba, con terror, que mientras viviera no habría para él sino aquello, levantarse por la mañana e ir a aquella tierra de la que sólo poseían una pequeña parte, tomando otra en arriendo de un terrateniente, que llevaba una vida placentera en alguna lejana ciudad; pasar el día en aquella tierra arrendada como su padre había hecho antes que él; regresar a la casa para comer la pobre comida de siempre y nunca lo mejor que la tierra daba, pues lo mejor había que venderlo para que lo comieran otros; dormir y levantarse al siguiente día para repetir lo mismo. Ni siquiera las cosechas eran suyas, pues debía medir una parte para aquel terrateniente y dar otra al hombre de la ciudad, que era el agente del terrateniente. Cuando pensaba en aquel agente, no podía soportarlo, pues aquel hombre era como a

él le hubiera gustado ser. Vestía suave seda y su piel era blanca y tenía aquella mirada propia de los hombres de la ciudad, que trabajaban en alguna pequeña tarea y están bien alimentados.

Los días que le atormentaban estos pensamientos, estaba ceñudo y no hablaba a la mujer, excepto para maldecirla por su lentitud y cuando el excitable temperamento de la mujer se levantaba contra él, el hombre sentía el malicioso placer de discutir a gritos con ella, desahogándose así un poco, aunque a menudo aún gritaba más ella, pues su temperamento era más violento que el del hombre, excepto cuando estaba irritada con un niño. Pero el hombre no podía aferrarse a su irritación tanto tiempo como la mujer, pues se cansaba y se entregaba a algo distinto. La ira de la mujer era mayor si él pegaba a uno de los niños, o les gritaba cuando lloraban. No podía soportarlo y se revolvía contra él, como si se tratara de salvar a un hijo y siempre el hijo tenía razón y él estaba equivocado. Esto irritaba al hombre más que nada, pues la mujer anteponía los hijos a él, o él así lo creía.

En días así ni siquiera tenía en cuenta los pocos descansos que se tomaba, las fiestas y los largos días de invierno cuando no hacía más que dormir y cuando no pudiendo dormir, jugaba. Era jugador afortunado, además, y siempre regresaba a la casa con más de lo que se había llevado, pareciéndole ser ésta una fácil forma de vida, si no tuviera que dar de comer a nadie más que a sí mismo. Le gustaban la oportunidad de jugar y la excitación y la alegría del juego y los hombres reunidos para contemplar sus jugadas afortunadas. La suerte estaba ciertamente en sus ágiles dedos, que ni siquiera el arado y el azadón habían podido endurecer, pues era joven aún, veintiocho años, y nunca había trabajado más de lo debido.

Pero la madre ignoraba lo que había en el corazón del padre de sus hijos. Sabía que le gustaba jugar, pero, ¿qué importaba que jugara, si no perdía? Era, en verdad, motivo de orgullo para ella que cuando otras mujeres se quejaban ruidosamente de sus propios hombres y de que el poco dinero que producía la tierra fuera perdido en la mesa de la posada, ella no tenía que quejarse. Cuando una mujer le gritó: «¡Ah, si mi marido fuese como ese hombre guapo tuyo, ama de casa, cuyos dedos parecen mágicos, pues el dinero fluye a ellos por su propia voluntad en la mesa de juego! ¡En verdad eres mujer afortunada, ama de casa!», ella sonrió con complacencia y no le reprochaba el juego al hombre, a menos que le sirviera como excusa para una disputa.

Tampoco le reprochaba profundamente que no pudiera trabajar de firme, hora tras hora, en los campos, como hacía ella, aunque en ocasiones le aguijoneara fuertemente con la lengua. Sabía que los hombres no pueden trabajar como las mujeres, porque tienen corazón de niño, y ella estaba ya acostumbrada a trabajar de continuo mientras él arrojaba su azadón y se echaba en la hierba que crecía en el sendero entre su campo y el del vecino y dormía una hora o dos. Pero cuando ella le decía algo en su tono regañón, que, después de todo, era la forma en que estaba acostumbrada a hablar,

aunque secretamente le quería bien, él contestaba:

—Sí, puedo dormir porque ya he trabajado lo suficiente para mi comida.

Ella podía contestarle: «¿No tenemos acaso los hijos y no debe cada uno esforzarse lo más que pueda para hacer más por ellos?». Pero no lo decía, porque en verdad parecía que los hijos fueran suyos y sólo suyos, puesto que él nada hacía por ellos. Además, su lengua no era tan hábil como la del hombre para encontrar una respuesta.

Pero, a veces, su ira era ardiente y entonces su lenguaje regañón era más fuerte que de costumbre. Una o dos veces por temporada disputaba acaloradamente y su irritación daba desacostumbrada amargura a sus palabras. Cuando el hombre compraba alguna tonta fruslería en el mercado, con la plata que le habían dado por las coles, o se embriagaba en un día que no era fiesta, la mujer se enfadaba terriblemente y casi olvidaba que le amaba en su corazón. Era una irritación profunda, además, que brotaba tantas horas después de su mala acción que el hombre había casi olvidado ya lo que había hecho, pues acostumbraba olvidar fácilmente lo que hacía y no le gustaba. Cuando la irritación de la mujer era así, nada podía él hacer, sino dejar que se desahogara.

En uno de esos días de otoño él regresó a su casa con una sortija de oro, o, por lo menos, decía que era de oro, en el dedo. Cuando ella la vio, se llenó de ira y gritó de la manera más extraña y colérica:

—¡Tú, que te niegas a aceptar tu parte de la común amargura de la vida, tienes que gastar el escaso dinero que tenemos en una estúpida sortija! ¿Quién ha sabido jamás de un pobre bueno y honrado, con una sortija en el dedo? El hombre rico lo puede hacer, pero, ¿qué significa cuando lo hace un pobre? ¡Oro! ¿Desde cuándo se compra una sortija de oro con monedas de cobre?

Al oír esto, el hombre gritó a la mujer, con gesto rebelde como el de un niño y con los labios fruncidos:

—¡Es oro, te digo! La han robado de una casa rica. El hombre que me la vendió me lo dio y me la mostró en secreto en la calle, al pasar yo a su lado. La tenía bajo la chaqueta y me la dejó ver...

Pero ella se burló:

—¡Sí, y lo que vio fue a un campesino estúpido, a quien podía engañar! Y aunque fuera oro, ¿qué pasará si la ven en tu dedo, en la ciudad, algún día, y te prenden y te meten en la cárcel por ladrón? ¿Entonces cómo te sacaremos o siquiera cómo te daremos de comer en la cárcel? ¡Dámela y déjame ver si es de oro!

Mas el hombre no quería dársela. Negó, enfurruñado, con un gesto de cabeza, como un niño, y ella no pudo soportarlo. No. Cayó sobre él y le arañó la cara y le pegó tanto que el hombre se sintió sorprendido y se quitó la sortija del dedo burlonamente, y, medio asustado también, le gritó:

—¡Tómala! ¡Está bien! ¡Ya sé que estás enfadada porque la compré para mi dedo y no para el tuyo!

Ante esas palabras ella se irritó más aún, porque, cuando el hombre habló, ella asombróse de oír la verdad en sus labios, siendo secreto su dolor porque él nunca le compraba ninguna fruslería para ponerse en las orejas o en los dedos, como hacen algunos hombres con sus mujeres, y había pensado eso al ver la sortija.

Le miró fijamente, mientras él continuaba hablando, lamentándose de sí mismo y de la dura vida que soportaba.

—¡Siempre me reprochas la menor cosa que sea para mí! ¡Todo lo que tenemos debe ser para esos críos tuyos!

Entonces empezó a llorar abundantemente y se echó en la cama y quedó allí gimiendo en voz alta para que ella le oyera. Su vieja madre, que, muy asustada, había oído la disputa, corrió a él y le suplicó que no enfermara, mientras miraba con hostilidad a la nuera, a la que comúnmente amaba bien, y los niños lloraron cuando vieron llorar a su padre, y a su madre dura y áspera.

Pero la madre no se había calmado aún. Recogió la sortija del suelo, donde él la había arrojado, se la llevó a la boca y la mordió, para ver si por casualidad era oro, como el hombre le dijera, y su compra fuera una ganga y pudieran venderla. Ciertamente algunas cosas robadas eran vendidas a bajo precio, pero, casi nunca, pensó, tan baratas como él había dicho, aunque pudo haber mentido por temor a ella. Pero cuando la mordió, no cedía bajo la presión de sus fuertes dientes blancos, como debiera hacer si el oro fuera puro, y entonces gritó, presa de nueva indignación.

—¿No sería blando entre mis dientes, si fuera oro? —dijo—. Es cobre, y duro... —Mordió un rato y después escupió la sortija—. ¡Ni ha sido casi bañada en oro!

Entonces no pudo soportar que el hombre hubiera sido tan infantilmente engañado y cayó sobre él para que trabajara la tierra. Su corazón estaba tan endurecido en aquellos momentos que no veía a los niños llorando ni oía la temblorosa voz de la vieja madre, que decía:

—Cuando yo era joven, dejaba que mi hombre se diera gusto... La esposa debiera dejar que el hombre se diera gusto con cosas pequeñas...

Pero la madre se negaba a oír nada que aplacara su ira.

Pero después de haber trabajado un rato en la tierra, la suave brisa otoñal sopló en su irritado corazón y lo enfrió sin que ella se diera cuenta. Las hojas arrastradas por el viento y las pardas colinas, de las cuales desapareciera el verdor del verano, el cielo gris y el lejano grito de los patos silvestres que volaban hacia el Sur, la tranquila tierra y toda la quieta melancolía del año que se acercaba a su fin penetraron en su corazón, sin que ella lo supiera, y la volvieron nuevamente bondadosa. Mientras su mano desparramaba el trigo invernal por la blanda y bien arada tierra, la paz volvió a su corazón y recordó que amaba a su hombre, cuya riente cara apareció ante ella,

conmoviéndola. Y la madre se dijo, con remordimiento: «Le prepararé un buen pescado para su comida, este mediodía. Tal vez me enfadé demasiado por un poco de dinero gastado».

Tenía prisa y ansiaba marchar y encontrarse en la casa para preparar el plato y demostrarle que había cambiado, pero, cuando llegó allá, él yacía aún en la cama, enfadado, con la cara hacia la pared, sin decir nada. Cuando ella hubo hecho el plato y cogido algunos cangrejos del estanque, para mezclarlos en la comida como a él le gustaba, y le llamó, él no quiso levantarse ni comer. Habló muy débilmente, como si estuviera enfermo.

—No puedo comer... Me has echado los espíritus del cuerpo.

Ella nada dijo, pero guardó la escudilla y volvió, en silencio, al trabajo, apretados firmemente los labios. Tampoco quiso ayudar a la vieja madre, cuando ésta rogaba a su hijo que comiera. Pero la madre no podía suplicarle, pues recordaba su anterior ira. Y cuando se marchaba se le acercó el perro, mendigante y hambriento, y ella volvió a la cocina, donde estaba el plato que había preparado para el hombre. Alargó la mano y murmuró:

—Entonces, se lo daré al perro.

Pero no podía hacerlo. Después de todo, era comida para hombres y no podía ser desperdiciada de aquella manera. Devolvió el plato al nicho de la pared y encontró un poco de arroz pasado para el perro. Y le dijo a su corazón que estaba enfadada aún.

Sin embargo, por la noche, cuando se tendió para dormir y los niños se acurrucaban contra ella en la oscuridad y sintió al hombre al otro lado, su irritación había desaparecido del todo. Entonces le pareció que aquel hombre no era más que un niño, también, que dependía de ella, como todos en aquella casa.

Cuando la mañana llegó, se levantó, sin hacer ruido, y después que todos comieron menos él, acercóse a la cama y le incitó a que se levantara y comiera. Cuando él la vio de aquella manera, se levantó despacio, como si hubiera estado enfermo, y comió un poco de pescado que ella le había preparado, y luego lo acabó, pues era de una clase que le gustaba mucho. Mientras él comía, la vieja le contemplaba amorosamente, parlotando de una cosa y de otra.

Pero él no quiso trabajar aquel día. No. Cuando la madre salió a los campos, el hombre se sentó en un taburete al sol, junto a la puerta, y maneó débilmente la cabeza.

—Siento un punto muy débil en mí y un dolor en la boca del corazón y, por ello, descansaré hoy.

Y la madre sintió que había hecho mal en regañarle tan fuertemente por ser como era y, por eso, dijo, calmándole y sintiéndose apenada por su irritación:

—Descansa, entonces.

Y marchó.

Sin embargo, cuando hubo partido, el hombre se tornó inquieto y se cansó de la incesante charla de su madre, pues la vieja alegróse mucho al pensar que el hijo estaría en casa todo el día y podría hablar con él. Pero para el hombre era muy aburrido permanecer sentado y oírla hablar y ver jugar a los niños. Se puso en pie, entonces, murmurando que se sentiría mejor si tuviera un poco de té caliente en su cuerpo y recorrió la pequeña calle hasta la posada que junto al camino tenía su quinto primo. En la posada había otros hombres tomando té también y hablando. Varias mesas veíanse bajo un toldo de tela en la calle, para los viajeros que pasaban, y cuando se quedaban allí, podía oírse alguna historia de extrañas cosas. Tal vez incluso pasara algún cuentero y recitara sus cuentos y entonces la posada se convertiría en un lugar ciertamente alegre y ruidoso.

Al salir hacia allí, el hombre encontró a su sobrino primo, que regresaba del campo para la comida del mediodía, habiendo ya trabajado desde el amanecer. Y ese primo le preguntó:

—¿A dónde vas, que no estás trabajando?

Y el hombre contestó, quejándose, y con voz débil:

—Esa mujer mía que me ha maldecido por alguna tontería que no sé qué es y que no hay manera de aplacarla. Me ha maldecido tanto que tuve una enfermedad por la noche y ella se asustó hasta tal punto que ha querido que descansara hoy. Ahora voy a beber un poco de té caliente, para bien de mi vientre.

Entonces el primo escupió y siguió su camino, sin decir nada, pues era, por naturaleza, hombre que no hablaba a menos que debiera hacerlo y guardaba sus pensamientos para sí.

Así estaba el hombre, impaciente por la vida, y parecíale que no debía soportar que no hubiera nunca nada nuevo para él, más que aquella rueda de días, año tras año, hasta que envejeciera y muriera. Eso era aún más duro cuando los pocos viajeros que pasaban por la posada le hablaban de extrañas y maravillosas cosas al otro lado del círculo de colinas y en la desembocadura del río que, junto a ellas, discurría. Allí se encontraba con el mar, decíanle, y había una gran ciudad, llena de gente de distinto color de piel, y se ganaba dinero fácilmente con poco trabajo y había casas de juego en todas partes y bonitas muchachas que cantaban en ellas, muchachas como los hombres de aquella aldea jamás habían visto ni nunca podrían ver. Cosas extrañas veíanse en aquella ciudad: calles tan lisas como eras y carretas de todas clases, casas altas como montañas y tiendas con ventanas en las que se veían mercancías de todo el mundo, que los barcos llevaban allí desde el otro lado de los mares. Un hombre podría pasar allí toda su vida, contemplando aquellas ventanas, sin acabar nunca de mirar. Había también buena y abundante comida y, después de comido, el hombre podía entrar en un gran teatro donde representaban toda clase de comedias, algunas alegres hasta hacerle reventar de risa, y otras extrañas y fieras. Y lo más extraño de

todo era que, en aquella ciudad, la noche parecía tan clara como el día, por la clase de lámparas que allí había, no hechas con las manos ni encendidas con ninguna llama, sino con una luz pura que era sacada del cielo. Algunas veces el hombre jugaba un rato con un viajero y siempre, el viajero, se asombraba ante un jugador tan hábil en aquella pequeña aldea y gritaba:

—¡Buen hombre, juegas con tanta suerte como un hombre de la ciudad! ¡Te aseguro que podrías jugar en cualquier casa de juego de cualquier ciudad!

El hombre sonreía al oír esto y preguntaba, anhelante:

—¿Crees de verdad que podría?

En el fondo de su corazón, se decía: «Es cierto que en esta aburrida aldea no hay quien se atreva a jugar conmigo ya, e incluso, en el pueblo, sé jugar bien con los hombres de allí».

Cuando pensaba en eso, más que nunca deseaba abandonar aquella vida suya en los campos que odiaba, y, a menudo, murmuraba para sí, mientras el azadón se alzaba y caía sobre los terrones: «Aquí estoy, joven y apuesto, y con mi suerte en mis dedos y aquí estoy, cogido como un pez en un pozo. Cuanto puedo ver es este cielo redondo sobre mi cabeza y siempre el mismo, llueva o brille el sol, y, en mi casa, la misma mujer y un hijo detrás de otro, y todos iguales, llorando y gritando y queriendo comer. ¿Por qué tengo que fatigar mi buen cuerpo para darles de comer y nunca encontrar nada alegre para mí, en mi vida?»

Ciertamente, cuando la mujer hubo concebido y dado a luz al último hijo, el hombre estaba contrariado y enfadado con ella, porque paría tan fácil y rápidamente, aunque él muy bien sabía, que aquello era algo por lo que una esposa debiera ser siempre alabada y no culpada. El podría quejarse con justicia sólo si ella fuera estéril, pero no si paría a su debido tiempo cada año, e hijos varones la mayor parte de las veces.

Pero, en aquellos días, no había justicia en él. No era más que un muchacho en algunos aspectos, unos dos años más joven que su esposa, como era costumbre en aquellas tierras, donde se creía bueno que el hombre fuera menor que su mujer. Tenía el corazón irritado y no le importaba ser padre de hijos varones, ya que anhelaba placeres y extrañas visiones y gozos que pudiera encontrar en alguna lejana ciudad.

Ciertamente, era hombre que los cielos habían hecho para el gozo. Estaba bien formado, no era alto, sino fuerte y ligero y lleno de gracia, de huesos pequeños y exquisitos. Tenía una cara bonita, también, y ojos brillantes y negros, llenos de risa, cuando no estaba contrariado por algo; y cuando se encontraba en buena compañía, podía siempre cantar alguna nueva canción, ya que tenía lengua rápida y aguda y sabía decir algo al parecer sencillo, pero lleno de ingenio y oculta rudeza como les gustaba a los campesinos, podía hacer reír a una muchedumbre con sus canciones y agudezas. Hombres y mujeres le querían. Cuando les oía reír, su corazón saltaba de

alegría por aquel don suyo. Cuando regresaba a la casa y veía el rostro grave y el cuerpo fuerte de su esposa, parecíale que ella era la única que no comprendía qué gran hombre ciertamente era, pues nunca le alababa. Cierto que jamás contaba ninguna historieta en su casa y casi nunca se alegraba con sus propios hijos. Parada guardar todo su humor y su aspecto alegre para los extraños y los que no eran de su propia casa.

La mujer también lo sabía, por lo que la irritaba, y le dolía a la vez, que otras mujeres gritasen:

—¡Ese hombre tuyo! Te aseguro que sus palabras son tan graciosas como las de cualquier comediante y que su aspecto alegre...

Y ella contestaba reposadamente:

—Sí, ciertamente, es hombre muy alegre.

Entonces hablaba de otras cosas para ocultar su dolor, porque ella le amaba en secreto. Y sabía que él nunca estaba alegre cuando se encontraba con ella.

Sucedió que en el nuevo verano, cuando la madre hubo parido su cuarto hijo, tuvo lugar la peor disputa que jamás hubiera entre el hombre y la mujer. Era un día del sexto mes del año, a principios del verano, un día tan hermoso que hacía soñar nuevos gozos a cualquier hombre, por eso el esposo había soñado toda la mañana. El aire estaba lleno de languidez y dulce calor, las hojas y las hierbas eran de un verde tan nuevo, y el cielo tan brillante y profundamente azul que el hombre casi no podía trabajar. Tampoco podía dormir, pues el día estaba demasiado lleno de vida para el sueño y el gran calor no había llegado aún. Incluso los pájaros trinaban y cantaban continuamente y soplaba un viento dulce, cargado de la fragancia de las colinas donde florecían los amarillos y perfumados lirios y la vistaría silvestre pendía en guirnaldas púrpura pálido. El viento soplaba y movía las grandes nubes, blancas como la nieve, que flotaban en el brillante cielo y sumían a las colinas y al valle en luz y oscuridad vívidas como jamás se veía. De pronto todo brillaba y luego todo se sumía en la sombra, y así durante el día. Era una jornada demasiado alegre para trabajar, y muy turbadora para el corazón del hombre.

Al mediodía sucedió que por el camino llegó un buhonero que vendía telas para el verano y llevaba al hombro un gran bulto de ropas de todos colores, algunas floreadas, y al caminar gritaba:

—¡Telas! ¡Buenas telas!

Cuando llegó a la casa donde el hombre y la mujer y la vieja madre y los niños estaban sentados a la sombra del sauce y comían su comida del mediodía, el buhonero se detuvo y gritó:

—¿Me quedo, ama de casa, y te muestro mis telas?

Pero la madre contestó:

—No tenemos dinero para comprar, a menos que sea un pie de alguna tela barata para ese nuevo hijo mío. No somos sino pobres campesinos y no podemos comprar vestidos nuevos ni otras telas que las necesarias para cubrir nuestra desnudez.

Y la vieja que siempre tenía que decir algo, gritó con voz pequeña y cascada:

—Sí, es cierto lo que mi nuera dice y las telas son muy malas estos días y se rompen a la primera o segunda lavada. Me acuerdo de que cuando era joven llevaba el vestido de mi abuela y estaba nuevo todavía cuando me casé, aunque necesité estrenar, pero sólo por orgullo, porque el vestido estaba bueno aún, y ahora aquí me tienes en mi segunda mortaja y ya casi preparada para la tercera, pues las telas son muy malas y débiles en estos tiempos...

Entonces el buhonero se acercó, olfateando una venta. Era un hombre de modales muy agradables y corteses y convincentes para hacer comprar, como todos los buhoneros; seguía el humor de la vieja, también, y le dijo:

—Vieja madre, aquí tengo yo una tela tan buena como las antiguas tenían y hasta lo bastante buena para este nuevo nieto tuyo. Ama de la casa, es un retal de una pieza grande que una dama rica compró en un pueblo grande, por el que pasé el otro día, pues la quería para su único hijo. A ella le pedí el precio verdadero, puesto que cortó de una pieza entera, pero ya que sólo queda este pedazo, te lo daré casi regalado, ama de casa, en honor de ese hermoso hijo nuevo que tienes al pecho.

Al decir estas palabras, suavemente y de una tirada, el buhonero sacó de su bulto un retal muy bonito. Era, como había dicho, con grandes peonías rojas sobre un fondo verde como la hierba.

La vieja gritó de placer, porque sus apagados ojos veían los colores tan claros y brillantes y a la madre le gustó apenas lo vio. Entonces bajó la mirada al niño que mamaba, que estaba casi desnudo, sólo con un pedazo de trapo que le cubría el vientre. Ciertamente era un niño gordo y hermoso, el más bonito de los suyos, y se parecía al padre. Sería más hermoso aún vestido con aquella tela. Así se lo pareció a la madre y sintió que su corazón se ablandaba y preguntó sin querer:

—¿Cuánto vale este pedazo? Pero no puedo comprarlo, pues casi no tenemos nada para alimentar a estos niños, a la anciana y pagar al terrateniente. No podemos comprar telas como las que las mujeres ricas emplean para vestir a sus hijos.

La vieja pareció muy dolida al oír esto. La niña acercóse para mirar la brillante tela, con sus ojitos apagados; el niño mayor siguió comiendo, sin preocuparse por nada. El hombre permanecía sentado perezosamente, cantando algo, sin molestarse en pensar en aquel pedazo de tela que sólo podía servir para un niño.

Entonces el buhonero bajó la voz y acercó, convincente, la tela al niño, pero no demasiado, no fuera a ensuciarse si no se la compraban, y dijo, casi en un susurro:

—Esta tela..., fuerte..., de bonitos colores... Han pasado muchas piezas por mis manos, pero ninguna como ésta. Si tuviera un hijo guardaría la tela para él; pero sólo

tengo una pobre mujer estéril, que no me da ningún hijo. ¿Por qué habría de desperdiciar esta tela en ella?

La vieja escuchaba esta historia y cuando le oyó decir que su mujer era estéril, se sintió muy divertida y gritó:

—¡Es una lástima, con lo buen hombre que tú eres! ¿Y por qué no tomas una esposa joven, buen hombre, y pruebas otra vez? Yo siempre digo que el hombre debe probar tres mujeres para saber si la culpa es suya...

Pero la madre no la oía. Permanecía sentada pensativa e indecisa, y su corazón se ablandó más aún, pues miraba a su hijo, que estaría tan hermoso con aquella bonita tela nueva sobre la piel, suave y dorada, con las mejillas encarnadas, que cedió y dijo:

—¿Cuál es pues, tu último precio, porque más no puedo pagar?

Entonces el buhonero dijo una cifra, y no fue demasiado grande, ni tampoco tanto como ella hubiera temido y su corazón saltó. Pero movió la cabeza y asumió aspecto serio y ofreció la mitad, regateando como era costumbre en aquellos lugares.

Lo ofrecido era tan poco que el buhonero retiró la tela rápidamente y la guardó e hizo ademán de irse. Entonces la madre, pensando en su hermoso hijo, ofreció un poco más y así, regateando y después de mucho hablar, el buhonero volvió a dejar el bulto en el suelo y sacó el retal, accediendo finalmente a darlo por un poco menos de lo que había pedido. La madre levantóse entonces para sacar el dinero de la grieta de la pared de tierra donde lo guardaba.

Todo aquel rato el hombre había estado sentado, cantando, y su voz alta subía y bajaba y se suavizaba, deteniéndose algunas veces para sorber el agua caliente que bebía siempre después de comer, sin tomar parte alguna en aquel regateo. Pero el buhonero, que era muy listo y estaba dispuesto a aprovechar el menor momento, cuidóse de extender, al parecer como al descuido, una pieza de tela de lino silvestre, que refresca la carne en los calurosos días de verano, de un color como el cielo, claro y azul. Entonces miró a hurtadillas al hombre, para ver si éste la había visto y dijo medio riendo:

—¿Te has comprado ya una túnica, este verano? Pues si no la has comprado, yo tengo una para ti aquí, a un precio que te juro es más barato que el de cualquier tienda del pueblo y de la ciudad.

Pero el hombre meneó la cabeza. En sus ojos apareció una mirada hosca y habló con amargura.

—Yo no tengo nada con qué comprar nada para mí, en esta casa. Sólo tengo trabajo y nada más y todo cuanto gano es para comer.

El buhonero había recorrido muchos pueblos y aldeas y sabía conocer las caras de los hombres, por lo que comprendió, en un instante, que a aquél le complacía darse gusto y que era un muchacho obligado a llevar una vida para la que no estaba preparado.

Por ello habló con aparente bondad y conmiseración:

—Cierto es que puedo ver que llevas una vida muy dura, y que ganas poco y por tu agradable aspecto veo que es una vida demasiado dura. Pero si compras una túnica nueva, verás que es como una nueva medicina muy potente para llevar la alegría a tu corazón. Nada hay como una túnica nueva de verano para alegrar a un hombre y con esa sortija que llevas en el dedo abillantada y limpia y tu cabello alisado con un poco de aceite y vistiendo esa túnica nueva, te juro que yo no podré ver otro hombre más apuesto que tú ni siquiera en la ciudad.

El hombre oyó estas palabras y se sintió complacido, riendo algo embarazado y pensando entonces en sí mismo.

—¿Por qué no debiera yo, por una vez, tener una túnica nueva para mi? —dijo—. Nada hay que esperar del futuro más que un hijo tras otro. ¿Tendré que vestir siempre mis viejos andrajos?

Calló y examinó la tela con los dedos. Mientras él la miraba, la vieja madre se sintió excitada y gritó:

—Es una pieza muy bonita, hijo, y si tienes que comprarte una túnica, ésta será una tan bella como jamás he visto. Recuerdo que tu padre tenía una. ¿Fue cuando nos casamos? Pero no, yo me casé en invierno, sí en invierno, pues estornudé en la boda y los hombres reían al ver estornudar tanto a la desposada...

—¿Cuánto valdrá, para una túnica?

Cuando el buhonero mencionó el precio, la madre salía con el dinero en la mano, contado y exacto.

Entonces gritó, alarmada:

—¡No podemos gastar más!

Al oír ese grito, un deseo endureció al hombre.

—Quiero una túnica de esta tela y me gusta tanto que la quiero en seguida. Hay aquellas tres piezas de plata que sé que tenemos.

Aquellas tres piezas eran de buen valor. La madre llevábalas consigo cuando llegó para casarse, habiéndole sido entregadas por su propia madre, cuando salió de su casa, para gastarlas como ella quisiera. Eran su preciada posesión y jamás encontró el momento de gastarlas. Incluso cuando compró el ataúd para la vieja madre, cuando creyeron que moriría, había ahorrado y pedido prestado, negándose a gastar su dinero, y a menudo, el pensamiento de poseer aquellas tres monedas de plata representaba riqueza en su mente. Las guardaba por si se presentaban tiempos duros, alguna guerra o calamidad, que podría llegar en cualquier momento y privarles de los frutos de la tierra.

Sabía que, mientras tuviera aquellas tres monedas en la grieta de la pared, no pasaría hambre durante algún tiempo.

—¡No podemos gastar esa plata! —gritó.

Pero el hombre saltó con la agilidad de la golondrina y pasó por su lado, furioso, corriendo hacia la grieta en la que buscó hasta encontrar las monedas de plata. La mujer corrió tras él, le cogió aferrándose a su cuerpo, pero no fue lo bastante rápida ni era tampoco lo suficientemente ágil para su flexibilidad.

El hombre la arrojó a un lado, derribándola sobre el piso de tierra, con el niño en brazos aún, y corrió hacia fuera gritando:

—¡Córteme doce pies de esa tela y el pie y algo más que de costumbre!

El buhonero apresuróse a obedecer y tomó las monedas de plata rápidamente, aunque eran algo menos de lo que él había pedido, pero estaba ansioso por alejarse, tras vender su tela. Cuando finalmente salió la madre, el buhonero había desaparecido ya y el hombre estaba a la sombra del árbol, con la tela brillante y nueva en las manos y la plata de la madre habíase desvanecido. La vieja estaba asustada y cuando vio salir a la madre empezó a hablar apresuradamente de una y otra cosa, con voz cascada:

—Un azul muy bonito, hijo y no caro. Y hace muchos veranos que no te comprabas ninguna túnica de lino...

Pero el hombre, mirando toscamente a la mujer, le gritó con la osadía que le daba su ira:

—¿Quieres hacerla o tendré que llevársela a alguna mujer y pagarle para que la haga y decirle que mi mujer no quiere hacerla?

Pero la madre nada dijo. Volvió a sentarse en el bajo taburete y quedó en silencio al principio, pálida y asustada por su caída; el niño que sostenía en brazos chillaba aún de miedo. Pero ella no le hizo caso; le dejó en el suelo, para que llorara y arreglase el moño que casi se había deshecho del todo.

Respiró afanosamente durante un rato y tragó saliva una o dos veces, hablando finalmente, sin mirar al hombre.

—Dámela. La haré yo.

Le avergonzaba que otra la hiciera y que la gente supiera más de la discusión de lo que sabían ya entonces, mirando desde la puerta de sus casas cuando oyeron los gritos.

Pero desde aquel día la mujer recordó aquella hora. Incluso cuando cortaba la tela y le daba forma y lo hacía bien y lo mejor que sabía, pues era buena tela, no se complacía en el trabajo.

Mientras confeccionaba la túnica estuvo dura con el hombre y silenciosa y no habló de aquel día ni de lo que había sucedido en la calle o las pequeñas cosas que a las mujeres les gusta decir de sus casas. Y puesto que era dura con él, el hombre entristecióse y no cantó y tan pronto hubo comido fue a la posada y se sentó con los hombres, bebiendo té y jugando hasta entrada la noche, por lo que al día siguiente tuvo que dormir hasta muy tarde.

Cuando hacía eso en tiempo normal, ella le regañaba hasta que él se levantaba para no oírla, pero esa vez le dejó dormir y fue sola a los campos, dura y silenciosa, aunque su corazón estaba triste por aquella dureza.

Incluso cuando la túnica estuvo acabada, aunque ella tardó en hacerla porque era tiempo de sembrar el arroz, nada dijo de cómo le sentaba. Se la entregó y él se la puso; luego sacó brillo a la sortija, con una piedra, se alisó el cabello con aceite que sacó de la botella de la cocina y salió jactanciosamente a la calle.

Sin embargo cuando alguien le gritaba lo elegante que iba y lo bonita que era la túnica, no se complacía tanto como hubiérase complacido en otras circunstancias. La mujer nada le dijo. No. Cuando él quedóse un momento junto a la puerta, ella siguió con su tarea, inclinándose para barrer la casa con la escoba de mango corto, sin ni siquiera levantarla mirada para preguntarle cómo le sentaba la túnica, como acostumbraba a hacer cuando le hacía algo nuevo, aunque sólo fuera un par de zapatos nuevos. Finalmente fue él quien, medio avergonzado, habló:

—Me parece que me has hecho esta túnica mejor que cualquier otra y me cae tan bien como las de los hombres de la ciudad.

Pero ella seguía sin levantar la mirada. Dejó la escoba en su rincón y fue en busca de un rollo de algodón que empezó a hilar, puesto que había gastado el hilo que tenía para coser la túnica azul. Finalmente contestó amargamente:

—Con lo que me ha costado, podría ser igual a la túnica del emperador.

Pero no quiso mirarle ni siquiera cuando él salió apresuradamente a la calle. Ni tampoco le miró a escondidas cuando le hubo vuelto la espalda, porque estaba muy irritada contra él, aunque su corazón sabía que la túnica le sentaba bien.

Capítulo V

Durante todo aquel día la mujer esperó el regreso del hombre a la casa. Era un día en que los campos podían dejarse solos, pues el arroz estaba ya sembrado y en la poca profunda agua y a la cálida luz las jóvenes plantas verdes movían sus incipientes cabezas, inclinándose ante la suave brisa. No había necesidad de ir a los campos aquel día.

Por tanto, la madre se sentó bajo el sauce, hilando, y la vieja fue a sentarse a su lado, satisfecha de escuchar lo que ella dijera y mientras ella misma hablaba, se desabrochó el vestido y estiró sus brazos delgados, viejos y arrugados al sol. Pero la madre permanecía silenciosa, moviendo el huso con movimiento seguro, entre el pulgar y el dedo que se humedecía en la lengua, y el hilo salía bien retorcido y blanco. Cuando hubo preparado alguna cantidad, lo enrolló en un pedazo de bambú pulido, para hacer un carrete. Hilaba de la misma manera que lo hacía todo, firmemente y bien. El hilo quedaba fuerte y duro.

Lentamente, el sol se levantó en el firmamento hasta llegar al cenit y, entonces, ella dejó de hilar y puso en pie.

—Pronto volverá hambriento, con su túnica azul —dijo secamente.

Y la vieja contestó, riendo con su risa fácil y pequeña:

—Oh, sí; lo que hay sobre el vientre de un hombre no es lo mismo que lo que hay en él.

La madre fue y sacó, con una calabaza, arroz del cesto en que lo guardaba, y rasó la calabaza con la mano para no derramar ni un solo grano; después lo vertió en una cesta hecha con tiras finas de bambú, yendo por el sendero hasta el borde del estanque y al ir hacia allí miró a lo largo de la calle. Pero no vio la túnica azul. Bajó cuidadosamente el talud y empezó a lavar el arroz, metiendo el cesto en el agua y revolviendo el grano con sus manos atezadas y fuertes, una y otra vez hasta que el arroz brilló, limpio y blanco, como perlas húmedas. Al regresar se agachó para arrancar una col, y arrojó un puñado de hierba al búfalo amarrado a un árbol, a la sombra, y luego anduvo hasta la casa.

En aquel momento, el hijo mayor llegaba de la calle llevando a su hermana de la mano y la madre le preguntó quedamente:

—¿Has visto a tu padre en la calle o en la posada o en la puerta de alguien?

—Esta mañana estuvo bebiendo té en la posada durante un rato —contestó el muchacho, pensativo—. Y vi su túnica, nueva y azul, y era bonita. Nuestro primo, cuando supo lo que le había costado, dijo a mi padre que la había pagado muy cara.

—¡Si, la pagó cara, lo juro! —repuso la madre con la voz súbitamente dura.

Y la niña habló, imitando a su hermano:

—Sí, su túnica era azul. Hasta yo pude ver que era azul.

Pero la madre no volvió a hablar. El último hijo empezó a llorar, al despertar en el cesto colgante, y ella le cogió y se abrió el vestido y le dio de mamar, mientras se disponía a preparar la comida. Pero primero llamó a la vieja.

—Vigila, vieja madre, y avísame cuando veas el azul nuevo de su túnica, y entonces pondré la comida en la mesa.

—Lo haré hija —gritó la vieja, alegremente.

Sin embargo, cuando el arroz estuvo cocido, blanco y seco, como al hombre le gustaba, todavía no había llegado. Cuando la col estuvo tierna y la mujer incluso hizo un poco de salsa dulce y amarga, para verterla sobre el cogollo, como a él le gustaba, tampoco llegó.

Esperaron un rato. La vieja se sintió hambrienta y a punto de desmayarse con el aroma de la comida en la nariz y gritó, súbitamente irritada por el hambre que sentía:

—¡No esperes más a ese hijo mío! ¡La boca se me hace agua, tengo el vientre tan vacío como un tambor y todavía no viene!

Así, pues, la madre dio su escudilla a la vieja entonces y también llenó las de los niños e incluso les dejó comer col, guardando el cogollo para el hombre. Después comió ella, pero poco, pues parecía menos hambrienta aquel día, con lo que quedó mucho arroz y bastante col, todo lo cual retiró, colocándolo en un sitio donde le diera el viento y se mantuviera fresco. Por la noche estaría tan bueno como entonces, si lo calentaba. Luego dio el pecho al hijo menor, que mamó hasta saciarse y quedó dormido. Aquel niño gordo y fuerte, al sol, tostado por su calor y los otros dos hijos se echaron a la sombra del sauce y durmieron. También la vieja cabeceó en su taburete y sobre toda la aldea descendió la paz del sueño y el silencio del calor del mediodía, con lo que incluso las bestias permanecían con la cabeza baja.

Sólo la madre no durmió. Cogió el huso y sentóse a la sombra del sauce, que caía hacia la parte de poniente de la era, y retorció el hilo y lo ovillo. Pero un rato después no pudo trabajar. Toda la mañana había trabajado de firme sin descansar retorciendo e hilando, pero entonces no podía permanecer quieta. Era como si alguna extraña ansiedad se hubiera apoderado de su cuerpo, como una fuerza. Nunca había el hombre dejado de presentarse para comer.

—Debe de haber ido a la ciudad a jugar o por alguna otra cosa —murmuró para sí.

No había pensado en ello, pero cuanto más vueltas le daba, más parecía verdad que lo había hecho. Después de un rato, su primo y vecino salió para ir a los campos y luego su esposa que había dormido sentada bajo un árbol, despertó y le gritó:

—¿Ha ido tu hombre a alguna parte hoy?

—Si, ha ido a la ciudad por una cosa suya —contestó la madre reposadamente.

El primo, que elegía un azadón y una pala para el trabajo que iba a hacer, dijo con su voz fina:

—¡Sí, le he visto muy alegre con su nueva túnica azul, preparado para ir a la ciudad!

—Sí —repuso la madre.

Su corazón se tranquilizó algo entonces y volvió a hilar con mayor celo, puesto que el primo habíale visto camino de la ciudad. Había ido a divertirse un día, sin duda, para vengarse de ella. Eso hacia, con su túnica nueva y la brillante sortija de cobre y con el cabello aceitado. La madre se irritó ante ese pensamiento, pero su ira estaba muerta y no pudo revivirla, porque estaba mezclada con alguna extraña ansiedad a pesar de las palabras del primo.

La tarde fue larga y calurosa. La vieja despertó y gritó que su boca estaba seca como la corteza de un árbol y la madre fue a buscarle té para beber. Los niños despertaron también y se refocilaron en el polvo, durante un rato. Asimismo el hijo menor despertó en su cesto, contento de haber dormido.

Pero la madre no podía descansar. Se hubiera sentido mejor si hubiera dormido. Cualquier otro día podría haberlo hecho fácilmente incluso al trabajar, puesto que era tan sana y robusta que el sueño se apoderaba de ella, profundo y dulce, sin necesidad de buscarlo. Pero aquel día algo le roía el corazón y la mantenía completamente despierta como si esperara oír algún sonido conocido.

Finalmente, se puso en pie, impaciente por la espera, y triste a causa de la calle solitaria, que estaría vacía para ella mientras no viera a aquél a quien buscaba.

Cogió al niño, apoyólo en la cadera, tomó su azadón y fue al campo, diciendo a la vieja:

—Voy a desyerbar el maíz en la colina del sur.

Al marchar se dijo que se sentiría más tranquila si no estaba en casa y las horas pasarían más rápidamente si cansaba su cuerpo en un trabajo duro. Trabajó en el maizal toda la tarde, protegiéndose la cara del sol con un pañuelo azul de algodón, moviendo incesantemente el azadón entre el maíz nuevo. No era más que un campo pequeño y pobre, pues todas sus buenas tierras estaban dedicadas al cultivo del arroz, formando terrazas incluso en las laderas de las montañas, hasta donde pudieran llevar el agua, porque el arroz es un alimento más sabroso que el maíz y se vende a mayor precio.

El sol caía sobre la colina sin sombras y pronto el vestido de la madre estuvo humedecido por el sudor, pero ella no quería descansar más que algunos momentos para dar de mamar al niño cuando lloraba. Entonces se sentaba en el suelo, le daba el pecho y se secaba la ardorosa cara y miraba la brillante tierra sin ver nada. Cuando el niño se saciaba, lo dejaba en el suelo y volvía a trabajar. Escardó hasta que le dolió el cuerpo y su mente estuvo nublada, no pensando en otra cosa que en aquellas hierbas que caían bajo su azadón y se secaban al calor del sol. Por fin el sol descansó al borde de la tierra y el valle se sumió en súbitas sombras. Entonces ella se enderezó, secóse

la cara ardiente y sudorosa con el vestido y dijo en voz alta:

—Seguramente estará en casa, esperando. Debo ir a prepararle su comida.

Y cogiendo al niño de la cama de suave tierra donde le había colocado, volvió a la casa.

Pero él no estaba allí. Cuando dobló la esquina de la casa, no estaba allí. La vieja miraba ansiosamente hacia el campo y los dos niños estaban sentados en el umbral, esperando entristecidos, y lloraron cuando la vieron.

—Vuestro padre..., ¿no ha venido aún? —preguntó ella, asombrada.

—No ha venido y nosotros estamos hambrientos —gritó el muchacho.

—No ha venido y estamos hambrientos —repitió la niña con su voz quebrada e infantil.

Y cerró los ojos ante los penetrantes últimos rayos dorados del sol. La vieja madre se puso en pie, renqueó hasta el borde de la era y gritó agudamente, dirigiéndose al primo, que regresaba a su casa:

—¿Has visto a mi hijo en alguna parte?

Pero la madre exclamó con súbita impaciencia:

—¡Calla, vieja madre! ¡No digas a todo el mundo que no ha vuelto!

—Pero no viene —dijo la vieja, mirando hacia la calle, turbada.

La madre no volvió a hablar. Cogió arroz frío para los niños y calentó un poco de agua y la vertió sobre el arroz para la vieja y buscó algo de comida pasada para el perro. Mientras ellos comían, fue con el menor apoyado en la cadera, hasta la posada. Había pocos huéspedes entonces y únicamente uno o dos que regresaban a sus casas, en algún pueblo cercano, pues era la hora en que los hombres están en su hogar y el trabajo del día ha sido hecho. «Si él estuviera allí —pensó—, sentaríase a la mesa más cercana a la calle, donde pudiera oír y ver lo que pasara, o estaría con un huésped, pues nunca permanecía solo si podía evitarlo. Si había una partida de algún juego, tomaría parte en ella». Mas aunque miró al acercarse, no vio el azul de ninguna túnica nueva ni percibió el ruido que hacen los jugadores. Miró desde la puerta, pero él no estaba allí. Sólo vio al posadero, descansando después de la cena, apoyado contra la pared junto a su fogón, negra la cara con el humo y la grasa de muchos días, pues en un oficio tan negro como el suyo parecía inútil lavarse, ya que poco después volvería a estar negro.

—¿Has visto al padre de mis hijos? —preguntó la madre.

El posadero se hurgaba los dientes con su uña negra. Luego chupó y dijo perezosamente:

—Estuvo sentado aquí un rato esta mañana, con su nueva túnica azul, y luego fue a la ciudad para pasar el día.

Oliéndose alguna murmuración, preguntó:

—¿Ha sucedido algo, ama de casa?

—Nada..., nada... —repuso la madre, apresuradamente—. Tiene negocios en la ciudad y han debido ocuparle hasta tarde y, tal vez, pase la noche en alguna parte y regrese mañana.

—¿Qué negocios? —inquirió el posadero, súbitamente interesado.

—¿Cómo puedo yo saberlo, si sólo soy mujer? —replicó ella, alejándose después.

Pero al regresar a la casa, mientras sus labios contestaban a quienes le hablaban al pasar, la madre pensaba. Cuando llegó, entró, fue a la rendija de la pared y buscó en ella. Estaba vacía. Bien sabía que allí había habido un pequeño tesoro de monedas de cobre y un poco de plata, también. Él había vendido la paja de arroz a buen precio, uno o dos días antes, pues era listo para estas cosas y llevó a casa una buena parte de las monedas. Ella las había contado y guardado en la hendidura y allí deberían estar. Pero no estaban.

Entonces supo ciertamente que se había marchado. Pensó, temblorosa, que se había ido para siempre. Sentóse súbitamente en el piso de tierra de la casa y, sosteniendo al niño en brazos, balanceó el cuerpo hacia delante y hacia atrás, lentamente y en silencio. ¡Se había ido! ¡Y allí quedaba ella con los tres niños y la vieja! ¡Y él se había ido!

El hijo menor empezó a agitarse de pronto y ella, sin saber lo que hacia, dióle el pecho. Los dos niños entraron, la niña gimoteando y frotándose los ojos. La vieja apareció, apoyándose en su bastón, repitiendo una y otra vez:

—¿Dónde estará mi hijo? Hija, ¿dijo mi hijo dónde iba? Es muy extraño que mi hijo se fuera. Entonces la madre se puso en pie.

—Mañana estará aquí, seguramente, vieja madre —dijo—. Acuéstate y duerme. Mañana estará de vuelta.

La vieja madre escuchó y repitió, tranquilizada:

—¡Oh, sí! Mañana seguramente.

Y luego fue a su jergón, tanteando su camino por la oscurecida habitación.

Después la madre llevó a los dos niños al patio y los lavó, como solía hacer las noches de verano, antes de que se acostaran. Vertió una calabaza de agua sobre cada uno de ellos frotando con la mano su atezada piel, hasta dejarla limpia. Pero no oyó lo que decían ni tampoco prestó atención a los quejidos de la niña acerca de sus ojos. Sólo cuando fueron a la cama y el muchacho gritó, asombrado, que su padre no había vuelto: «¿Dónde dormiré mi padre, pues?», sólo entonces habló la madre, como saliendo de un sueño:

—Seguramente en la ciudad, pues vendrá a casa mañana o dentro de uno o dos días —añadiendo amargamente—: ¡Y su túnica nueva sin duda estará ya sucia y tendré que lavarla!

De algún modo, se alegraba de poder enfadarse con él y se aferraba a su enfado, porque le parecía que así él estaba más cerca. Siguió aferrándose a esta idea mientras

conducta al búfalo al interior de la casa y atrancaba la puerta, murmurando:

—¡Juro que me haré la dormida, cuando esta noche llegue él, aporreando la puerta!

Pero en la oscura noche, en la quieta y calurosa noche, en el silencio de la habitación cerrada, la ira la abandonó y tuvo miedo. ¿Qué haría ella, mujer sola y joven, si él no volvía? La cama era enorme y estaba vacía. No necesitaba ir con cuidado aquella noche; podía acostarse y estirar brazos y piernas cuanto quisiera. El se había ido. De pronto, se apoderó de ella el más ardiente anhelo por aquel hombre suyo. Durante los seis últimos años habíase acostado a su lado. Podía irritarse contra él durante el día, pero por la noche volvía a estar cerca de él y olvidaba la pereza y la infantilidad del hombre. Recordaba, entonces, lo apuesto y agradable que era: no tenía los dientes malos ni le olía el aliento como sucedía en la mayor parte de los hombres; era agradable de ver y sus dientes eran blancos como el arroz. Sentía anhelo por él y toda su ira desapareció del cuerpo, no quedando sino el anhelo.

Cuando llegó la mañana, despertó entristecida por su insomnio y nuevamente se sintió dura. Al levantarse y no haber regresado él, después de sacar los animales de la casa y dar de comer a los niños y a la vieja, murmuró casi en voz alta:

—Volverá cuando se le acabe el dinero. ¡Entonces volverá!

Su hijo mayor miró la cama vacía.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó.

—Se ha ido por uno o dos días, y si alguien te pregunta en la calle, debes decir que marchó por uno o dos días —repuso ella con voz seca y súbitamente fuerte.

Sin embargo, aquel día, cuando los niños marcharon a jugar, ella no fue a los campos. Colocó su taburete de forma que pudiera ver la corta y única calle de la aldea, por si alguien llegaba por allí y, mientras contestaba descuidadamente a las preguntas de la vieja madre, pensaba que aquella túnica era de un azul tan claro, que podría verle aun estando muy lejos. Se puso a hilar, mirando de vez en cuando hacia la carretera, a hurtadillas. Mentalmente, contaba el dinero que el hombre se había llevado y el tiempo que le duraría y le pareció que no podía alcanzarle por más de seis o siete días; pero poseía aquellos dedos ágiles y afortunados en el juego, con lo que tal vez podía ganar y permanecer ausente más tiempo. Hubo momentos aquella mañana en que creyó no poder soportar más el incesante parloteo de la vieja madre, pero hizo un esfuerzo, con la esperanza de que tal vez vería regresar al hombre.

Cuando los niños se acercaron a la casa al mediodía, hambrientos, y el muchacho vio la escudilla de col preparada para su padre y pidió un poco, ella no quiso darle. Le dio un cachete cuando insistió, diciendo en voz alta:

—No; es para tu padre. Si vuelve esta noche estará hambriento y lo querrá todo para él.

La larga y quieta tarde de verano transcurrió lenta y él no regresaba: el sol se

ocultó como siempre, cande y lleno de dorada luz. El valle se inundó con sus rayos durante un rato y la noche llegó y fue profunda y oscura. Entonces puso la escudilla ante los niños, desengañada.

—Comed lo que queráis, pues se estropeará si lo guardáis un día más, y quién sabe...

Le echó un poco de salsa dulce y amarga y le dio a la vieja, diciendo:

—Cómelo, mañana prepararé más, si él viene.

—¿Vendrá mañana, pues? —respondió la vieja.

—Sí, mañana, quizá —respondió la madre sombríamente.

Aquella noche se acostó muy apenada y asustada, y dijo abiertamente a su propio corazón que nadie sabía si el hombre regresaría jamás.

Sin embargo, le quedaba la esperanza de los siete días, tras los cuales, de seguro, habría gastado ya el dinero. Transcurrieron uno tras otro, y en cada uno de ellas, durante su espera, parecíale que aquél era el de su regreso. Nunca le había gustado visitar las demás casas de la aldea ni charlar mucho con las demás mujeres; pero entonces, una tras otra, las veinte mujeres de la aldea se acercaron a su casa para ver y preguntar dónde estaba su hombre, y exclamaban:

—¡Todos formamos una misma familia en esta aldea, y, de una forma u otra, estamos emparentados con él!

Finalmente, impelida por su orgullo, la madre inventó una historia y habló osadamente, dando voz a una idea que había aparecido en su mente.

—Tiene un amigo en una ciudad lejana y el amigo dijo que había allí un sitio donde podría trabajar y que el jornal era tan bueno que no tendríamos ya que matarnos cultivando la tierra. Si el trabajo no le gusta, regresará pronto a casa, pero si le agrada, sólo volverá cuando su amo le dé fiesta.

Dijo eso con la misma calma que si fuese verdad, y la vieja se sintió asombrada y gritó:

—¿Y por qué no me dijiste una cosa tan buena y afortunada a mí, que soy su madre?

Y la madre siguió inventando:

—El hombre me dijo que no hablara, vieja madre, porque afirmó que tienes la lengua suelta en la boca, como si fuera un guijarro, y toda la calle se enteraría, y si no le gusta el trabajo, no tendría por qué explicarles nada.

—¿Eso dijo? —preguntó la vieja madre, con su voz cascada, inclinándose hacia delante para mirar la cara de su nuera, con la boca abierta, y entonces prosiguió, sintiéndose herida—: Es verdad que siempre me ha gustado mucho hablar, hija, pero no tengo la lengua tan suelta en la boca como si fuera un guijarro.

Una y otra vez, la madre repitió la historia, a la que añadía luego detalles, para

darle más visos de realidad.

Había una mujer que a menudo pasaba frente a la casa, una viuda que vivía en la casa de un hermano mayor que no tenía mucho quehacer, siendo viuda y sin hijos. Estaba todo el día sentada, bordando florecillas de seda en unos zapatos que hacía para sí misma, por lo que tenía mucho tiempo para pensar en las cosas que oía. Y, así, pensó en aquella extraña circunstancia de la marcha del hombre, y un día se le ocurrió algo y corrió por la calle lo más de prisa que pudo, con sus pequeños pies, y gritó astutamente a la madre:

—¡Pero hace mucho tiempo que no ha llegado una carta a esta aldea y no he sabido que tu hombre recibiera alguna!

Luego fue en secreto al único hombre de la aldea que sabía leer y escribir las pocas cartas que recibían, añadiendo así algo a sus medios de vida. A ese hombre preguntóle secretamente la viuda:

—¿Llegó alguna carta para Li, el Primero, que fue hijo de Li, el Tercero, en la pasada generación?

Y cuando el hombre dijo que no, la murmuradora gritó:

—¡Pues hubo una carta, o así lo dice su mujer, y hace tan sólo pocos días!

Entonces el hombre sintió celos, creyendo que habrían llevado la carta a otra aldea, y negó una y otra vez, diciendo:

—Muy bien sé yo que no ha habido carta alguna, ni tampoco ninguna contestación, ni ha venido nadie para que le leyera o escribiera una carta, ni tampoco a comprar ningún sello, y yo soy el único que tiene esos sellos. Y ni siquiera ha venido ningún cartero a esta aldea hace veinte días o más.

La viuda se olió algo extraño y habló en todas partes, diciendo que la mujer de Li, el Primero, mentía, que no recibió ninguna carta y que el esposo había abandonado a la esposa. ¿No habían disputado fuertemente por la túnica nueva, acaso, de forma que toda la aldea les oyó maldecir y él la había derribado al suelo e incluso pegado? Por lo menos, eso decían los niños.

Pero cuando la murmuración llegó hasta la madre ella contestó firmemente asegurando que no había mentido y que ella había hecho la túnica nueva precisamente para que el hombre fuera a la lejana ciudad y que la disputa fue por otra cosa. En cuanto a la carta, no había habido ninguna y las noticias fueron traídas por un buhonero, que había llegado de la costa.

Así mintió la madre firmemente y con seguridad y la vieja creyó la historia y, a menudo, hablaba a gritos de su hijo y lo rico que sería; la madre conservaba el rostro tranquilo y no lloraba como las mujeres hacen cuando el esposo las abandona, avergonzándolas así. Finalmente, la historia les pareció verídica a todos e, incluso, la murmuradora viuda se silenció, musitando sólo a sus flores de seda: «Ya veremos... Cuando pase el tiempo, ya veremos si manda dinero o escribe una carta, o si siquiera

regresa algún día a su casa...».

Y, así, murió la pequeña agitación en la aldea y las mentes de la gente ocupáronse en otras cosas, olvidando a la madre y su historia.

Entonces la madre se acostumbró a su nueva vida. Los siete días habían transcurrido sobradamente y el hombre no regresaba. Entretanto, el arroz había madurado y se inclinaba, pesado y amarillo, esperando la cosecha, pero el hombre no llegaba. La mujer tuvo que segararlo sola, excepto durante dos días, en que el primo la ayudó, cuando su propio arroz estuvo segado y agavillado. Estaba contenta por su ayuda, pero al mismo tiempo le temía, pues el primo era hombre de pocas palabras, pocas y sinceras, y sus preguntas eran sencillas y muy difíciles de no contestar con la verdad. Pero él trabajaba en silencio y nada le preguntaba, no pronunciando sino las pocas palabras que imprescindiblemente había de decir hasta que se fue. Entonces dijo:

—Si no ha venido cuando llegue el momento de dividir el grano con el terrateniente, yo te ayudaré, pues el nuevo agente es hombre astuto y malicioso y es poco conveniente que una mujer se entienda con él, sola.

Ella le dio las gracias reposadamente, satisfecha de su ayuda, pues conocía muy poco al agente, ya que hacía escasos años que se encargaba de aquellos lugares. Era un hombre de ciudad, de falsa cordialidad en cuanto hacía y decía.

Los días se convirtieron en un mes. Día tras día, la mujer habíase levantado antes del amanecer, dejando a los niños y a la vieja durmiendo, y preparaba su comida para cuando despertaran. Llevando en brazos al hijo menor y con la hoz en la mano libre, marchaba a los campos para segar. El hijo pequeño abultaba ya bastante y sabía sentarse solo; la madre le dejaba en el suelo, para que jugara como quisiera, y él se llenaba las manos de tierra y se la llevaba a la boca y comía de ella, escupiéndola después por su mal sabor, pero se le olvidaba y volvía a comer y a escupir, hasta que tuvo la cara cubierta de tierra y babas. Pero hiciera lo que hiciera, la madre no podía preocuparse por él. Debía hacer el trabajo de dos personas, y lo hacía, y si el niño lloraba, dejábale llorar hasta que ella sentíase fatigada y podía sentarse para descansar; entonces daba el pecho a aquella boca terrosa y le dejaba beber. La madre sentarse demasiado entristecida para fijarse en las manchas que el niño le dejaba.

Segó todo el grano, manajo a manajo, inclinándose cada vez y lo apiló en gavillas. Cuando los rebuscadores iban a su campo para recoger lo que a ella pudiera caérsele, como hacen los mendigos y los espigadores en tiempo de siega, volvía hacia ellos, con la cara sudorosa, sucia y atirantada por la dureza del trabajo y les echaba maldiciones.

—¿Venís a rebuscar en el campo de una mujer sola, que no tiene hombre que la ayude? ¡Yo soy más pobre que vosotros, mendigos, más pobre que vosotros, malditos ladrones!

Y les maldecía tan violentamente a ellos y a las madres que los habían llevado en su seno y a sus hijos, que finalmente dejaron tranquilos sus campos, asustados de tan poderosas maldiciones.

Luego, gavilla a gavilla, llevó el arroz a la era y lo trilló, unciendo el búfalo a la burda rueda de piedra. Azuzó al animal durante los calientes días del otoño. Después de que el grano estuvo trillado, reunió la paja y la amontonó y aventó aquél, cuando soplaba un poco de viento.

Entonces hizo que el muchacho trabajara también y, si se detenía o jugaba, le daba alguna bofetada, debido a la tristeza y desesperación de su agotado cuerpo. Pero no podía hacer las hacinas, pues ese trabajo había siempre hecho el hombre, porque era uno de los que menos odiaba. Lo hacía siempre bien y cubría, con acierto, la parte superior con barro, alisándolo finalmente. Por tanto, aquel año, pidió al primo que le enseñara cómo se hacía para que ella pudiera realizar aquel trabajo, en adelante, con el muchacho, si el hombre tardaba más de un año en regresar. El primo le enseñó y ella erguía el cuerpo arrojándole la paja, mientras él sentábase en lo alto de la hacina y la extendía. Y así, terminaron los trabajos de la cosecha del arroz.

Estaba delgada hasta los huesos, debido al trabajo y el cansancio; hasta la última onza de carne había desaparecido de ella y su piel aparecía requemada, excepto en los labios y mejillas. Sólo la leche permanecía en sus pechos, grandes y llenos. Hay algunas mujeres cuya comida se convierte en gordura para ellas y no en alimento para tener hijos y su maternidad robaba implacablemente a su cuerpo lo que el hijo necesitaba.

Llegó el día en que había que medir la parte de la cosecha para el terrateniente, pero el propietario de la aldea y de los campos que la rodeaban jamás iba en persona en busca de lo suyo. Era un hombre rico que vivía en alguna lejana ciudad, pues la tierra le llegó de sus padres, y mandaba a un agente en su nombre. Aquel año el agente era nuevo. El anterior se había despedido después de enriquecerse durante veinte años. El nuevo agente llegó y fue a la casa de cada habitante de la aldea; la mujer le esperaba en su propia puerta, con el grano apilado en la era. Y el agente llegó.

Era un hombre de ciudad, de la cabeza a los pies, alto y suave, que vestía su túnica de seda gris y calzaba zapatos de cuero. De vez en cuando, se llevaba una mano a la barbilla y, al moverse, de él se desprendía un perfume. La madre se encogió cuando llegó el agente, preguntando:

—¿Dónde está el granjero?

La mujer calló, dejando que hablara la vieja madre.

—Mi hijo trabaja en la ciudad ahora, y nosotras nos ocupamos de la tierra.

Entonces la mujer mandó al muchacho en busca del primo, y esperó en silencio, acercándose para ofrecer té a aquel hombre, pero sin hablar más que para los saludos

de costumbre, sintiendo, al mismo tiempo, los ojos de él fijos ya en sus pies desnudos, ya en su cara. Permaneció cerca cuando el primo medía el grano y separaba la parte que el agente tomaba como suya. Sintióse contenta de no tener que decir nada, ni siquiera comprobar el peso, pues el primo era muy honrado. Pero vio el grano dividido y le causó dolor, pues era penoso dar a aquel hombre de la ciudad su propia parte de lo que los granjeros habían cultivado con tanto trabajo. Mas lo daban sin protestar y así también lo dio ella, sabiendo que si no lo hacía sufriría; además de la parte del terrateniente, daban al agente una o dos gallinas gordas o una medida de arroz o algunos huevos e incluso plata para él particularmente.

Cuando todo el grano estuvo medido, la aldea tenía que dar un banquete al agente y cada casa había de contribuir con un plato. Incluso, en aquel año, la mujer cogió una gallina y la mató y la cocinó para el banquete, cociéndola largamente hasta que estuvo hecha, de forma que aunque seguía estando entera y la piel no aparecía rota, la carne era tan tierna que se desmenuzaba cuando los palillos la tocaban. El sabor y el aroma de aquella gallina, después de tantas horas de preparación, eran más de lo que los niños podían soportar y el muchacho gritó:

—¡Ojalá fuera para nosotros! ¡Ojalá pudiéramos comer una gallina nosotros!

Pero la madre estaba amargada con su tristeza y cansancio.

—¿Quién puede comer esa carne, sino un hombre rico? —repuso.

Sin embargo, cuando el banquete acabó fue a la mesa a la que habían comido los hombres y cogió un hueso de su gallina, del cual colgaba aún un poco de piel y carne, y se lo llevó al muchacho para que lo chupara, diciendo:

—Crece pronto, hijo, y también podrás comer con ellos.

Entonces el muchacho preguntó, inocentemente:

—¿Crees que mi padre me dejará?

Y la madre contestó con amargura:

—Si él no está aquí, tú comerás en su lugar. Lo juro.

Se acercaba ya el invierno. Los niños habían casi olvidado que jamás hubiera en la cama otra persona más que ellos y la madre. Incluso la vieja raramente pensaba en preguntar por su hijo, porque los frías vientos llegaron, trayendo dolor a sus viejos huesos, y bastante trabajo tenía buscando un lugar soleado y protegido; se quejaba de continuo porque los vientos cambiaban de dirección y porque cada año el sol parecía menos cálido que el anterior.

El muchacho trabajaba diariamente en alguna pequeña tarea y lo tomaba como obligación. Cada día, cuando no había nada más que hacer, llevaba al búfalo a las colinas y le dejaba que paciera la corta hierba, pasándose el día entero sobre su lomo, o yendo hacia alguna tumba, cazando grillos entre la hierba y tejiendo pequeñas jaulas para ellos. Cuando llegaba a la casa por la noche, colgaba la jaula de la puerta

y los grillos chirriaban y aquel sonido complacía a los niños.

Pero, pronto, la hierba de las colinas se secó y las flores silvestres de verano desprendieron su simiente y los senderos se alegraron con jarillas púrpura y pequeños crisantemos silvestres amarillos, que son las flores del otoño, siendo ya tiempo de cortar la hierba que serviría de combustible durante el invierno. Entonces el muchacho iba con su madre y ella segaba todo el día, con su pequeña hoz, y él trenzaba cuerdas de hierba y agavillaba la que ella cortaba. Por todas partes, en la montaña, veíanse puntos azules; eran gentes como ellos, cortando y agavillando hierba. Al atardecer, cuando el sol se ponía y de las montañas llegaba un viento frío, las gentes regresaban a sus casas por los tortuosos senderos, cargadas todas con dos grandes gavillas sujetas a una pértiga sobre el hombro; y así hacía la madre también, como el muchacho, que llevaba dos gavillas pequeñas.

Cuando llegaron a la casa, lo primero que la madre hizo fue coger al hijo pequeño y aliviar sus pechos de la carga de leche; el niño mamó ávidamente, pues sólo había tomado papilla de arroz durante el día. Aquellos primeros días fríos, la vieja se acostaba, para calentarse, apenas se ocultaba el sol, y la niña tanteaba su camino, cerrando los ojos incluso a aquella pálida luz, y se sentaba en el umbral, alegrándose con la llegada de su hermano, a quien echaba en falta desde que tenía que trabajar.

Así pasó el otoño. La tierra tenía que ser arada para el trigo y sembrada luego; la madre enseñó al muchacho a desparramar el grano, de forma que el viento le ayudara, y a vigilar el viento y procurar que el grano no cayera en demasía en un sitio y en poca cantidad en otro. Luego llegó el invierno, cuando el trigo había ya brotado y los campos se encogieron y endurecieron con el frío. Entonces la madre sacó los vestidos de invierno de debajo de la cama, donde los guardaba, y los soleó, preparándolos para su uso. Pero el duro y áspero trabajo del verano y el otoño habíanle estropeado las manos de tal forma, que, incluso el rudo tejido de algodón se cogía de las grietas que en ellas tenía y sus dedos eran rígidos y duros.

Sin embargo, trabajó, sentándose junto a la puerta para recibir el calor del sol y resguardarse del frío viento. Primero, cuidóse de las ropas de la vieja, puesto que sentía tanto el frío. Hizo que se quedara en cama uno o dos días y que se quitara la roja mortaja que llevaba y entre la tela y el forro colocó el almohadillado que había sacado a la llegada del verano. La vieja estaba a gusto en cama y charlaba contenta:

—¿Crees que alcanzaré a romper esta mortaja, nuera? Durante el verano me parece que sí, pero, cuando el invierno llega, ya no estoy segura, porque la comida no me calienta como antes.

Y la madre contestaba con aire ausente:

—Me atrevo a asegurar que vivirás para romperla, vieja madre, pues jamás he visto una mujer vieja como tú, cuando las demás se han ido.

Entonces la vieja rio de contento y siguió parloteando, entre risas y toses:

—¡Sí, duraré mucho, lo sé!

Y permanecía acostada, contenta, esperando que arreglara su mortaja para protegerla del frío.

La madre remendaba los trajes de los niños; tendría que dar los de la niña al hijo menor y los del muchacho a la niña, pues todos habían crecido mucho aquel año. Entonces se presentó la cuestión de la ropa de abrigo para el muchacho. Había una chaqueta acolchada del hombre y los pantalones, que había llevado en tres inviernos pasados. Él la había roto, habiéndola ella remendado el cuello y los puños, y, en la parte de delante, tenía un largo desgarrón, donde el cuerno del búfalo se había cogido un día y, estando el hombre enfadado, tiró de la cuerda, pasada por el tabique de la nariz del animal, y éste hizo un brusco movimiento con la cabeza.

Pero no podía resignarse a cortar aquellas ropas para el muchacho. Les daba vueltas, pensando, dolorida, murmurando finalmente:

—¿Y si viniera aún? Todavía no arreglaré estas ropas.

Pero el muchacho no tenía vestido para el invierno y temblaba con el frío de la mañana y el atardecer. Por fin, la madre apretó los labios y cortó la chaqueta y los pantalones para él, consolándose interiormente, diciendo a su corazón:

—Si viene, venderemos un poco de arroz y compraremos ropas nuevas. Si viniera para el año nuevo, se alegrará de tener vestido nuevo.

Transcurría el invierno, pareciéndole a la mujer que el hombre llegaría para el año nuevo, cuando todos los hombres van a sus casas, si viven y no son mendigos.

Por tanto, cuando alguien le preguntaba, ella empezó a contestar:

—Vendrá a casa para la fiesta de año nuevo. Y la vieja madre dio en repetir:

—Cuando mi hijo venga, pronto, para el año nuevo...

También los niños esperaban aquel día. De vez en cuando, la viuda murmuradora sonreía.

—Es extraño que no llegue ninguna carta de ese hombre tuyo —decía maliciosamente, mientras se hacía un bonito par de zapatos nuevos para la fiesta—; y yo sé que no llega ninguna, porque el hombre que escribe las cartas me lo dice.

Pero la madre contestaba con una aparente calma:

—He tenido varias veces noticias de él, que me han traído viajeros que por aquí han pasado. Mi hombre y yo nunca hemos gustado mucho de escribir, por el buen dinero que cuesta, y nunca se sabe, tampoco, lo que los hombres que escriben las cartas olvidan poner y deseas esté escrito y toda la calle sabe lo que dice la carta que llega para mí. Estoy contenta de que no mande cartas.

Así acalló a la murmuradora, y repitió tantas veces que el hombre regresaría para el año nuevo, que verdaderamente llegó a parecerle que así sería.

Se acercaba la fecha y todos en la aldea preparábanse para la fiesta. La madre tenía que prepararse también, no sólo para los niños, haciéndoles zapatos nuevos y

lavándoles la ropa y confeccionando un gorro nuevo para el hijo menor, sino también para el hombre. Llenó dos grandes cestas con el arroz de que osó desprenderse y las llevó a la ciudad, donde las vendió un poco más baratas que el precio que el hombre obtenía, lo cual estuvo muy bien, teniendo en cuenta que era una mujer sola, regateando con hombres. Con el dinero compró dos velas rojas e incienso para quemar ante el dios y letras rojas de la suerte para pegar en las herramientas y el arado y los útiles de la granja que ella utilizaba. Compró también un poco de manteca y de azúcar para hacer pasteles para aquel día. Entonces, con lo que le quedó, entró en una tienda de telas y adquirió unos veinte pies de buena tela azul, de algodón, y en otra tienda, cinco libras de algodón cardado, para almohadillar.

Estaba tan segura de que el hombre vendría, que empezó a cortar la tela, y despacio y con mucho cuidado hizo una chaqueta y unos pantalones y los acolchó, poniéndoles finalmente los botones, que hizo con pedazos de tela muy retorcida y cosida firmemente. Entonces guardó las prendas, esperando su llegada, y a todos les pareció que aquéllas ropas acabarían trayendo al hombre más pronto a casa.

Pero amaneció el día y el hombre no llegó. No. Todo el día esperaron con las ropas limpias, aseados los niños, y procurando no ensuciarse, cuidando la vieja de que no le cayera comida en la falda. La madre forzábale continuamente en sonreír todo el día.

—Todavía es de día —decíales—, y puede aún llegar hoy.

A su puerta, acercáronse los que habían sido buenos amigos de su hombre, para desearle suerte, si había llegado, y ella les ofreció té y pequeños pasteles.

—En verdad puede venir hoy —contestaba ella cuando le preguntaban—, pero tal vez su amo no puede pasarse sin él, pues sé que le quiere bien y confía en él.

Y al día siguiente, cuando fueron las mujeres, les repitió lo mismo, sonrióles y aparentó tranquilidad.

—Puesto que él no ha venido —díjoles—, pronto tendré noticias tuyas, de seguro, diciéndome por qué no ha regresado.

Y entonces habló de otras cosas.

Pasaron los días; la madre hablaba reposadamente y los niños y la vieja creían lo que ella decía y confiaban en ella para todo.

Pero por la noche, en la oscura noche, lloraba silenciosa y amargamente. En parte, lloraba porque él se había ido, pero algunas veces por la vergüenza que aquello representaba para ella. También, porque era una mujer sola y la vida parecíale demasiado dura, con aquellos cuatro seres que dependían de ella.

Cierto día, mientras pensaba en sus lágrimas, se le ocurrió que por lo menos podría evitarse la vergüenza. Cuando pensaba en el dinero que había gastado para sus vestidos nuevos sin que él viniese, y en los pasteles que había hecho y el incienso

quemado para rezar por él, sin que él viniese, y en las insidiosas miradas de la viuda murmuradora y sus susurradas insinuaciones e, incluso, las dudosas miradas de su buen primo, cuando el tiempo pasaba y el hombre no venía aún, entonces le parecía que debería evitarse la vergüenza.

Se secó las lágrimas y pensó en lo que haría. Llevó a la ciudad todo el arroz de que podía desprenderse y lo vendió. Cuando tuvo la plata en la mano, pidió un papel que fuera tan bueno como la plata y, con él, fue a un escritor de cartas, un hombre extraño en aquella ciudad, a quien ella no conocía. Lo encontró sentado en su pequeña caseta junto al templo de Confucio.

La madre tomó asiento en un banquillo, frente a él, y le dijo:

—Tengo que escribir una carta para un hermano que está trabajando, así que di lo que yo te diré. Está enfermo en cama y yo escribo por él.

Entonces el viejo sacó las gafas y dejó de mirar a los peatones. Cogió una hoja de papel nuevo y humedeció el pincel con el bloque de tinta.

Dijo:

—Habla, pues, pero dime primero el nombre de la esposa del hermano y dónde está su casa y cuál es tu nombre también.

La madre le contestó:

—Es mi cuñado quien me encarga que escriba la carta a su esposa. Él vive en una ciudad de la que yo acabo de llegar y mi nombre no importa.

Le dio el nombre de su marido, como si fuera el hermano y el de una lejana ciudad que sabía que estaba cerca del lugar en que viviera durante su niñez. Después, como nombre de la esposa de su cuñado, dio el suyo propio y le indicó también dónde estaba su aldea, añadiendo:

—He aquí lo que tiene que decir a su esposa. Dile: «Estoy trabajando mucho, y tengo un buen trabajo y como lo que quiero. Tengo un amo bueno y todo lo que he de hacer es prepararle su pipa y el té y llevar recados a sus amigos. Me da la comida y tres piezas de plata al mes, además, y de mi sueldo he ahorrado diez piezas que he cambiado por un papel que ahora vale tanto como la plata. Usa esas piezas para mi madre y para ti y para los niños».

Entonces esperó que el hombre escribiera, despacio y durante largo rato, y finalmente él preguntó:

—¿Eso es todo?

Pero ella contestó:

—No, tengo que decir más afín: «No pude venir por el Año Nuevo porque mi amo me quiere tanto que no puede pasar sin mí, pero si puedo vendré otro año. Si entonces tampoco pudiese, te mandaré mi dinero una vez al año, tanto como pueda ahorrar».

Nuevamente el viejo escribió y ella dijo, después de pensar un rato:

—Una cosa más quiere él decir. Di: «Dile a mi vieja madre que le traeré tela roja para su tercera mortaja cuando yo venga, tela fuerte de la mejor clase».

Así quedó completa la carta y el viejo la firmó y la selló.

Escribió después la dirección y escupió en un sello y lo pegó. Dijo que la pondría en el correo en un lugar que él sabía. Y ella le pagó sus honorarios y fue a su casa, pues eso era lo que había ideado cuando se secó las lágrimas.

Capítulo VI

Unos siete días después, un hombre que llevaba cartas en una bolsa colgada del hombro, pasó por allí. Era una cosa nueva, pues en tiempos antiguos no había tales hombres. Para las gentes de aquella aldea era un mágico milagro que llegaran cartas de tal modo, pero así llegaban, sin embargo. Aquel hombre sacó una carta de la bolsa, la sostuvo en la mano, miró a la madre y dijo:

—¿Eres tú la esposa de uno llamado Li?

Entonces, ella supo que su carta había llegado y contestó:

—Sí, soy yo.

Y él dijo:

—Entonces, esto es para ti y te lo manda tu hombre, desde donde se encuentra, pues su nombre está escrito aquí.

Y le entregó la carta.

Ella gritó y fingió falsa alegría y dijo a voces a la vieja:

—¡He aquí una carta de tu hijo! —Y a los niños dijo—: ¡Ha llegado una carta de vuestro padre!

Casi no podían esperar a que la leyeran. La mujer se lavó y se puso un vestido limpio y se peinó el cabello. Mientras lo hacía, oyó a la vieja madre que gritaba a la esposa del primo:

—¡Ha llegado una carta de mi hijo!

Cuando lo hubo dicho, rio y tosió y volvió a reír, hasta que la esposa del primo se asustó de lo que le pasaba a aquel cuerpo viejo y débil y corrió y le frotó la espalda, mientras gritaba con su buen corazón:

—¡Vieja madre, no dejes que la alegría te mate! Y cuando la madre salió limpia y sonriendo, añadió también bondadosamente:

—¡Aquí está esta vieja ahogándose, porque ha llegado una carta!

Y la madre sonrió diciendo:

—Sí, y aquí está.

Y sacó la carta, para que la otra pudiera verla.

Cuando iba por la calle, todo el mundo la seguía, pues el muchacho sonreía, diciendo a cuantos preguntaban que la carta de su padre había llegado. La niña caminaba a su lado, cogida de su vestido, y, puesto que era invierno aún y había poco que hacer, hombres y mujeres seguíanle. Se apiñaron todos en la casa del hombre que escribía cartas. Este se asombró al ver llegar a tanta gente de pronto. Pero cuando supo de qué se trataba, cogió la carta y la estudió un rato y la miró fijamente, diciendo por fin, gravemente, lo primero que debía decir:

—Es de tu esposo.

—Eso pensé yo —contestó la madre.

Y la viuda murmuradora, que estaba entre la gente, gritó:

—¿Y de qué otro hombre podía ser, buen hombre?

Y todos rieron gozosamente.

Entonces el escritor de cartas empezó a leérsela lentamente a la madre. Se hizo el silencio y la madre escuchaba, así como los niños y la gente. A cada palabra, hacia una pausa el hombre para explicar su pleno significado, en parte porque es cierto que las palabras escritas y las palabras habladas no son las mismas, y en parte, también, para demostrar lo sabio que era. La madre escuchaba como si nunca hubiese oído aquellas palabras antes. Asentía a cada una de ellas y, cuando el hombre llegó a aquel punto donde hablaba del dinero mandado, el hombre levantó mucho la voz y dijo claramente aquello tan importante. Los que escuchaban exclamaron:

—Pero, ¿ha mandado dinero?

La mujer asintió y abrió la mano, mostrando el papel por el que había entregado su propia plata. Se lo dio al escritor de cartas para que lo viera y el hombre dijo, en tono grave y solemne:

—Ciertamente, veo un diez y debe ser que este papel vale diez piezas de plata.

Todos quisieron ver aquel papel en el que había el retrato de un general gordo y bigotudo y, cuando la vieja murmuradora lo vio, gritó sorprendida:

—¡Cómo ha cambiado tu hombre, ama de casa!

Pues la viuda suponía que era el retrato del hombre. Ninguno de ellos estaba seguro de que no lo fuera, excepto la mujer, la cual dijo:

—No es mi hombre; lo sé.

Entonces el escritor de cartas hizo una suposición y afirmó:

—Es su amo, sin duda alguna.

Todos lo volvieron a mirar y lanzaron exclamaciones, acerca de lo rico y gordo que parecía. Así la muchedumbre guardó silencio de maravilla y envidia. Todos miraron, mientras la madre doblaba aquel papel y lo guardaba en su puño.

La carta fue leída y cuando el viejo hubo acabado y la dobló, dijo a la mujer:

—Eres una esposa muy afortunada pues no todas las mujeres campesinas tienen hombres que puedan ir a una ciudad tan grande y encontrar un trabajo tan bueno; y tampoco no todos ellos mandarían a sus casas el dinero así, pues tengo sabido que hay muchos lugares en las ciudades donde gastar el dinero.

Entonces, aquellas gentes sintieron respeto por la mujer. Ella regresó orgullosamente a su casa, seguida de sus hijos que compartían la gloria de la madre. Y cuando la madre llegó a la casa, se lo contó a la vieja madre, la cual rio de placer al oír lo que su hijo decía de la tercera mortaja, y lanzó exclamaciones con su vieja voz cascada, golpeándose las huesudas rodillas, llena de gozo.

—¡Ese hijo mío! ¡Te aseguro que nunca ha habido ninguno como él! Y sin duda esa tela de la ciudad debe ser tela muy buena. —Luego tornóse algo grave, y añadió

sosegadamente—: ¡Ay, hija! Si es tan buena como dice, dudo que pueda yo romperla antes de morir. Tal vez sea mi última mortaja.

También el muchacho tornóse serio al ver la gravedad de su abuela y exclamó lealmente:

—¡No, abuela, no será así, porque ya has roto dos y ésa no puede ser tan fuerte como dos!

Al oír estas palabras, la vieja animóse nuevamente y rio al ver que su nieto era tan inteligente y dijo a la madre:

—Recuerda muy bien todo lo que le dije, hija, casi como si tú misma hubieras leído las palabras.

—Sí —asintió la madre, quedamente—. Recuerdo cada palabra.

Luego entró sola en la casa. Quedó detrás de la puerta donde lloró silenciosamente, y la carta y aquel papel que era igual que plata sólo fueron cenizas para su orgullo. Ningún valor tenían para ella cuando estaba sola; no tenían significado alguno.

Sin embargo, la trama de la madre salió bien. Desde entonces, no hubo nadie en la aldea que se burlara de ella o insinuara que su esposo la había abandonado. Más bien, tuvo que endurecer su corazón para con ellos, porque después que se supo que tenía el papel que valía plata y que el año siguiente recibiría otro como aquél, algunos fueron a pedirle secretamente préstamos, siendo uno de ellos el viejo escritor de cartas. Además de él, uno o dos hombres perezosos mandaron a sus mujeres a pedirle en su nombre y la mujer temía negarse, puesto que todos en la aldea estaban emparentados de alguna forma y todos se apellidaban Li, pero les dijo esto y aquello, que ella debía el dinero por un préstamo que había pedido y que lo había ya gastado, o algo parecido. Algunos le gritaban, cuando hablaban en algún patio frente a una casa. La viuda murmuradora dijo significativamente delante de ella cuánto costaba un pedazo de tela en aquellos tiempos, e incluso una aguja o dos costaban mucho, o unos hilos de seda para bordar una flor en un zapato como adorno, y todos se cuidaban de decir, cuando ella estaba presente:

—Tu destino es muy afortunado, pues no tienes que pensar tres veces antes de gastar una moneda pequeña de cobre, mientras tu hombre está lejos ganando plata, que después te manda, y tú tienes esa plata además de lo que le sacas a la tierra.

Y algunas veces un hombre comentaba:

—Dudo que sea bueno tener una mujer tan rica en nuestra aldea, pues los ladrones pueden venir. ¡Ay, los ladrones van a donde hay riquezas, como moscas a la miel!

Finalmente, le pareció que todos los días aquel pedazo de papel la turbaba más, no sólo por lo que la murmuradora decía, y porque éste y aquél entre los hombres le pedían que se lo enseñara para contemplarlo de cerca, sino porque no estaba

acostumbrada a que el dinero fuera de papel. Llegó a odiarlo, ya que siempre temía que el viento se lo llevara o las ratas lo royeran o los niños lo encontrarán y, creyendo que no era nada, lo rompieron jugando. Todos los días miraba si estaba seguro en la cesta de arroz donde lo escondía, porque temía que se humedeciera y pudriera en la hendidura de la pared. Aquel papel se convirtió en algo tan abrumador, que cierto día, cuando vio que el primo se disponía a ir a la ciudad, corrió a él y le susurró:

—Cambia este papel por plata dura, te ruego, para que yo pueda sentirla en la mano, porque este pedazo de papel no me parece nada cuando lo cojo.

El primo lo cogió y, como era hombre honrado, lo cambió en buenas piezas de plata. Cuando regresó a la casa de la mujer de su primo golpeó las piezas una contra otra, para demostrar que todas eran buenas. La madre le estaba agradecida y le dijo, aunque con desgana, porque no deseaba parecer mezquina:

—Toma una pieza por tus molestias, primo, y por tu ayuda en la cosecha, pues bien sé que la necesitas y el vientre de tu esposa se redondea con otro hijo.

Pero aunque él miró fijamente la plata contuvo el aliento sin darse cuenta y parpadeó una o dos veces deseando tener aquel dinero, no quiso tomar la moneda. Habló rápidamente, antes de que su deseo fuera demasiado fuerte, pues era hombre bueno y honrado.

—No, esposa de mi primo, pues tú eres mujer sola y yo puedo trabajar aún.

—Pues si alguna vez necesitas pedirla prestada... —dijo ella, guardando la plata rápidamente, pues bien sabía que ningún hombre puede mirar largamente la plata, por bueno que sea, sin que el deseo le debilite.

Aquella noche, mientras los niños y la vieja dormían, la madre se levantó y encendió la vela y cavó un hoyo con el azadón en el duro suelo de tierra. Allí escondió las diez piezas de plata, no sin antes envolverlas en un trapo, para que la tierra no las tocara. El búfalo volvióse y la miró con sus ojos grandes y tristes y las gallinas despertaron de su sueño bajo la cama y la miraron primero con un ojo y luego con el otro. Cacarearon débilmente, asombradas de aquella cosa extraña en la noche. Pero la mujer cubrió el hoyo y lo pisó para que no se notara. Luego, volvió a acostarse en la oscuridad.

Ocurrió algo extraño: mientras yacía despierta pero soñando, casi olvidó que era su propia plata la que había enterrado, la plata ganada en la cosecha que ella misma había segado, doblándose, abrumada de fatiga, para cada puñado de grano. Sí, lo olvidaba, y parecía que el hombre ciertamente se la había mandado, que era algo que tenía además de lo suyo, y murmuró en su corazón:

—Va por las piezas de plata que él cogió y gastó en aquella túnica azul, y mejor, pues son más piezas.

Y le perdonó por aquello que había hecho, durmiéndose luego.

Desde entonces, cuando alguien le pedía que le mostrara el papel, la mujer

contestaba tranquilamente:

—Lo he cambiado por plata y lo he gastado ya. Cuando la murmuradora se enteró, exclamó, asombrada:

—Pero, ¿la has gastado toda?

La madre contestó tranquilamente, sonriendo:

—Si, la he gastado en una cosa y en otra, y una nueva olla o dos y tela para estoy aquello y, ¿por qué no había de gastarla, si tiene que llegar más?

Acto seguido entró en la casa y sacó las prendas nuevas que había confeccionado para que el hombre las llevara si volvía a casa, diciendo:

—He aquí alguna de la tela que he comprado con la plata.

Todas la miraron y la tocaron, gritando que era una tela muy buena y fuerte, y la viuda murmuradora dijo a regañadientes:

—Puedo asegurarte que eres una mujer muy buena, gastando el dinero en parte para ropas para él y no todo en ti y tus hijos.

Entonces, la madre repuso con voz firme:

—Estamos muy contentos el uno con el otro mi hombre y yo. Gasté algo para mi, ya que di plata a un platero y le encargué que me hiciera unos pendientes y una sortija, pues mi hombre siempre dijo que quería que los tuviera, cuando pudiéramos ahorrar algo.

La vieja había estado escuchando esas palabras y entonces gritó:

—¡Mi hijo es el hombre que ella dice y me comprará mi tercera mortaja, que será de la mejor tela de la ciudad! Es un hijo muy bueno, vecinos, y a todos os deseo uno igualmente bueno, y especialmente a ti, esposa del primo, pues veo que tu vientre está hinchado como un melón maduro.

Entonces las amas de casa rieron y se alejaron, una tras otra, pues atardecía ya. Pera cuando hubieron marchado, la mujer gimió interiormente ante la historia que había contado, reprochándosela, diciendo en su propio corazón:

—¿Por qué he tenido que contar semejante historia, no contentándome con lo que había dicho? ¿Dónde encontraré dinero para los pendientes y la sortija? Sin embargo, debo hacerlo de alguna manera para probar que es verdad.

Y suspiró al pensar en la carga que se había impuesto.

Capítulo VII

Una vez más llegó la primavera. La madre debió trabajar duramente la tierra e hizo trabajar al muchacho también, enseñándole cómo conducir el búfalo. No podía empujar el arado, pues era demasiado pequeño, pero podía correr tras el animal y golpearle en las ancas. El búfalo tenía la piel tan dura que él, con todas sus fuerzas, no podía perforarla. La madre ató una estaquilla afilada a un pedazo de bambú e hizo que el muchacho golpeará al animal con ella; para sacarlo de su pesada indolencia.

También a la niña encomendó la madre algunas sencillas tareas, pues la vieja volvía más perezosa y olvidadiza con la edad. Sólo recordaba que tenía hambre o sed. Sólo se movía si el niño menor gritaba o quería algo, pues la abuela amaba a aquel pequeño. La madre enseñó a la hija cómo se lavaba el arroz del mediodía en el estanque, pero dejó que lo hiciera antes de irse ella a los campos, para evitar que la niña, con sus ojos casi ciegos, cayera en el agua y se ahogara. También le enseñó a cocer el arroz y tenerlo preparado cuando ella volviera, aunque era tan pequeña que casi no alcanzaba la tapa de la caldereta. Incluso le enseñó a encender el fuego y a conservarlo encendido, lo cual la niña hacía muy bien y era paciente cuando salía el humo y los ojos le escocían. No se quejaba, pues comprendía que la casa estaba sin padre, y la madre tenía que ocuparse de todos. Sin embargo, cuando la tarea estaba acabada, entraba en la casa, buscando un lugar oscuro y sentábase allí y se secaba los ojos con un pedazo de tela que guardaba para eso y aguantaba el dolor lo mejor que podía.

El hijo pequeño caminaba ya, con la llegada de la primavera. En el invierno no había intentado hacerlo, pues estaba tan envuelto en los vestidos acolchados que, si caía, no podía siquiera levantarse hasta que pasaba alguien y le ponía de pie. Comía lo que quería y engordaba, pero la madre le dejaba mamar aún, porque le producía una vaga satisfacción, aunque sus pechos estaban ya secos. Sin embargo, aquello le daba cierta oscura alegría, por la forma en que su hijo chupaba de su pecho y corría hacia ella cuando la veía regresar por la noche, gritando para beber lo poco que allí había para él.

La primavera avanzaba y la madre trabajaba pesadamente todo el día, con el muchacho a su lado, y los campos fueron arados, no tan recta ni tan profundamente como el hombre los araba, pues era lo que él siempre hiciera en las pasadas primaveras, mientras ella arrojaba la simiente. Sembraron las habas y las coles y los rábanos que serían llevados al mercado, y pronto las colzas florecieron nuevamente amarillas y doradas. Trabajaba tanto que casi olvidaba al hombre, y por la noche estaba tan cansada y el sueño la rendía tan pronto, que por la mañana costábale gran esfuerzo levantarse.

Pero amaneció un día en que le recordó.

Llegó la hora en que debía nacer el hijo de la esposa del primo y ésta mandó a la niña a que fuera a llamar a la madre, que era su amiga y su vecina más cercana. La niña fue al campo donde la madre trabajaba, mientras la dulce brisa de la primavera le hacía revolotear el vestido y le secaba el sudor.

La niña era pequeña y gritó:

—¡Buena tía, la hora de mi madre ha llegado, y dice que te apresures, pues tú sabes lo rápida que ella es y está sentada esperándote, para que cojas al niño!

La madre se enderezó entonces y contestó:

—Sí, dile que ya voy. —Luego volvióse hacia el muchacho y añadió—: Coge mi azadón y desyerba las habas lo mejor que puedas, mientras yo estoy en la casa de la mujer del primo. Tardaré una hora o así, si es tan rápida como siempre.

Luego cruzó los campos y siguió a la niña, que corría delante de ella, y mientras andaba la mujer pensó que era un día muy dulce. Viviendo en aquel valle y debiendo trabajar como lo hacía, jamás pensaba en levantarla cabeza y mirar a su alrededor, pues todo su pensamiento estaba en la tierra o en la casa y se fijaba sólo en ellas. Pero al caminar, levantó la cabeza y vio los sauces que estaban llenos de brillantes hojas verdes y las blancas flores de los perales abiertos ya, inclinándose bajo su brisa. Acá y acullá los granados lucían sus nuevas hojas rajadas. El viento era muy cálido y llegaba en súbitas bocanadas. La madre no sabía qué era más dulce, si el profundo y cálido silencio cuando el viento moría y el aroma de la tierra que salía de los campos arados, o la fragancia que las bocanadas de viento llevaban consigo. Pero al caminar de aquel modo en los silenciosos y en los súbitos vientos, sintió su cuerpo fuerte y pletórico y joven y se apoderó de ella un gran anhelo por el hombre.

Casi cada primavera había ella dado a luz, casi cada primavera, desde que se casó, pero en aquélla su cuerpo era estéril. Antes habíale parecido cosa corriente y natural parir un hijo, como algo que había que hacer una y otra vez, pero entonces díjose que aquello era una alegría que hasta aquel momento no había comprendido. Su soledad le pesó como una pena y los pechos le dolieron, cuando pensó en ello. Jamás volvería a parir en primavera, a menos que su hombre regresara. De pronto voceó su anhelo en un grito:

—¡Oh, vuelve, vuelve!

Sí, oyó cómo su propia voz gritaba las palabras y se paró, asustada, temiendo que la niña las hubiera oído también. Pero cuando se detuvo, sólo oyó la voz del viento y el sonoro canto de un mirlo en un granado.

Al entrar en la oscura habitación y ver la cara redonda de la mujer de su primo atirantada por el dolor y sudorosa y no riente ya, el cuerpo de la madre pareció lleno y pesado, como si fuera ella quien pariera y no aquella otra. Cuando el niño llegó y ella lo cogió y lo envolvió en un pedazo de tela, sintióse sin ganas de volver al trabajo. Inquieta, fue a su casa.

—¡Cómo! ¿Es ya hora de comer? ¡Pero si todavía no tengo hambre! —gritó la vieja.

La niña salió corriendo de la casa gritando:

—¿Es ya hora de encender el fuego madre? Y la madre contestó con indiferencia:

—No; es demasiado temprano, pero hoy me siento extrañamente cansada y descansaré un rato.

Diciendo esto, entró y se echó en la cama.

Pero no podía descansar, y pronto se levantó y cogió al hijo pequeño, estrechándole fuertemente. Luego, quiso darle de mamar, pero el niño no tenía hambre aún y quería jugar, por lo que forcejó para soltarse y rechazar el pecho. La madre sintió entonces que en ella nacía una súbita y extraña ira y le pegó, haciéndole caer al suelo. El niño gritó asustado y dolido, mientras ella murmuraba:

—¡Siempre quieres mamar cuando yo no quiero y, ahora que quiero, no tienes hambre! Se sintió complacida de muy extraña manera, en parte amargamente, porque el niño estaba en el suelo y lloraba. Pero la vieja gritó al oír sus chillidos y la niña corrió a levantarlo. Entonces, la madre volvióse a llenar de ternura y no quiso que la niña lo levantara, sino que lo hizo ella misma, quitándole luego el polvo con la mano y secándole las lágrimas, reprochándose secretamente, avergonzada, por haber hecho sufrir al niño, a causa de su propia pena.

Pero el niño nunca volvió a querer con tanto ahínco el pecho de la madre, y, así, incluso aquella pequeña satisfacción le fue quitada.

Capítulo VIII

Desde su juventud, aquella mujer había sido siempre una criatura de profundos y quietos ardores. No era, como algunas, rápidas en mirar a los hombres, sino mujer de corazón muy profundo, y hasta que estuvo debidamente casada, incluso, cuando se encontraba sola, sus pensamientos no se volvían hacia los hombres por los hombres en sí, y si de lo más profundo de su ser nacían extraños anhelos, jamás les miraba para ver cómo eran o por qué venían, sino que seguía firmemente su tarea y sobrellevaba su anhelo pacientemente en expectante silencio. Sólo cuando estuvo casada y hubo conocido a un hombre comprendió la naturaleza de aquel sordo anhelo con lo que, incluso cuando regañaba con su hombre algunas veces y estaba irritada con él, sabía que no podría vivir sin él. El impaciente anhelo que en ella había podía convertirse, como tempestuosas nubes, en infundada ira contra el hombre que amaba, hasta que desaparecía y ellos se aferraban el uno al otro y ella satisfacía en la vieja y sencilla forma y, así, todo volvía a la tranquilidad.

Sin embargo, el hombre no era jamás bastante; en sí mismo, jamás lo era. La mujer debía concebir por él y sentir cómo un hijo recibía vida en sus entrañas. Entonces, estaba el acto completo y, mientras el niño se movía y crecía, ella encontrábase en nebulosa felicidad, sintiéndose completa. Sí, incluso cuando gritaba sus pequeños enfados a sus hijos y ellos chillaban y gemían por algo y eran caprichosos y testarudos, como los niños deben ser, ella jamás observaba las señales de una nueva concepción sin una dulce alegría del cuerpo, como si hubiera comido y descansado y hubiese dormido y su cuerpo no deseara nada más.

Siempre había querido a los niños, incluso en los viejos tiempos, cuando era pequeña y estaba en la casa de su padre, en un pueblo algo mayor que aquella aldea, situado en las colinas. La casa de su padre estaba llena de niños. Ella era la mayor y como una madre para sus hermanos. Sin embargo, aun cuando estaba cansada por el trabajo diario y los niños, corriendo entre sus piernas, le agotaban la paciencia y ella les gritaba que se apartaran, ni siquiera entonces dejaba de quererles. Había siempre algo en su pequeñez que la enternecía y, a veces, cogía un niño, de su casa o de algún vecino, y lo estrechaba contra ella y lo olía y acariciaba, porque le causaba apasionado placer aquel contacto, aunque ignorara el porqué.

Y así, su corazón se inclinaba hacia todo lo joven que se apoyara en ella. En la primavera, amaba a los polluelos y los patitos que salían del cascarón y, cuando por alguna razón una clueca abandonaba su nido y dejaba los huevos a medio empollar, ella cogía los y los metía en una balsa que llevaba junto a su cálida carne, y caminaba cuidadosa y ligeramente, hasta que los polluelos nacían. Era ella, también, quien se preocupaba de alimentar a los pequeños gusanos de seda, y se complacía en verlos crecer, y los vigilaba de vez en cuando, desde que no eran casi más que vivientes

pedazos de hilo hasta que crecían y engordaban. Cuando reventaban sus capullos y salían mariposas y se apareaban, mariposa con mariposa, ella sentía aquella búsqueda y aquella satisfacción en su propio cuerpo.

Cierto día, cuando los hijos de la casa de su padre salieron de la niñez y ella estaba ya casi en situación de casarse, le ocurrió algo que la excitó como ningún hombre habíala excitado aún. Había un niño, muy pequeño para andar, el hijo de un vecino, un niño gordo cuya hermana mayor habíale llevado todo el verano, desnudo y sujeto a la espalda con una tira de tela. Algunas veces soltaba esa tira de tela y cogía al niño, liberando de aquella carga a la niña que corría a sus juegos.

Y así sucedió que todos los días la muchacha, la madre, dio en buscar a aquel niño de cara alunada, el cual entre todos los del pueblo, era el que mayor gozo le producía, era su favorito. Ella le sostenía en brazos y olía sus gordezuelas manitas y se complacía contemplando sus redondas mejillas y su boca de rosados labios. Lo llevaba consigo, sosteniéndole en su fuerte cadera.

—¡Cómo! —gritaba su madre—. ¿No has tenido bastantes niños en esta casa, que cuando yo dejo de dar a luz tienes que buscar al hijo de otro?

—¡Creo que nunca me cansarán los niños! —exclamó ella, riendo.

Pronto, sin darse cuenta, aquel niño hizo nacer en ella un anhelo que jamás había conocido. Deseaba hijos, como todas las mujeres, y siempre consideró como derecho propio tenerlos algún día. Pero aquel niño robusto y de ojos tranquilos producía en ella un deseo mayor que el de tener hijos. Y lo que primero fuera juego con el niño, convirtiéndose en algo más, una profunda y secreta pasión, no sabía por qué.

Buscaba alguna excusa, cuando lo tenía en brazos, para estar sola con él, cuando los demás se hallaban ocupados en algún trabajo, en los campos o en la cocina, y entonces se sentaba, estrechando al niño contra su pecho. Le murmuraba y arrullaba en sus brazos y sentía aquel cuerpo pequeño, gordezuelo y redondo contra el suyo. Algunas veces, puesto que el pequeño casi no tenía dientes aún, ella mascaba arroz o un pedazo de tarta para él y le ponía después el alimento en la boca y, cuando él chupaba solemnemente asombrado por lo que de pronto sentía entre los labios, ella reía. Pero ignoraba por qué reía, pues no estaba alegre, al ver que en ella había un tan fiero, profundo y doloroso anhelo que no sabía calmar.

En cierta ocasión, poco antes del día de su matrimonio, la muchacha estaba sola con el niño en brazos. Se acercaba el mediodía y la niña no llegaba, como de costumbre, para llevárselo a su madre, que le diera el pecho, y el niño se agitaba y no quería estarse quieto. Entonces la muchacha, al verle hambriento, llevada por alguna incipiente y fiera pasión que no comprendía, pero que sentía en su sangre, entró en su habitación y atrancó la puerta y, con manos temblorosas, se soltó el vestido y ofreció su pecho joven y pequeño al niño, que lo cogió entre sus labios y chupó de él.

Mirando la cara de aquel niño, la muchacha sintió en su sangre una agitación que

jamás soñara y, a sus ojos, acudieron lágrimas y sus labios exhalaban gemidos rotos que no eran palabras. Sostenía al niño contra ella y no sabía qué era aquello que sentía en su interior, aquello pletórico y anhelante y apasionado, mayor que el niño que tenía en sus brazos, mayor que ella misma.

Entonces el encanto se rompió. Su pecho pequeño estaba vacío y el niño lloraba desconsoladamente y ella abrochóse el vestido, sintiéndose avergonzada por lo que había hecho. Salió rápidamente y la hermana del pequeño llegó corriendo, lo cogió y lo llevó apresuradamente a su madre.

Pero para la muchacha aquel momento fue un despertar y casi algo más que el matrimonio. Incluso después de casarse, amaba más a su hombre por ser el parte de su maternidad, que por el hombre en sí.

Así había sido en su juventud. Ahora, poseyendo un cuerpo maduro y conociéndolo todo y a sí misma en su femineidad plena, había sido abandonada, y cada día los hijos eran más altos y también cada día se alejaban más de su niñez y le parecían menos suyos.

El hijo mayor crecía alto, delgado y silencioso. Hablaba poco, pero se afanaba en trabajos pesados. Cuando la madre disponíase a coger el tosco arado de madera para llevarlo a la casa al terminarse el día, lo cogía él y lo colocaba como un yugo sobre sus propios hombros delgados, caminando dificultosamente con aquella carga sobre la tierra removida. Ella estaba tan cansada que le dejaba llevarlo. Era él quien sacaba los baldes de agua del pozo y daba de comer al búfalo y hacía su parte de trabajo y más aún, en el campo, como si fuera su propio padre.

Sin embargo, se alejaba de la mujer, su madre, de una forma secreta, compartiendo fielmente con ella los trabajos y caprichos, y le parecía a la madre que el hijo se distanciaba de su carne de algún modo que no alcanzaba a comprender. No le gustaba estar a su lado y permanecía alejado, como si ella desprendiese algún hedor insoportable. A menudo, disputaban por alguna tontería, como cuando ella le decía que cogiera el azadón de otra forma y él no quería, insistiendo en hacerlo a su propia manera, incluso siendo más difícil de manejar cuando lo cogía a su gusto. Disputaban por algo tan insignificante como esto y por muchas otras cosas iguales. Sin embargo, ambos sabían vagamente que aquello no era la verdadera causa de la disputa, que radicaba en algo más profundo, que ninguno de los dos lograba comprender.

Tampoco la hija era causa de alegría para ella, con sus pobres ojos medio ciegos. Pero la niña hacía pacientemente y lo mejor que sabía las cosas que se le encargaban y no se quejaba ya, como antaño hiciera. Como el hijo menor caminaba y corría ya y lo que más le gustaba era estar jugando y peleando con otros niños como él, en la calle, la niña podía algunas veces ir a los campos, donde trabajaban la madre y el

hermano mayor. Pero incluso allí necesitaba más cuidados que ayuda podía prestar, especialmente si se trataba de algún campo con plantas jóvenes, pues estaba tan ciega que al arrancar las hierbas no las veía bien y a menudo tiraba de una planta creyéndola hierba, con lo que el muchacho gritaba con irritación:

—Vete a casa, muchacha, pues te aseguro que no nos sirves de nada aquí. ¡Ve y siéntate con la vieja abuela!

Y cuando ella se erguía al oír semejantes palabras, medio sonriendo, pero profundamente herida, su hermano volvía a gritarle chillonamente:

—¡Ten cuidado dónde pones los pies, estúpida, pues estás pisando las plantas!

Por tanto, ella se apresuraba a salir del campo demasiado orgullosa para permanecer allí, y la madre sentíase desgarrada entre aquellos dos, el hijo y la pobre hija medio ciega, y comprendía el corazón de ambos, el del muchacho entristecido por un trabajo demasiado duro para su edad y el de la niña, demasiado paciente en su dolor. Entonces suspiraba al alejarse de la niña.

—Cierto es, pobrecilla, que sirves para muy poco; ni siquiera puedes coser con los ojos que tienes. Pero ve a casa y barre el suelo y prepara la comida y enciende el fuego. Eso lo haces muy bien. Vigila al pequeño y procura que no caiga al estanque, pues es el más atrevido y caprichoso de vosotros tres y, de vez en cuando, sírvele un poco de té a la vieja.

Así consolaba a la niña, pero la niña era de poco consuelo para ella, sentada en silencio hora tras hora, secándose los mojados y doloridos párpados y sonriendo con su sonrisa fija y paciente. Al mirarla algunas veces, y al oír las irritadas palabras del muchacho y ver el ansia del menor para ir a jugar, la madre preguntábase amargamente cómo era posible que cuando eran pequeños fueran tan buenos y agradables, y que ahora no le sirvieran de consuelo alguno.

A menudo, al anochecer, la madre miraba al otro lado de la calle, a la casa del primo, y la envidiaba profundamente. Allí había un esposo bueno y honrado, un hombre sencillo y sucio de tierra, no limpio y guapo como el suyo había sido, que iba todos los días a su trabajo y regresaba a casa para comer y dormir, como era propio de hombres, y allí estaban los hijos que engendraba periódicamente, y allí sentábase la madre, calmada, y alegre, con la boca siempre abierta y chasqueando la lengua, pero bondadosa y buena vecina. A menudo, acercábase para compartir un pedazo de carne con la madre o daba a los niños un pedazo de fruta, o una florecilla de papel que había hecho para que la niña se la pusiera en el pelo. Era una casa buena llena de contento, y la madre la envidiaba, creciendo en lo más íntimo de su ser un anhelo profundo, triste e insatisfecho.

Capítulo IX

Si hubiera podido olvidar al hombre, si él hubiese muerto, habiéndole ella vista sepultado en la tierra e inmóvil e ido para siempre; si hubiese podido ser una viuda sabiendo que su vida con el hombre había acabado, todo hubiese sido más fácil para ella. Si la aldea la hubiese reconocido como viuda y ella hubiera podido conservar pura y fuerte aquella viudedad, y si hubiera oído o sabido que las gentes decían, cuando ella pasaba: «Una viuda buena y fiel es la esposa de Li, ahora muerto. Yace él enterrado y ella es fiel; es mujer como aquellas en cuyo honor, en los viejos tiempos, se levantaba un arco de mármol, o por lo menos un arco de piedra»; si ella hubiese oído palabras como éstas le hubieran servido de consuelo y dado fuerzas, constituyendo constante ejemplo de lo que debía ser, al pensar los hombres de ella en esta forma.

Pero no era viuda y, a menudo, tenía que contestar a quienes iban a su casa para preguntarle por su hombre y siempre había de mentir, alegremente, y pensar continuamente en él, por sus propias mentiras.

—Ahí estás tú, ama de casa —decíanle—. ¿Has tenido últimamente alguna carta o te han traído mensajes diciéndote cómo está tu hombre?

Y ella, llevando al hombro una carga para el mercado o regresando lentamente a la casa con cestas vacías debía contestar, esforzándose por vencer su fatiga:

—Si, de palabra, he tenido noticias de que sigue bien, pero él sólo me escribe una vez al año.

Mas cuando llegaba a la casa, sentíase partida en dos por todas sus mentiras. Algunas veces la abrumaban la tristeza y la soledad, y clamaban a su propio corazón:

—¡Qué triste y solitaria mujer soy, que tengo que hacerme a mi hombre con palabras y mentiras!

En tales momentos, sentábase y miraba fijamente a la calle pensando: «Esa túnica azul suya se vería desde muy lejos, si él quisiera regresar a casa, pues es tan claro y bonito el azul».

Cuando divisaba algo azul en la distancia, le saltaba el corazón y, si un hombre pasaba lejos con una túnica azul, tenía que dejar lo que estaba haciendo y contener el aliento mientras se acercaba, protegiéndose los ojos contra el sol, si estaba en el campo, soltando el azadón, observando el camino que tomaba. Y nunca era él quien pasaba, pues el azul es un color muy corriente y cualquiera podía llevar una túnica azul, aunque fuera pobre.

Pero había momentos en que sus mentiras le irritaban contra él y decíase que el hombre no valía aquello. Si hubiera él regresado a la casa en semejantes ocasiones, la mujer, aunque le amaba, hubiese dejado caer sobre él toda su ira, maldiciéndole profusamente, porque la hacía sufrir tanto. A veces, esa profunda ira duraba varios

días y ella aparecía contrariada y seca con los hijos y la abuela. Empujaba rudamente al perro con el azadón. Aunque le dolía el corazón cuando estaba así.

Encontrábase en ese estado cuando llegó el momento de medir el grano, después de la cosecha. Una vez más habíase afanado en la recolecta, sola, exceptuando la ayuda que le prestan el muchacho y el primo que fue un día o dos para aliviarla en su trabajo. Llegó el día de la división del grano, que había sido ya trillado. Entonces parecióle a la mujer que su anhelo y su ira le habían dejado el corazón en carne viva, por lo que cuanto veía caía sobre ella como un golpe, y lo que de ordinario no hubiera visto, veíalo y sentíalo aquel día.

Mientras penaba, en la era, junto al grano apilado estaba el agente del terrateniente. Era un hombre alto, vestido con túnica gris de seda, de rostro cuadrado y grande, y hermoso en su expresión osada. Tenía sus modales acostumbrados, según recordaba la mujer, de aparente cortesía, pero sus ojos eran abultados y sus pesados párpados casi se cerraban sobre ellos. Por la forma en que la miraba por debajo de aquellos párpados, la mujer sabía que el agente conocía su historia y que su esposo había marchado a lejanas tierras y nunca regresaría. Sí, había algo aquel día en el corazón de la mujer que captó aquel conocimiento en él, que ciertamente era hombre que no podía mirar a ninguna mujer sola, sin preocuparse secretamente cómo era y cómo estaba hecha su alma y cuáles serían las formas de su cuerpo grande y de su cara cuadrada y llena y de su voz amable y franca. Pero no obstante su forzada cortesía y sus amables palabras, los aldeanos le odiaban y le temían, porque tenía un carácter excitable y un cuerpo grande y dos puños fuertes y rápidos, que apoyaba en la cadera cuando alguien argumentaba contra lo que él decía. Sí, entonces levantaba los semicerrados párpados y sus ojos eran terribles, brillantes, negros y crueles. Sin embargo, a menudo reían con él, pues si le entregaban sus honorarios sin discutir, contaba una o dos alegres historietas, para suavizar la situación y ellos no podían por menos que reír con sus palabras, aunque con amargura.

Y así bromeó un poco ese día, cuando llegó a la casa de la madre, donde ella vivía sin su hombre, diciendo animadamente al muchacho:

—Veo que tu madre no necesita a tu padre, teniendo un hombre como tú para trabajar los campos.

El muchacho balanceó su cuerpo pequeño y delgado, y se jactó, vergonzoso y osado a la vez, por el placer que sentía.

—¡Oh, sí; hago mi parte!

Y escupió como había visto hacer a los hombres, llevándose las manos a la huesuda cintura, sintiéndose crecido y mayor ya.

Entonces el agente rio y miró a la madre como si quisiera que le acompañara bondadosamente en su risa por aquel hijo suyo, pero la mujer sólo pudo sonreír, entregándole una taza de té, como hubiera hecho con cualquier pasante que hubiese

llegado a su casa. Al estar tan cerca de los rientes ojos del hombre, no pudo menos que mirarlos, mientras a sus propios ojos asomaba, sin ella saberlo, su corazón grande, anhelante y hambriento.

El hombre la miró fijamente y sintió su calor y tornóse serio y grave y cuando aceptó la taza tocó la mano de la mujer con la suya, como si no supiera que estaba allí. Pero la mujer sintió aquel toque y captó su significado en su sangre como una llama.

Entonces volvióse, avergonzada y no quería oír lo que su propio corazón le decía. No; se ocupó del grano y mientras lo hacía se asustó de sí misma y dijo al muchacho en voz baja:

—Corre a casa del primo y pídele que venga a ayudarme.

Y a su corazón le decía, tratando de calmar su inquietud: «Si viene..., si nuestro primo viene...». Pero el muchacho era orgulloso y terco y arguyó.

—Yo estoy aquí, madre, y te ayudaré. ¿A quién más necesitas? ¡Mira, estoy aquí!

El agente rio sonoramente entonces, y se golpeó el muslo, aprovechándose secretamente del inocente muchacho.

—¡Cierto es que estás aquí, muchacho! —gritó—. ¡Y también es cierto que tu madre no necesita a ningún otro hombre!

Al oír esas palabras, el muchacho sintióse más atrevido y osado.

—Sería mejor que nuestro primo estuviese aquí —repitió su madre, débilmente.

—¡No! ¡No le llamaré, madre! —respondió el muchacho, captando aquella debilidad—. ¡Yo soy hombre bastante!

Diciendo esto, cogió la balanza y corrió para llenar la medida con el grano. La mujer rio nerviosamente y le dejó hacer su gusto, pues en verdad había algo en ella que le impelía a ceder ante su hijo.

Cuando el grano estuvo medido y ella preparó otra medida para dársela al agente para sí mismo, el hombre la alejó con ademán señorial, pasándose la mano por el labio superior y mirando ardientemente a la cara de la mujer. ¿Quién había allí, sino tan sólo aquellos niños y aquella vieja, cabeceando al dormitar junto a la puerta?

—No, no lo quiero —dijo—. Tú eres una mujer sola ahora, y tu hombre se ha ido de la casa y todo eso lo ha producido tu propio trabajo. No tomaré más grano que el que corresponde al terrateniente, pues de lo contrario me regañaría. No quiero nada de ti, ama de casa.

Entonces la mujer asustóse súbitamente y el rubor habíase apoderado de ella. Se sintió confusa y quiso entregarle sus honorarios, pero él se negaba a aceptarlos. Alejó de sí la medida de grano, poniendo su mano en la de la mujer al hacerlo y, finalmente, cuando la cogió, devolvió el arroz a la cesta donde ella lo guardaba, pues no quería aceptarlo.

Ella no tuvo fuerzas para suplicarle más. Bajo la suave cara y sonrientes modales

de aquel hombre, bajo aquella rica túnica, había una fuerza extraña y secreta que emanaba de él y salía al brillante sol otoñal y se aferraba a ella y la acariciaba como una lengua de fuego. La mujer guardó silencio y bajó los ojos, como una doncella, y cuando él inclinó la cabeza y se alejó, riendo y acariciándose el labio superior, en el que no había vello alguno, la mujer no pudo pronunciar palabra. Permaneció allí en silencio, con los desnudos y atezados pies metidos en zapatos rotos, retorciendo con una mano el borde de su remendado vestido de algodón.

Cuando el hombre se fue, la mujer levantó la cabeza y fijó los ojos en él; en aquel instante el agente volvió y captó su mirada e inclinó la cabeza y rio nuevamente. Pero siguió su camino, y después ella deseó mil veces no haberle mirado de aquella manera al alejarse, aunque no pudo evitar hacerlo.

—¡Es un buen hombre, madre, que no quiere aceptar sus honorarios! —exclamó el muchacho entonces, alegremente—. ¡Nunca he oído decir de ningún agente que no cobrara sus honorarios!

Y cuando ella entró en la cocina, silenciosamente, medio soñando con lo que había pasado, el hijo mayor la siguió, diciendo en voz alta:

—¿No es verdad que es un hombre bueno, madre, al no querer nada para él?

Como ella siguiera guardando silencio, el muchacho murmuró, asustado:

—Madre... ¡Madre!

Entonces la madre salió súbitamente de su ensueño y contestó con extraña prisa:

—¡Oh...! Si, hijo...

El muchacho charló con animación.

—Es un buen hombre, madre; no ha querido recibir nada de ti, sabiendo que eres pobre, ahora que mi padre no está en la casa.

Pero la madre detúvose súbitamente, manteniendo en alto la tapa de la caldereta. Miraba fijamente al muchacho y su corazón repetía extrañamente, avergonzado, pero lleno, al mismo tiempo, de aquella fiebre extraña y dulce: «¿No quería nada de mí?». Aunque no le contestó nada al muchacho.

Tampoco podía el hombre olvidar el calor de la mujer. Con una y otra excusa volvía a la aldea, una vez para cerciorarse de cierta anotación que parecía haber hecho mal, otra para quejarse de que alguien no le había dada la medida completa, diciendo que el terrateniente estaba enfadado con él. Iba sobre todo a la casa del primo, que estaba cerca de la casa de la mujer, con una u otra excusa, y una vez llevaba una nueva semilla de algodón que se consideraba muy bueno en algunas partes, o iba con un hombre que transportaba una carga de cal, para hacer más fértiles los campos y el primo se asombraba de tantas idas y venidas. Al principio temía que el agente hubiera concebido algún mal propósito contra él, y estaba intranquilo al ver que no le sucedía nada.

—Debe ser que tiene un propósito muy profundo y maligno, puesto que tanto tarda en salir de él —dijo el primo a su esposa.

Vigilaba al hombre ansiosamente y sentábase y miraba fijamente al agente, sintiéndose impaciente por volver al trabajo que le aguardaba y, al mismo tiempo, temiendo demostrar falta de cortesía a alguien que podía perjudicarle si quería.

Pero ni el primo ni la mujer del primo vieron cómo los ojos del agente volvíanse, bajo sus párpados, hacia la mujer al otro lado de la calle, ni observaron que, cuando ella no se encontraba ante su puerta, el agente permanecía allí sólo poco rato, mientras que si la vela quedábase allí largamente, mirándola, exclamando a menudo en fuerte y falso buen humor:

—No, buen hombre, no vengo por nada más. Yo también soy un hombre corriente y nada me gusta tanto como sentarme a la puerta de un hombre honrado, al calor del sol del otoño.

Y todo el rato miraba al otro lado de la calle, donde la mujer estaba hilando o cosiendo.

Era aquélla la estación en que la tierra se sumía en la quietud para el invierno. El trigo estaba sembrado y esperaba sólo la lluvia que lo hiciera germinar. La madre tomaba algún descanso y se sentaba ante su puerta para remendar las ropas de invierno y hacer zapatos nuevos, pues los ojos de la niña no eran lo bastante buenos para estas tareas, ni jamás lo serían. Sentábase allí, buscando el calor del sol, escuchando a medias la charla de la vieja y lo que le decían los niños, y soñando a ratos. Sus labios estaban tranquilos y su piel dorada recibía el calor del sol. Llevaba el cabello negro y brillante recién peinado, pues entonces tenía tiempo de peinarlo todos los días y parecía más joven de lo que era, aunque todavía no había cumplido los treinta y cinco años.

Bien sabía que aquel hombre sentábase al otro lado de la estrecha calle, pero no quería levantar la mirada y algunas veces sentía sus ojos fijos en ella. Entonces se levantaba y entraba en la casa y permanecía allí, hasta que le veía marchar. Pero sabía por qué iba allí, y que la miraba con un propósito y ella no podía olvidarle.

De una manera u otra, durante todo aquel invierno no pudo olvidarle. Finalmente el tiempo fue demasiado frío para que él fuera allí, incluso con aquel propósito. Cuando cayó la nieve y los secos y amargos vientos soplaron del Noroeste, pudo haberle olvidado. Pero no le olvidó.

Una vez más llegó el año nuevo y ella fue a la ciudad, como lo hacía todos los años, y vendió un poco de grano y cambió su plata por papel y buscó a un escritor de cartas distinto.

Una vez más, mandó escribir la carta, como si la mandara el hombre, y también una vez más la aldea se enteró de las noticias y supo que ella recibía dinero de su hombre.

Pero aquella vez la nueva envidia de la gente y toda su conversación y todos sus halagos nada pusieron en el vacío corazón de la mujer. Ni siquiera el orgullo pudo consolarla aquella vez. Escuchaba la lectura de la carta, con el rostro reposado e inexpresivo y la llevó a la casa y aquella noche la metió en el fuego con la hierba. Entonces fue a la mesa que tenía un pequeño cajón y, después de un rato, lo abrió y sacó las tres cartas que allí había, pues tanto tiempo hacía ya que el hombre marchara. Las llevó también al fuego, echándolas a las llamas. El muchacho lo vio y gritó desconcertado:

—¿Quemas las cartas de mi padre, pues?

—Sí —contestó la madre, fría como la muerte, sin apartar los ojos de las llamas.

—Pero, ¿cómo sabremos dónde está? —gimió el muchacho.

—Yo lo sé muy bien. ¿Crees que puedo olvidarlo? —repuso la mujer.

Y así vació por completo su corazón, hasta dejarla limpio del todo.

Pero, ¿cómo puede un corazón vivir vacío? Un día, poco después, fue a la ciudad para cambiar su papel por plata, pues entonces no molestaba a menudo al primo, habiendo ya aprendido a estar sola, y cuando tuvo las diez piezas en la mano, volvióse para marchar. Entonces vio a un hombre junto a una puerta en la calle, y él sonreía y se acariciaba el labio superior: era el agente del terrateniente.

Desde fines de otoño no la había él visto tan de cerca, como entonces, y nadie había allí que les conociera, por lo que él, sonriendo, díjole:

—¿Qué haces aquí, ama de casa?

—Sólo cambié un poco de dinero...

Y calló entonces, pues había estado a punto de añadir: «que mi hombre me mandó», pero las palabras se le atragantaron de alguna forma y no las pronunció.

—¿Y después, qué? —preguntó él, levantando los párpados y mirándola fijamente.

Ella dejó caer la cabeza e intentó hablar como siempre hacía.

—Pensaba comprar una aguja de plata para el cabello, o una cubierta de plata. La que tenía se adelgazó por el mucho uso y se rompió ayer.

Cierto era que su aguja para sostener el cabello habíase roto de aquella manera y ella dijo la verdad sin darse cuenta. Volvióse para marchar, avergonzada, incluso delante de gente que no la conocía, de que la vieran hablando con un hombre en una calle de la ciudad. Él era un hombre notable en su aspecto, puesto que era más alto que la mayor parte de los hombres, y de rostro cuadrado y muy pálido, con lo que la gente les miraba curiosamente al pasar.

Pero el hombre la siguió. La mujer sabía que iba detrás de ella, mientras caminaba sobria y modestamente por la calle, y temía no hacer lo que había dicho haría y así fue a una pequeña platería, y detúvose junto al mostrador del platero,

pidiéndole le mostrara sus agujas de latón cubierto de plata. Mientras esperaba, jugueteó un momento con unos aretes de plata, que allí había. De pronto el agente entró mientras ella jugueteaba y fingiendo no conocerla preguntó al platero:

—¿Cuánto valen esos aretes?

—Los pesaré para ver cuánta plata hay —repuso el otro—, y entonces te los venderé honrada y justamente, según su peso.

El platero dejó la aguja, viendo que aquel hombre vestía seda y era mejor comprador, indudablemente, que aquella campesina de vestido azul de algodón. Y así quedó la mujer, volviendo la cabeza de ojos osados y secretos. El hombre esperó indolentemente, mientras el platero colocaba los aretes en una pequeña balanza.

—Dos onzas y media —dijo el platero en voz alta, pero luego, bajando la voz, añadió, insinuantemente—: Pero si compras los aretes para tu buena esposa, ¿por qué no le añades un par de sortijas? Aquí tienes dos que hacen juego con los aretes. Todo ello será un buen regalo, que complacerá el corazón de cualquier mujer.

El hombre sonrió al oír esto, y contestó descuidadamente:

—Añádelas, pues. —Y riendo, dijo—: Pero no son para una esposa, pues la que tenía murió hace seis meses.

El platero apresuróse a añadir las sortijas, complacido por una venta tan buena.

—Pues que sean para la nueva esposa —observó.

Pero el hombre nada más dijo, y quedó mirando, mientras se acariciaba el labio superior. Ni una sola vez demostró darse cuenta de que la campesina estaba allí. Cogió las sortijas y los aretes, cuando el platero lo hubo envuelto todo, y salió. Pero cuando hubo vuelto la espalda, la madre suspiró y le miró algo celosa de aquélla para quien el hombre había comprado aquello, pues eran cosas que a ella hubiérale gustado poseer y que en su juventud soñó muchas veces tener. Además, eran precisamente las cosas que ella dijo que su marido habíale encargado se comprara con la plata que gastó y la viuda murmuradora, a menudo, preguntaba aquellos días:

—¿Dónde están los aretes y las sortijas que dices tener? Déjame ver cómo son.

La madre velase muchas veces en un apuro para contestar, y decía: «El platero los está haciendo», o «Los he guardado en un sitio y he olvidado dónde», y otras excusas parecidas, hasta que el año pasado la murmuradora había dicho con gran malicia:

—¿No te pones nunca los aretes y las sortijas?

—No tengo corazón para hacerlo —había contestado la madre—; me los pondré el día que él vuelva a casa.

Y así, cuando hubo comprado la aguja, poniéndosela en el moño, dispúsose a regresar a la casa, pensando en aquellas bonitas cosas de plata y suspiró y pensó que no tenía corazón para gastar la plata tan duramente ganada en algo para ella, pues, después de todo, indudablemente a nadie le preocupaba su aspecto entonces. Pensando así y algo tristemente, salió por la puerta de la ciudad y tomó por el

estrecho camino vecinal, que se desviaba de la carretera principal hacia la aldea, pensando en la casa y en la tranquilidad que le daría la comida al llegar, única tranquilidad que su cuerpo tenía entonces.

De pronto, en la penumbra de la corta anochecida del invierno vio al hombre. Salió de la sombra, súbito y negro, y cogió la muñeca de la mujer con su mano grande y suave. Nadie más había allí. No. Era la hora en que los campesinos están en sus casas y hacía frío y el aire estaba lleno de la helada noche y nadie permanecía fuera a menos que se viera obligado a ello. Sin embargo, allí estaba él, y la tenía cogida de la muñeca. Ella sintió la mano del hombre en la suya y quedó quieta, como inmovilizada por un encantamiento.

Entonces el hombre sacó el paquete de plata y con su otra mano lo forzó en la mano de la mujer y le hizo cerrar los dedos sobre él.

—He comprado esto sólo para ti. Para ti sólo lo he comprado. Es tuyo —dijo.

Y desapareció en la creciente oscuridad, bajo los muros de la ciudad y ella quedó allí, sola, con los aretes y las sortijas de plata en la mano.

Entonces pareció volver en sí y corrió tras él, gritando:

—¡No puedo! ¡Pero no puedo...!

Pero él había desaparecido. Aunque cruzó la puerta corriendo y miró a la temblorosa luz que salía de las tiendas, no le vio. Avergonzábale correr más hacia el interior de la ciudad y mirar a la cara de aquel hombre, en la penumbra y así quedó, vacilante y confusa, hasta que los soldados que custodiaban la puerta de la ciudad dijéronle con impaciencia:

—Ama de casa, si has de cruzar esta puerta esta noche, debes hacerlo ahora, porque es llegada la hora en que debemos cerrarla para protegernos de los comunistas, que son los ladrones que tenemos en estos tiempos.

Entonces ella siguió nuevamente su camino y cruzó la pequeña colina y bajó al valle y, después de un rato, guardó las joyas en el seno. La luna había salido grande y fría y brillante, apenas el sol se ocultó, y cuando llegó a la casa, los niños estaban ya en la cama y la vieja abuela dormía. Sólo el muchacho estaba aún despierto.

—Temía por tí, madre mía —dijo cuando su madre llegó—, y hubiera ido a buscarte, pero me asustaba dejar solos a los niños y a la abuela.

Pero ella ni siquiera pudo sonreír al oírle hablar de aquella manera de sus hermanos, como si fuera un hombre.

—Si, aquí estoy ya, y muy cansada.

Y fue y sacó un poco de comida y la tomó fría, y durante todo aquel tiempo tenía aún las joyas en el seno.

Cuando hubo comido miró hacia la cama y a la luz de la vela vio que el muchacho habíase dormido también. Corrió las cortinas que ocultaban la cama y se sentó junto a la mesa y sacó el pequeño paquete del seno y abrió el suave papel que lo

envolvía. Allí estaban los aretes y las sortijas, brillantes y blancos; y las sortijas eran muy hermosas. Cada uno de los aretes tenía tres cadenillas, de las cuales pendía un pequeño juguete. Los cogió en sus dedos duros, y los miró cuidadosamente, viendo que de una cadenilla pendía un pececito, de la segunda una campanilla y de la tercera una estrella, todo labrado con mucha finura, y agradable para el corazón de una mujer. Jamás había tenido cosas tan bonitas en la áspera palma de su mano. Miró un rato aquellos aretes y las sortijas, suspiró y envolviólo todo nuevamente, sin saber qué hacer con aquello, o cómo devolvérselo a aquel hombre.

Pero cuando se metió en la cama con los niños, no podía dormir. Aunque su cuerpo estaba frío con la fresca humedad de la noche, las mejillas le ardían y no pudo dormir durante largo rato. Finalmente cayó en ligero sopor. Y soñó con alguna brillante cosa extraña, y también con la caliente mano de un hombre sobre ella.

Capítulo X

No volvió a ver al hombre durante toda la primavera, aunque le recordaba. No le vio hasta un día a principios de verano, cuando el trigo estaba ya débilmente dorado y ella hubo sembrado el arroz en viveros y había brotado ya, nuevo y verde, en pequeños bloques de jade cerca de la casa, donde la vieja abuela podía vigilarlo, para protegerlo de los voraces pájaros que gustaban picotear sus tiernas hojas. Durante todo aquel tiempo, su corazón ardía y estaba solo.

Pero llegó un día a principios de aquel verano, un día sin viento y lleno de suave calor. Las cigarras gritaban sus agudos cantos de amor y, cuando la crisis había pasado, sus voces languidecían lentamente en el silencio. El sol dejaba caer su calor en el valle, como vino caliente, y las cálidas y alisadas piedras de la solitaria calle de la aldehuela reflejaban el calor, con lo que el aire rielaba sobre ellas y a través de aquellas olas corrían y jugaban desnudos los niños, brillantes los cuerpos de sudor.

No soplaba viento alguno. De pie en el umbral de su puerta, la mujer pensó que jamás habían sentido un calor tan fuerte y súbito como aquél a principios de verano. El hijo menor corrió al borde del estanque y se sentó en el agua, riendo y gritando a los otros niños que fueran allí con él, y el mayor se quitó la chaqueta y recogió las perneras de los pantalones hasta el muslo, poniéndose en la cabeza un ancho sombrero de bambú, que había sido de su padre, y fue al campo donde el nuevo maíz había brotado. La niña estaba sentada en el interior de la casa, buscando la oscuridad, y su madre la oyó suspirar allí. Sólo a la vieja gustábale aquel calor. Estaba sentada al sol, donde se quitó el vestido que cubría sus viejos huesos, para que el calor del sol penetrara en ellos y en sus pechos que colgaban como pedazos de piel seca. Cuando vio a la mujer de su hijo, gritó:

—¡Nunca temo morir en verano, hija! ¡El sol es como nueva sangre y nuevos huesos para una vieja seca como yo!

Pero la madre no podía soportar el calor de fuera. Había ya bastante dentro de su cuerpo y su sangre parecía aquel día correr frenéticamente por sus venas, con demasiado calor. Entonces se aleja de la casa.

—Debo ir a regar el arroz —dijo—. El sol de hoy lo seca todo, vieja madre.

Cogió el azadón y del hombro colgóse los vacíos baldes para el agua, y así recorrió el estrecho sendero hasta un estanque que estaba algo más alto que los viveros de arroz. Caminaba agradecida, porque aunque el aire era caliente, no era tan quieto como lo había sido en la calle.

Caminó sin encontrar a nadie, porque era la hora después del mediodía en que los hombres descansaban. Si algunos habían ido al campo, buscaban la sombra, pues, después de todo, el calor era demasiado grande para trabajar y se cubrían la cara con el sombrero, para protegerse de las moscas. Junto a ellos estaban los animales, caída

la cabeza y relajado el cuerpo por el calor y el bochorno. Pero la madre podía soportar el calor porque bajaba del cielo y no estaba encerrado entre paredes, ni en sus propias venas.

Trabajó un rato en sus viveros y con el azadón abrió una pequeña entrada en el borde superior y luego cavó un pequeño canal hasta el estanque. Después fue al estanque y con los baldes pendientes del palo, metió primero uno y después otro en el agua y los vació en el canal que había cavado. Una y otra vez vertió el agua y vio cómo la tierra se humedecía y oscurecía, pareciéndole que daba de beber a alguna sedienta cosa viva, transmitiéndole así nueva vida.

Mientras estaba ocupada en esta tarea, enderezóse una vez y dejó los baldes en el suelo y fue y se sentó en el verde borde del estanque para descansar. Mientras estaba sentada miró hacia el Norte, en dirección a la aldea, y vio que un hombre se detenía para preguntarle algo a la vieja y luego volviese al estanque. Miró al acercarse él y le conoció. Era el agente del terrateniente y mientras se aproximaba, la mujer recordó que todavía tenía sus joyas y agachó la cabeza, no sabiendo cómo hablar de ellas sin devolverlas, no atreviéndose tampoco a ir a buscarlas y entregárselas a plena luz del día, cuando cualquiera que pasara podría verla. Además, la vieja estaba despierta, sentada al sol, y siempre rápida en ver lo que no debía.

Cuando llegó el hombre, la madre se levantó lentamente, siendo ella inferior a él, y mujer, además, frente a un hombre.

—Ama de casa —dijo él, hablando sencillamente— he venido para ver cómo está el trigo este año y calcular la cosecha de los campos.

Pero mientras hablaba, sus ojos recorrían su cuerpo, vestido para el calor con sólo una chaqueta y pantalones de remendada tela azul, desgastados y pegados a su cuerpo, y sus ojos se fijaron en sus descalzos pies. Temiendo por su propio corazón, la mujer murmuró rudamente:

—Los campos están más allá. ¡Míralos y ve!

El hombre los miró desde donde estaba y habló con su agradable voz:

—Son campos muy bonitos, ama de casa. Otros años ha habido peores cosechas que las que habrá este año.

Tras decir esto, sacó un pequeño libro doblado y escribió algo en él con una especie de palito que ella jamás había visto y que no había que mojar en tinta, como hacia el hombre que escribía cartas, pues dejaba trazos negros. Miró mientras él escribía y sintióse curiosa y conmovida, a la vez, y orgullosa, también porque un hombre tan sabio y bueno habíase fijado en ella, incluso cuando no debiera.

Y la mujer pensó entonces que no hablaría de las joyas aquella vez.

Cuando hubo acabado de escribir, el hombre sonrió y acaricióse el labio.

—Si tienes tiempo —dijo— muéstrame aquel otro campo tuyo, que está sembrado de cebada, pues siempre olvido cuál es el tuyo y cuál el de tu primo.

—El mío es el que está al volver la colina —repuso ella, algo a regañadientes.

Los ojos del hombre estaban semientornados y la mujer hizo ademán de coger el azadón.

—¿Al volver la colina? —repitió el hombre. Entonces su voz se suavizó más aún, y acaricióse el labio y sonrió—. ¡Pero muéstramelo, ama de casa!

El hombre fijó los ojos en la mujer, abiertamente, y su mirada tuvo el poder de conmovérsela. Ella dejó el azadón y fue con él, siguiéndole como hacen las mujeres cuando caminan con hombres.

El sol caía sobre ellos al andar y la tierra era cálida bajo sus pies y cubierta de suave hierba verde. De pronto, mientras caminaba, la mujer sintió que la sangre se le endulzaba y languidecía en sus venas con el calor del sol. Y, sin saber por qué, producíale profundo placer mirar al hombre que caminaba delante de ella, posar los ojos en su nuca pálida, brillante de sudor, en su cuerpo que se movía en la larga y suave tónica de tela veraniega, en sus pies enfundados en limpios calcetines blancos y calzados con zapatos de tela. Ella caminaba silenciosamente con sus pies desnudos y se acercó a él y captó la fragancia que del hombre emanaba, demasiado fuerte para ser perfume, como una mezcla de la sangre y la carne y el sudor del hombre. Cuando lo percibió la agito el anhelo y era tan grande que se asustó de sí misma y de lo que ella pudiera hacer, y habló en voz alta y vacilante, deteniéndose en el herboso sendero.

—¡He olvidado algo para mi vieja madre!

Y cuando el hombre se volvió y la miró, habló tartamudeando, sintiendo de pronto el cuerpo ardiente y débil.

—He olvidado algo que tenía que hacer... Alejóse de él y caminó lo más de prisa que podía, dejando al hombre allí, mirándola.

Fue directamente a su casa y entró sin que nadie se diera cuenta, pues todos dormían. El calor del día era más pesado, a medida que pasaba la tarde. Frente a la calle dormía la mujer del primo, con la boca entreabierta, con su hijo menor asimismo dormido en su regazo, con la boca pegada al pecho de su madre. También la abuela dormía, caída la cabeza, y el vestido bajado hasta la cintura, igual que cuando estaba sentada al sol. La niña habíase echado en el suelo apoyando la cabeza en una piedra y dormía, y el hijo menor estaba desnudo bajo el sauce, dormido a su vez.

El día había cambiado, habíase tornado más oscuro y más quieto y lleno de calor más profundo y ardiente. Sobre las colinas flotaban grandes nubes, negras y monstruosas, pero sus bordes brillaban, argentados, como si los alumbrara alguna extraña luz interior. Incluso el sonido de los insectos y los cantos de los pájaros quedaban apagados en el enorme y ardiente silencio de aquel día.

Pero la madre no estaba dormida. Entró suavemente en la oscura y silente

habitación, y sentóse en la cama. La sangre le golpeaba en los oídos, la sangre de su cuerpo caliente y hambriento. Entonces supo lo que le pasaba. Nada fingía ya consigo misma, como hubiera hecho una mujer de la ciudad, que hubiese achacado aquello a alguna enfermedad. No; era demasiado sencilla para fingir, sabiendo lo que en ella había, y sintióse más asustada que jamás en su vida lo estuviera, pues sabía que el hambre que en ella se agitaba tornaría delirante si no era... Ni siquiera soñó que pudiera rechazar al hombre, al saber que su hambre era igual a la de él, y gimió y dijo a su propio corazón:

—Sería mejor que no me deseara. ¡Ojalá no me deseara para poder salvarme!

Pero incluso al gemir se levantó de aquella cama y salió de la dormida aldea a los campos, siguiendo el camino por el que había venido. Caminaba bajo las grandes nubes negras, de plateados bordes, y la rodeaban las colinas, verdes y claras contra la oscuridad. Bajo aquel cielo anduvo, doblando la pequeña vuelta del sendero. Cuando pasó frente a un pequeño y derruido templete, allí, en la puerta, estaba el hombre, esperando.

Y ella no pudo seguir adelante. No; cuando él entró y esperó, ella acercóse a la puerta, mirando al interior, y él estaba allí en la penumbra del templete sin ventanas, esperando. Le brillaban los ojos en la semioscuridad, como los de un animal al acecho, y ella entró.

Se miraron en las sombras, como dos personas en un sueño, desesperadas, a quienes ninguna fuerza podía contener, y se prepararon para lo que tenían que hacer.

Pero la mujer se detuvo una vez. Miró en su sueño y vio a los tres dioses en el templete, el principal de las cuales era un anciano majestuoso que miraba fijamente al frente, y a su lado los dos dioses menores, pequeños dioses decorosos del camino, ante quienes se detenían en su viaje las gentes para adorar o buscar refugio. Cogió la prenda que se había quitado y se acercó y la arrojó sobre sus cabezas, cubriéndoles los ojos.

Capítulo XI

En la noche de aquel mismo día, levantóse el viento súbitamente y llegó como el rugido de un tigre de las distantes colinas y sopló las nubes fuera del firmamento, donde habían pendido pesadas y llenas de lluvia, desaparecida ya la argentada luz de sus bordes. Y una repentina lluvia cayó, apagando los calores de aquel día. Cuando finalmente desaparecieron las tinieblas, la aurora, pura y clara, aquietóse, naciendo en un cielo gris y tranquilo.

Pero de aquella tempestad y de aquel frescor súbitamente llegó del cielo, por fin, la muerte de la vieja. Había dormido sentada demasiado tiempo, desnudo su viejo cuerpo para que el viento soplara sobre él cuando el sol se ocultó. Cuando la madre llegó a la casa a la anochecida, silenciosa, como si regresara de un honrado trabajo en el campo, encontró a la vieja en su yacija, presa de escalofríos y dolores.

—¡Algún mal espíritu se ha apoderado de mí, hija! —gritó—. ¡Algún viento malo ha caído sobre mí!

Gemía cuando alargó la mano, que la madre cogió, encontrándola seca y ardiente.

Casi se alegró de que así fuera. Casi complacióle que aquello apartara su mente de su propio corazón y de la dulce y maligna cosa que había hecho.

—Era un mal cielo negro —murmuró—, y casi estuve a punto de venir a casa para ver si estabas sentada bajo un cielo tan negro, pero pensé que observarías su color y te cobijarlas de él.

—Me dormí —gimoteó la vieja—. Dormí y dormí y todos dormíamos y cuando desperté el sol se había ido ya y yo estaba fría como la muerte.

Entonces la madre se apresuró a calentar agua para la vieja, poniendo en ella un poco de jengibre y hierbas, y la vieja lo bebió. Sin embargo, durante la noche creció su fiebre seca, y se quejó de que no podía respirar, porque algún diablo se sentaba sobre su pecho y le clavaba el cuchillo en los pulmones. Un rato después dejó de hablar y yació respirando fatigosamente con sus oprimidos pulmones.

La madre sentíase contenta de no poder dormir. Durante toda la noche complacióle tener que estar sentada junto a la yacija de la vieja para vigilarla y darle agua cuando gemía pidiéndola y cubrirla cuando se destapaba, gritando que le ardía el cuerpo, pera temblando a la vez. Afuera, la noche habíase tornado negra y grandes lluvias caían sobre el techo de bálago, penetrando en algunos lugares a través de él, por lo que la madre debió sacar la yacija de la vieja del rincón que ocupaba, y sobre la cama en que dormían los niños puso una estera de junco, para que el agua que se filtraba por el techo no la mojara. Sin embargo, alegrase de tener que hacer todas esas cosas y de estar ocupada toda la noche.

Cuando llegó el día, la vieja estaba peor. La madre mandó al hijo mayor a llamar al primo, y éste y la mujer del primo llegaron, y también algunos vecinos. Todos

miraron a la vieja que casi no se daba cuenta de lo que a su alrededor sucedía, atontada por la fiebre y los dolores que sentía al respirar. Todos gritaron lo que debía hacerse y la madre apresuróse a probar los remedios que le indicaban. Una vez recobró la vieja plenamente el sentido y viendo a aquella gente a su alrededor, habló, respirando penosamente:

—Un diablo se sienta sobre mi pecho y me oprime... Mi hora... mi hora.

La madre corrió a su lado y vio que la vieja quería decir algo, sin poder hacerlo, agarrando entonces la mortaja que llevaba, muy remendada, ya que era la misma de la que se había burlado, cada vez que la nuera le cosía un remiendo, diciendo que ella duraría más que aquella mortaja. Pero en aquel momento la agarraba con ambas manos y tiraba de ella, y entonces la madre inclinó la cabeza para oír el susurro de la vieja.

—Esta mortaja... remendada... mi hijo...

Todos se miraron, sin comprender el significado de aquellas palabras, pero el hijo mayor habló rápidamente.

—Yo la entiendo, madre. Quiere su tercera mortaja, la que mi padre dijo que mandarla, para ponérsela, pues siempre aseguró que la que ahora lleva duraría menos que ella.

La cara de la vieja se animó entonces débilmente, y cuantos estaban allí exclamaron:

—¡Qué animosa vieja! ¡He aquí una mujer valiente, que se pondrá su tercera mortaja, como dijo que haría!

Una muriente alegría se reflejó en la marchita cara de la vieja, que volvió a hablar entrecortadamente.

—No moriré hasta que esté hecha y...

Entonces se compró la tela apresuradamente. El primo se encargó de ello, cuando la madre dijo:

—Compra la mejor tela de algodón que encuentres, si tienes ahora la plata necesaria, y mañana yo te la pagaré.

La mujer había súbitamente dispuesto que la vieja tuviera la mejor mortaja que fuera posible adquirir y, aquella noche, cuando todos en la casa dormían, sacó la plata que había ocultado en el hoyo en el suelo, cogiendo la necesaria para que la vieja muriera contenta.

Entonces guardó el recuerdo de aquella hora en lo más recóndito de si misma, como si no quisiera pensar en ello, satisfecha de tener en qué ocuparse, pareciendo como si aquel oculto recuerdo le hiciera verter toda su bondad en los suyos. Durante dos noches no durmió, fatigándose voluntariamente. Tampoco se enfadó con sus hijos y fue muy amable con la agonizante vieja. Cuando el primo trajo la tela y la mujer la sostuvo para que aquellos murientes ojos la contemplaran, hablando en voz fuerte,

pues la vieja volvíase más sorprendida y ciega a cada hora, díjole:

—¡Aguanta, vieja madre, hasta que la haya acabado!

—Sí... no moriré —repuso bravamente la agonizante, aunque casi no podía respirar ya, pues el aire que aspiraba penetraba penosamente en sus pulmones.

La madre se apresuró con la aguja y confeccionó la prenda con aquella buena tela, roja como el vestido de una desposada. La vieja la miraba desde su yacija, fijos los ojos en la tela, que parecía fulgir en el halda de la madre. No podía tragar ni comida ni bebida, ni siquiera la cálida leche humana que una buena mujer exprimió de su propio pecho, vertiéndola en una escudilla, puesto que algunas veces esa buena leche puede salvar a los agonizantes. Pero la vieja sosteníase sólo por el poco aire que aspiraba en sus pulmones, esperando.

La madre cosía y cosía y los vecinos le llevaban comida, para que no tuviera que cesar en su labor y siguiera cosiendo. En un día y parte de la noche la mortaja quedó terminada y el primo y la mujer del primo la admiraron y también uno o dos vecinos. Mientras tanto, la aldea estaba despierta, para ver si sería la madre o la muerte quien ganarla aquella guerra.

Pero finalmente la roja mortaja quedó terminada y el primo levantó el cuerpo de la vieja y la madre y la esposa del primo pasaron por las mangas aquellos flacos y marchitos brazos, oscuros y secos como viejas ramas de un árbol muerto. La vieja supo que todo terminaba ya. No podía respirar. Forzó una o dos ansiosas bocanadas de aire a sus agotados pulmones, abrió los ojos y sonrió con su boca desdentada, sabiendo que había vivido hasta ponerse su tercera mortaja, que era su mayor deseo, y luego murió triunfalmente.

Sin embargo, cuando hubo transcurrido el día del entierro y no había ya necesidad de afanarse, la madre seguía haciéndolo ansiosamente. Trabajaba la tierra sin descansar, gritando cuando el hijo mayor quería hacer algo que ella había empezado ya.

—¡Ya lo haré yo! Echo mucho en falta a la vieja madre, más de lo que nunca pensé y me reprocho no haber regresado a la casa aquel día, para ver si ella estaba abrigada, cuando llegó la tempestad y el sol desapareció.

Todos en la aldea creían que penaba por la muerte de la vieja, culpándose a sí misma, y muchos la alababan por su dolor.

—¡Qué buena nuera la que se lamenta así! Y la consolaban, diciéndole:

—No te aflijas, ama de casa. Ella era muy vieja y su vida acabó, pues cuando llega para nosotros la hora que nos ha sido fijada ya antes de que sepamos caminar o hablar, de nada sirve lamentarnos. Tú tienes a tu hombre vivo aún y a tus dos hijos varones. No te aflijas, ama de casa.

Pero a ella le era conveniente tener motivos para ocultar su temor y su

melancolía. Tenía motivos para sentirse temerosa, y mientras trabajaba duramente la tierra, intentaba sacar de su corazón el miedo que había estado escondido allí, desde aquella hora antes de la tormenta. Sentíase contenta aquellos días por haber estado tan ocupada, contenta incluso por la muerte de la vieja y decíase a sí misma, pesadamente: «Es mejor que la vieja haya muerto y no pueda saber lo que vendrá si ha de venir».

Pasó un mes y se asustó. Dos meses pasaron, y luego tres, y llegó la época de la cosecha. El grano fue trillado, y lo que pretendía ocultarse a sí misma todos los días, trabajando incesante y duramente, se convirtió en certeza. No había ya duda alguna, y supo que le había sucedido lo peor, a ella, madre de hijos, ama de casa honrada en su aldea y entonces maldijo el día de la tormenta y sus propios y estúpidos calores. Bien debió saber que con su cuerpo cálido y abierto y expectante, como lo estuviera, y con el corazón roído por aquella hambre, aquél habría de ser uno de los momentos fructíferos. Y el cuerpo del hombre, también tan fuerte y lleno de su propia fuerza... ¿Por qué pudo pensar que habría de ser de otra manera?

Presentábase una extraña maternidad que había de ser secreta y esperaba con desaliento en la soledad de la noche mientras los niños dormían. Ni siquiera podría demostrar el malestar que le causara. Extraño era que cuando gestaba los hijos de su hombre no se sintió enferma nunca, mientras que entonces devolvía la comida tras haber ingerido el primer bocado. Era como si aquella simiente en sus entrañas fuera tan fuerte y lozana, que crecía como una mala hierba, haciendo implacablemente lo que se le antojaba con su cuerpo, y ella no podía dejar traslucir el menor indicio.

Noche tras noche sentábase en la cama, demasiado molesta para yacer en ella, y en su interior gemía: «¡Ojalá volviera a estar sola y no tuviera esa cosa en mí! ¡Ojalá estuviera sola como antes, y me sentiría satisfecha!». Y a menudo pensaba que se ahorcaría del poste de la cama, pero no podía hacerlo. Estaban sus buenos hijos y ella contemplaba su rostro mientras dormían, y no podía hacerlo. Tampoco soportaba el pensamiento de que los vecinos escudriñarían su cuerpo muerto tratando de averiguar por dónde escapó la vida. Nada podía hacer, sino seguir viviendo.

Sin embargo, a pesar de todo ese dolor, la mujer no estaba curada de su deseo por el hombre de la ciudad, aunque a menudo le odiaba al mismo tiempo que le anhelaba. Parecía como si él hiciera presa en ella mediante aquel secreto que crecía en sus entrañas. Arrepentíase de haber cedido a él, a pesar de lo cual suspiraba por el hombre a menudo, de día y de noche. En su vergüenza y su deseo de habersele resistido, suspiraba por él. Pero le abochornaba buscarle y temía ser vista. Sólo podía esperar a que él llegara, porque le parecía que si iba tras él estaría ciertamente perdida, convirtiéndose después en algo que cualquier hombre podría utilizar.

Pero sucedió algo extraño. Para el hombre ella había terminado. No llegó aquel verano sino en su momento preciso, cuando el grano estaba trillado ya y llegó duro y

discutidor como solía ser, exigiendo su medida de grano.

—¿En que le habremos irritado, madre, a él que fue tan bueno con nosotros el año pasado? —exclamó el hijo mayor, sorprendido.

Y la mujer contestó con tristeza:

—¿Cómo puedo yo saberlo?

Pero lo sabía. Cuando él no quiso ni siquiera mirarla, lo supo.

Ni siquiera el día de la fiesta de la cosecha quiso él mirarla, aunque ella se lavó, peinóse el cabello y lo alisó con aceite, poniéndose después ropas limpias y su único par de medias y los zapatos que confeccionó para el día del entierro de la vieja. Así dispuesta y con las mejillas coloreadas por enfermiza esperanza y apocamiento, y brillantes los ojos por sus desesperados temores secretos, se apresuró al lugar de la celebración, ocupándose ante él con los preparativos de la fiesta, hablando con todo el mundo y esforzándose por aparecer alegre. Las mujeres miraban asombradas sus flamantes mejillas y su risa, en ella que acostumbraba ser tan recatada cuando había hombres.

Pero a pesar de todo eso, el hombre no la miró. Bebió del nuevo vino de arroz y al probarlo gritó a los campesinos:

—Llevaré un par de jarras para mí, si podéis dármelas, amigos. Tapadlas bien para que el vino no pierda su dulzor.

Pero en ningún momento la miró y si ella se acercaba, los ojos del hombre la miraban con indiferencia, como si fuera la mujer de algún campesino, cuyo nombre ni siquiera conociera.

La mujer no supo soportarlo; aunque sabía que debiera alegrarse de que él no la quisiera ya, su actitud le era intolerable. Regresó a su casa durante la fiesta y sacó de su escondrijo las joyas que él le había regalado, temblando al hacerlo. Se puso los aretes en las orejas, después de quitarse los alambres que durante años llevara para evitar que se le cerraran los agujeros, y en sus dedos fuertes lució las sortijas. Regresó al lugar de la fiesta, queriendo que él la viera una vez más y para lograrlo situóse delante de las mujeres que servían a los hombres. La viuda murmuradora estaba entre ellas, alegre con sus zapatos nuevos.

—¡Ahí estás tú, ama de casa! —exclamó—. Veo que te has comprado verdaderamente las joyas y que las llevas puestas, aunque tu hombre no ha regresado todavía.

Habló en voz tan alta que todas las mujeres miraron a la madre y rieron, y los hombres volviéronse, sonriendo al ver la alegría de las mujeres.

Entonces el agente, al oír las risas y las agudezas dirigidas a la mujer, levantó la mirada descuidada y altaneramente, masticando al mirar, pues tenía la boca llena de comida.

—¿Qué mujer es? —preguntó con desgana, pero en voz lo bastante alta para que

ella le oyera.

Y sus ojos se posaron en la cara sonrojada, apartándose de ella después, como si jamás la hubiera visto, mirando nuevamente su escudilla. Y la mujer, sintiendo que el calor le desaparecía de la cara demasiado aprisa, abrióse paso entre las otras y alejóse corriendo y todos rieron al verla avergonzada ante sus bromas.

Desde aquel día la madre evitó a las demás mujeres y permaneció sola con sus hijos, escondiendo lo que en ella crecía. Sin embargo, meditaba, de día y de noche, lo que habría de hacer. Trabajaba como siempre había hecho, almacenando el grano y disponiéndolo todo para el invierno, y cuando llegó la fiesta de otoño, y la aldea la celebró y en todas las casas había jolgorio y la calle estaba alegre y las gentes se regocijaban por tener abundante grano y comida, la madre a pesar de que en ella no había gozo alguno, hizo también unos pequeños pasteles para sus hijos. Cuando la luna se levantó la noche de la fiesta, comieron los pasteles en la era y bajo el sauce, mientras la luna llena brillaba casi tanto como el sol.

Pero comieron gravemente, como si los hijos sintieran la falta de alegría de la madre y la suya propia, y finalmente el hijo mayor habló con solemnidad:

—Algunas veces creo que mi padre debe haber muerto, porque nunca viene.

Entonces la madre se sobresaltó.

—¡Mal hijo es quien habla de la muerte de su padre! —exclamó.

Pero al hijo mayor se le había ocurrido algo.

—A veces pienso ir en busca de mi padre. Quizá lo haga cuando hayamos segado el trigo este año, si me das un poco de plata. Puedo sujetarme las ropas de invierno a la espalda, en caso de que tarde en encontrarle.

La madre asustóse entonces y habló para desanimar a su hijo.

—Come otro pastel, hijo, y espera otro año más. ¿Qué haría yo si tú partieras y tampoco regresaras? Espera hasta que el hijo menor sea lo bastante grande para ocupar tu lugar.

Pero el hijo menor gritó con decisión, como cuando tenía un capricho:

—¡Mi hermano va, yo también iré!

Y frunció los labios, mientras miraba irritadamente a su madre. Entonces la madre volvióse hacia el hijo mayor.

—¿Ves lo que haces al decir tales cosas? —observó en tono de reproche—. Ahora tu hermano también piensa en marchar.

Tras estas palabras, no quiso volver a oír hablar de aquel asunto.

Pero el pensamiento quedó aferrado a su mente, y después lo meditó. Hacía ya cinco años que estaba sola. Cinco años... Si su hombre hubiese pensado en regresar, lo hubiera hecho ya. Cinco años. Debía haber muerto... Seguramente era viuda ahora y lo había sido durante algunos años, sin saberlo. Y el agente del terrateniente no estaba casado. Ella era viuda y él no estaba casado, pues le había oído decir que su

esposa murió el año anterior, pero entonces no había prestado atención a aquello, pues, ¿qué podía importarle, si ella no era viuda entonces? Si, seguramente era viuda.

Aquella noche contempló la luna suspendida en lo alto del firmamento, mientras los niños dormían y todo estaba silencioso en la aldea, excepto por algún perro que ladraba a la enorme luna. A cada momento que pensaba en ello parecía que debía ser viuda. Y si lo era..., si se casara tan pronto como él dijera, ¿sería lo bastante pronto?

Aquella idea se afirmó en ella de la forma más extraña. El hijo mayor no quería olvidar sus planes y se afanaba arando los campos y sembrando el trigo, dispuesto a partir en busca de su padre el mismo día en que diera fin a aquellos trabajos. Casi tan alto como su padre era entonces el hijo mayor, ágil y fuerte como el bambú e igualmente sutil. Había pasado ya la edad en que sus ideas podían ser refutadas. Era de naturaleza reposada y terca y no olvidaba jamás un plan trazado.

—Déjame ir ahora en busca de mi padre —dijo—. Dame el nombre de la ciudad donde vive y de la casa donde trabaja.

—Quemé las cartas, y ahora deberemos esperar hasta que llegue el año nuevo y él vuelva a escribir —repuso la madre, desesperada, para aplazar la ejecución de aquella idea de su hijo.

—¡Pero dijiste que lo sabías!

—Eso pensaba yo —contestó ella apresuradamente—, pero con una cosa y otra y con la muerte de la vieja madre lo he olvidado. Cuando la vieja madre estaba muriendo, yo le hubiese mandado una carta a tu padre y no pude hacerlo, porque lo había olvidado.

El hijo mayor miróla entonces con reproche, como si no la creyera, y la madre gritó irritada:

—¿Cómo podía yo saber que querrías marchar y dejarme todo el trabajo a mí, ahora, cuando empiezas a ser de alguna utilidad? Jamás pensé que abandonarías a tu madre y sé que una carta llegará por Año Nuevo, como siempre ha llegado.

Así tuvo que conformarse el hijo mayor por el momento, y enfurruñóse, pues estaba decidido a ir en busca de su padre. Casi no le recordaba, pero parecía que las memorias que de él tenía eran de un nombre alegre y bueno, por lo que el muchacho le echaba mucho en falta, pues aquellos días no amaba mucho a su madre porque siempre parecía irritada con él e incapaz de comprender sus palabras, y el hijo mayor quería a su padre.

Finalmente la madre no supo qué hacer, pero pensó que debía discurrir algo rápidamente, pues si el hombre no escribía efectivamente por Año Nuevo, el muchacho volverla a su idea y tarde o temprano ella tendría que contarle la verdad. ¿Cómo podría entonces hacerle comprender que lo que al principio sólo fue una pequeña mentira para salvar su orgullo de mujer, había ido creciendo y afirmando sus

raíces en los años y era muy difícil de cambiar?

Intentó consolarse nuevamente a sí misma, diciéndose que el hombre debía haber muerto. ¿Quién había sabido jamás de un hombre que no regresara a su tierra y a sus hijos y a su viejo hogar, si vivía aún? Había muerto. Estaba segura de ello y, al repetírselo a sí misma tantas veces, la firmeza de su convicción se apoderó de su corazón y le creyó muerto, no necesitándose sino un signo exterior para satisfacer al hijo mayor y a la aldea.

Una vez más fue a la ciudad, buscando a un nuevo escritor de cartas, a quien jamás había visto antes.

—Escribe a la esposa de mi hermano y dile que su hombre ha muerto —suspiró al dirigirse a él—. ¿Cómo murió? Fue sorprendido en una casa incendiada, pues aquella donde vivía se quemó al derribar un esclavo una lámpara encendida. Y el fuego le mató mientras dormía e incluso sus cenizas se han perdido y su cuerpo no puede ser enviado a su casa.

Y el hombre escribió el nombre de la madre como si fuera el de la hermana y ella le dio un nombre falso, como si fuera una persona extraña quien mandaba la carta para comunicar la noticia. Por un poco de plata el hombre escribió el nombre de una ciudad que no era aquella, pensando que había algo raro, pero lo dejó pasar, pues nada le importaba a él y ella le había pagado su silencio.

Así se salvó la mujer. Pero no podía esperar para acabar su salvación. No; tenía que hacer que el agente del terrateniente lo supiera, de alguna forma, y fue de un lugar a otro, preguntando dónde vivía el agente, pues tenía que ser indudablemente conocido. Corrió a donde le dijeron y le pareció que los dioses eran buenos con ella aquel día y la ayudaban, pues le vio solo y se acercó a él en la puerta de su casa, cuando el hombre se disponía a entrar. Entonces ella gritó y le puso una mano en el brazo y el hombre fijó sus ojos en ella, primero, y en la mano después.

—¿Qué sucede, mujer? —preguntó.

—Señor, he enviudado —susurró ella—. Este mismo día he sabido que he enviudado.

El hombre sacudió la mano de la mujer, posada en su brazo.

—¿Qué me importa? —exclamó en voz alta. Y cuando ella le miró dolorosamente, añadió, con rudeza—: ¡Te pagué! ¡Te pagué muy bien!

De pronto, alguien a quien el agente conocía gritó desde la calle.

—¿Qué es eso, buen amigo? ¡Bonita y lozana es el ama de casa que te coge del brazo!

Pero el agente contestó, casi sin levantar sus pesados párpados.

—Si, si te gustan las bastas y atezadas —dijo fríamente—. Yo las prefiero de otra clase. Y siguió su camino.

Ella quedó delante de la casa, aturdida y avergonzada, sin comprender nada. Pero,

¿cómo la había pagado él? ¿Qué le había dado? Y de pronto recordó las joyas. ¡Esa era su paga! Si, con aquellas pobres joyas librábase de lo que había hecho.

¿Qué podía hacer ella, entonces, ella, que nada sabía? Regresaba a su casa caminando de prisa, con el corazón muerto, diciéndose una y otra vez; «No es momento de llorar. La hora en que yo pueda llorar no ha llegado aún». Y no dejó que las lágrimas asomaran a sus ojos, no, sino que las contuvo en su ser, abundantes y trémulas, sin querer derramarlas. Silenció su corazón durante uno o dos días, hasta que llegó la noticia, la carta que ella misma había mandado y se la llevó al hombre que las leía en la aldea, diciéndole en tono firme al alargársela:

—Temo que traiga malas noticias, tío. Ha llegado fuera de tiempo.

Entonces el hombre la cogió y la leyó, sobresaltándose.

—Son malas noticias, ama de casa —exclamó—. ¡Prepárate!

—¿Está enfermo? —preguntó ella, con voz firme. El viejo dejó la carta, quitóse las antiparras, y contestó solemnemente, mirándola:

—¡Muerto!

La madre se cubrió la cabeza con el delantal entonces y lloró. Si, ya podía llorar y lo hizo, como si ciertamente supiera que su hombre había muerto. Lloró por todos los años de soledad y porque su vida había sido tan retorcida y triste. Lloró porque su destino había sido tan malo y el hombre habíala abandonado. Lloró porque no osaba traer al mundo al hijo que tenía en sus entrañas y finalmente lloró porque era una mujer burlada. El llanto que había temido dejar que la arrasara, por miedo de que sus hijos o sus vecinos lo observaran, fluyó libremente, pues nadie podía saber cuáles eran las causas por las que lloraba.

Las mujeres de la aldea corrieron a consolarla cuando supieron la noticia, y le dijeron que procurara no enfermar con tanto llanto, pues tenía sus propios hijos todavía, dos buenos muchachos, y fueron en busca de ellos para que sintiera consuelo al verlos. Los dos muchachos permanecieron junto a su madre, silencioso el mayor y pálido como si hubiese enfermado súbitamente, y llorando el menor, porque su madre lloraba.

De pronto, entre aquella confusión oyóse un alarido y un llanto más fuerte que el de la madre. Era la viuda murmuradora, a quien súbitamente aplastó la pena que la rodeaba. Grandes lágrimas le caían por las mejillas.

—¡Mírame, pobrecilla! —gritaba—. ¡Lo mío es más doloroso que lo tuyo, pues yo no tengo hijo alguno! ¡Soy más digna de lástima que tú, más que cualquier otra mujer!

Su vieja pena apoderóse nuevamente de ella, asombrando a todas las mujeres, que se volvieron para consolarla. Y entonces la madre regresó a su casa, seguida por los dos hijos, Llorando al caminar, pues no podía contener su llanto. Se sentó en el

umbral de su puerta y lloró y el hijo mayor también lloró algo entonces, silenciosamente, secándose las lágrimas con el dorso de la mano; y el pequeño lloró asimismo, sin comprender lo que significaba que el padre muriera, puesto que no podía recordarle. Y la niña lloró y se oprimió los ojos con las manos.

—Debo llorar porque mi padre ha muerto —decía—. Las lágrimas me queman, pero debo llorar por mi padre muerto.

Pero la madre no podía poner fin a su llanto y supo que no podría hacerlo hasta que hiciera lo que debía. Por el momento contuvo sus lágrimas y consoló algo a sus hijos con su propio silencio, mientras pensaba lo que haría.

Imaginaba que no había para ella otro camino que la muerte, aunque ciertamente le quedaba otro: arrancar de su cuerpo aquella vida anhelante que en él sentía crecer. Pero no podía hacerlo sola. Alguien debía ayudarla y nadie había a quien pudiera dirigirse, excepto la mujer del primo. Mucho deseaba la madre no tener que decir a nadie lo que debía hacer, pero ignoraba cómo podría hacerlo sola. La esposa del primo era un ser rudo y bueno, que conocía la tierra y a las hombres y el cuerpo terrenal de la mujer fértil, que debe fructificar de alguna forma. Pero, ¿cómo decírselo?

Sin embargo, fue fácil; uno o dos días más tarde las dos mujeres estaban solas, en un sendero, hablando, pues habíanse encontrado accidentalmente.

—Prima, come y deja que tu pena cese —dijo la esposa del primo con su voz fuerte y bondadosa—, pues juro que tu cara es tan amarilla como si tuvieras gusanos en el cuerpo.

El pensamiento acudió entonces a la mente de la madre, y ella habló, en voz baja y amarga.

—Ciertamente hay un gusano en mí, que me come la vida.

Y cuando la mujer del primo la miró con asombro, la madre se llevó la mano al vientre, y habló, vacilante.

—Algo crece en mí, prima —dijo—, pero no sé lo que puede ser, a menos que sea un viento malo de alguna clase.

—Déjame verlo —repuso la mujer del primo.

La mujer se abrió el vestido y la mujer del primo puso la mano donde el vientre había empezado a hincharse.

—¡Cómo, prima! —exclamó asombrada—. ¡Parece como si hubiera un niño aquí y si tuvieras esposo, diría que eso es lo que tienes!

Entonces la madre calló y bajó la cabeza, avergonzada, y no podía levantar los ojos. La prima observó un movimiento en el vientre y gritó asustada.

—¡Juro que es un niño! Pero, ¿cómo puede ser, a menos que haya sido concebido por un espíritu, puesto que tu hombre ha estado ausente tantos años? Sin embargo, he oído decir que esto sucede algunas veces a ciertas mujeres y que en los tiempos viejos

ocurría a menudo, si ellas eran de naturaleza santa, que los dioses bajaran y las visitaran. Pero tú no eres ninguna gran santa, prima, sino una muy buena mujer, a quienes todos respetan, aunque a veces te irritas y eres de naturaleza viva. ¿Has sentido alguna vez la visita de un dios?

Hubiérale gustado entonces a la madre decir otra mentira, y anhelaba asegurar que había realmente sentido la visita de un dios cierto día, al encontrarse en un altar al borde del camino, para protegerse de una tormenta, pero cuando abrió los labios para dar forma a esa mentira, las palabras no salieron de su boca. En parte asustábale proferir semejante falsedad de aquel viejo dios cuya cara cubrió, y en parte sentíase tan cansada y triste que no podía seguir mintiendo más. Levantó la cabeza y miró tristemente a la mujer del primo. La sangre afluyó a sus pálidas mejillas, formando dos rosetas en ellas. Hubiera dado la mitad de su vida con tal de haber podido decir una mentira convincente; pero no podía hacerlo. Y la buena mujer que la miraba comprendió cómo había sido y no le hizo pregunta alguna acerca de ello, limitándose a decir:

—Cúbrete, hermana; no vayas a coger frío. Las dos caminaron un rato en silencio.

—Nada importa quien lo engendró —dijo finalmente la madre— y nadie jamás lo sabrá. Si tú me ayudas en esto, prima y hermana, cuidaré de ti mientras haya vida en mi cuerpo.

—No he vivido tan pocos años que no haya jamás vista a una mujer librarse de algo que no quería —murmuró la esposa del primo.

Por vez primera la madre entrevió una leve esperanza.

—Pero, ¿cómo...? Pero, ¿cómo...?

—Hay que comprar algunas cosas, si se tiene el dinero para ello —prosiguió la esposa del primo—, medicinas fuertes que a veces matan a la madre y al hijo y siempre es más duro que el nacimiento, pero si tomas bastante, servirá.

—Que me mate, con tal de que mate también a esa cosa —repuso la madre— y evite el conocimiento a mis hijos y los demás.

Entonces la mujer del primo miró fijamente a la madre y se detuvo.

—Sí, prima —dijo—, pero, ¿volverá a sucederte eso, ahora que tu hombre ha muerto?

—¡No! —exclamó angustiada—. Juro que me arrojaré al estanque para enfriarme si vuelvo a sentir tanto calor como en el verano.

Aquella noche sacó del hoyo en el suelo la mitad de la plata que allí guardaba y, cuando se presentó la oportunidad, se la dio a la esposa del primo, para comprar las medicinas.

Una noche, cuando todo fue comprado y la infusión estuvo preparada, la esposa del primo llegó en la oscuridad y susurró a la madre:

—¿Dónde lo beberás? No puede ser en ninguna casa, pues se producirá mucha sangre.

La madre recordó entonces el templete junto al camino, y lo solitario que estaba, pues pocos caminantes había entonces, y ninguno por la noche. Las dos mujeres fueron allí y la madre bebió la infusión, echóse después en el suelo y esperó.

Al poco rato la medicina le causó dolores tan grandes como jamás había sentido y creyó morir. A medida que se aumentaba aquella agonía, lo olvidaba todo menos el dolor, pero a pesar de él recordó que no debía gritar para aliviarlo, ni tampoco osaron encender antorcha ni luz almena, para evitar que incluso de lejos pudiera verse un desacostumbrado resplandor en aquel templete.

No. La madre tenía que aguantar el dolor lo mejor que pudiera. El sudor le cubría el cuerpo como si fuera lluvia, y ella era insensible a todo concepto a aquel terrible atenazamiento, como si alguna fiera quisiera arrancarle las entrañas, pareciendo que se las arrancaban. Y lanzó un grito.

Entonces la prima se acercó con una esterilla en la mano y recibió lo que había que recibir, tocólo y murmuró tristemente:

También hubiera sido un niño. Eres una madre afortunada, que tienes tantos hijos en tus entrañas.

Pero la madre gimió al contestar.

—No habrá ningún otro ya.

Luego se echó en el suelo y descansó un poco. Cuando pudo caminar regresaron a la casa, apoyándose la madre en el brazo de la esposa del primo, conteniendo sus gemidos. Cuando pasaron junto a un estanque, la prima arrojó a él la esterilla enrollada.

Durante varios días la madre permaneció en cama, débil y enferma. La prima le ayudaba en lo que podía, pero ella permaneció medio enferma todo aquel invierno, siendo una tortura levantar una carga y llevarla al mercado, como había de hacer de vez en cuando. Sin embargo, algunos días sentíase mejor y se levantaba y se sentaba un rato al sol. Llegó la primavera y sintióse algo mejor, pero no como antes, y, a menudo, cuando la prima le llevaba un plato apetitoso para excitarla a comer, la madre se llevaba la mano al pecho.

—Parece como si no pudiera tragar —decía—. Tengo algo pesado aquí. Mi corazón pende entre los pechos tan pesado y lleno, que no puedo tragar. Parece lleno de un dolor que no puedo aliviar llorando. Si pudiera llorar una vez hasta el fin, sé que volvería a estar bien.

Así se lo parecía, pero no podía llorar. Durante la primavera no pudo llorar, ni tampoco trabajar como acostumbraba y el hijo mayor se esforzó en hacer lo que debía ser hecho, y el primo ayudó de lo que podía. La madre no podía ni llorar ni trabajar.

Así fue hasta que llegó el día en que la cebada estuvo barbuda. Ella estaba sentada al sol, inquieta, no habiéndose peinado el cabello aquella mañana, por lo muy entristecida que estaba. De pronto oyó un sonido de pasos y, cuando levantó la mirada, vio al agente del terrateniente. El hijo mayor se acercó a él.

—Señor, mi padre ha muerto y yo ocupo su lugar, pues mi madre ha estado enferma durante varios meses. Debo ir contigo para calcular la cosecha, si tienes tiempo para ello, pues mi madre no puede hacerlo.

Entonces el hombre, aquel hombre de la ciudad, de cabello liso, sin vello en el labio superior, miró a la mujer con aire preocupado y supo lo que le había sucedido. Y ella supo que él lo había comprendido. Agachó la cabeza, en silencio. Pero el hombre habló descuidadamente.

—Vamos, muchacho.

Y los dos se alejaron, dejándola sola.

Ella supo entonces que nada podía esperar de aquel hombre, pero ya no lo deseaba, pues su cuerpo había estado débil durante mucho tiempo. Pero verle aquella vez fue el último toque que necesitaba. Sintió que de alguna forma se derretía el nudo que había en su corazón y que las lágrimas fluían a sus ojos. Entonces se puso en pie y anduvo por un pequeño sendero poco utilizado, que cruzaba los campos hasta una tumba solitaria de algún hombre o mujer, tan vieja ya que nadie sabía quién yacía en ella, y se sentó allí, en el herboso montículo, esperando. Y finalmente, lloró.

Primero las lágrimas afluyeron a sus ojos lentas y amargas y libremente poco después. Entonces apoyó la cabeza en la tumba y lloró como hacen las mujeres cuando sus corazones están demasiado llenos de pena y su vida está perdida y nada les preocupa, excepto aliviar su corazón porque la vida es demasiado pesada para ellas. Llevado por la brisa, el sonido de su llanto llegó incluso hasta la aldea y al oírlo las madres en las casas y las esposas se miraron las unas a las otras, diciendo suavemente:

—Dejadla llorar, pobrecilla, y que se sosiegue. Durante esos meses de viudedad no ha conocido el reposo. Decid a sus hijos que la dejen llorar.

Y la dejaron llorar.

Pero después de mucho llorar, la madre oyó un suave rumor junto a ella y, al levantar la mirada en la penumbra, pues había llorado hasta que el sol se ocultó, vio acercarse a su hija, que caminaba tanteando el camino por el sendero, exclamando al acercarse:

—¡Oh, madre! La esposa del primo dijo que te dejáramos llorar hasta que te sosegaras. ¿No te has sosegado todavía, después de tanto llorar?

La madre miró a la niña y suspiró. Luego enderezó el cuerpo, alisóse el cabello, secóse los hinchados ojos y se puso en pie, mientras la niña alargaba la mano,

buscando la de su madre, cerrando los ojos para protegerse del rojizo brillo del atardecer.

—Quisiera no tener que llorar nunca —dijo la niña—, porque cuando lloro los ojos me arden.

Al oír estas palabras la madre pareció volver en sí, sintiéndose súbitamente limpia. Sí, aquellas palabras, pronunciadas al fin de semejante día, aquella mano infantil que la buscaba, la hicieron salir de la desesperación en que había vivido durante muchos meses. Fue madre nuevamente y miró a su hija.

—¿Están tus ojos peor, hija mía? —gritó.

—Creo que estoy como siempre estuve —repuso la niña—, excepto que la luz parece producirme más escozor no veo las caras tan claras como antes. Y ahora que mi hermano ha crecido tanto nunca sé si eres tú o él quien se acerca, a menos que os oiga hablar.

Entonces la madre, llevando tiernamente a su hija de la mano, gimió para sí misma: «¿Dónde he estado yo todos estos días?», y en voz alta añadió:

—Hija, mañana, cuando el día amanezca, iré a comprar algún bálsamo que te ponga los ojos bien, como siempre dije que haría.

Aquella noche a todos les pareció como si la madre hubiera regresado de algún lejano lugar y volviera a ser la misma de siempre. Puso las escudillas llenas de comida en la mesa, con el rostro pálido y demacrado, pero tranquila y llena de desmayada paz. Miró a cada uno de sus hijos como si no les hubiese visto en un año o dos y, fijando los ojos en el menor, dijo:

—Hijo, mañana lavaré tu vestido. No había visto lo sucio y desgarrado que está. Eres un muchacho demasiado guapo para ir tan negro como vas, siendo yo tu madre. —Y volviéndose al mayor añadió—: Me dijiste el otro día que te habías cortado en un dedo y que te dolía. Déjame verlo.

Cuando le hubo lavado la mano y tras colocar aceite en la herida, siguió hablando.

—¿Cómo te lo hiciste, hijo?

El hijo mayor abrió los ojos sorprendido.

—Ya te dije, madre, que me había cortado al afilar la hoz en la piedra, para que estuviera preparada cuando llegue el momento de segar la cebada.

Y ella apresuróse a responder:

—Sí, ahora recuerdo que me lo dijiste.

En cuanto a los hijos, no alcanzaban a comprender lo que había sucedido, pero de pronto sintieron que volvía a haber calor en la casa, y que ese calor parecía emanar de su madre. Se sintieron entonces alegres y le hablaron de una y otra cosa.

—Tengo una moneda de cobre que he ganado hoy jugando a cara y cruz en la calle —dijo el hijo menor—. Siempre gano yo, pues tengo mucha suerte.

La madre le miró con avidez, viendo el hermoso hijo que tenía. Mientras se maravillaba de no haberlo visto hacía mucho tiempo, le contestó con súbito amor:

—Buen muchacho eres, que guardas la moneda y no la tiras comprando un caramelo.

Al oír estas palabras, el hijo menor turbóse.

—Pero sólo la guardo hoy, madre, pues había pensado comprar el caramelo mañana y no tengo necesidad de guardar la moneda, porque puedo ganar otra casi cada día.

Después de hablar, esperaba que su madre le regañara, pero ella le contestó suavemente:

—Cómpralo, hijo, que tuya es la moneda.

Entonces el hijo mayor habló lo que tenía que decir.

—Madre, tengo una cosa curiosa que decirte. Hoy, cuando el agente del terrateniente y yo estábamos en el campo, me dijo que era el último año que vendría a la aldea, pues marcha a probar suerte a otra parte. Dijo que estaba ya cansado de recorrer caminos y de los campesinos y de sus esposas. Que siempre era lo mismo, año tras año, y que iba a una lejana ciudad.

Esto oyó la madre y casi no respiró mientras lo oía, sentada sin moverse y mirando al muchacho a la temblorosa luz de la vela que aquella noche había encendido, colocándola encima de la mesa. Luego, cuando el muchacho hubo hablado, esperó un instante para dar tiempo a que las palabras penetraran en su corazón. Y penetraron en él, como la lluvia en la sedienta tierra.

—¿Eso dijo, hijo mío? —preguntó después con voz cálida, añadiendo seguidamente—: Pero ahora debemos dormir y descansar, pues mañana, cuando nazca el día, iré a la ciudad para comprar bálsamo para los ojos de vuestra hermana y ponerla bien.

Su voz era entonces llana y tranquila, y cuando el perro se acercó, pedigüeño, le alimentó bien, y el animal comió feliz y sorprendido, tragándolo todo apresuradamente y suspirando de contento cuando estuvo lleno.

Aquella noche la madre durmió. Todos durmieron y el sueño les cubrió, a la madre y a los hijos, profundo y lleno de nuevas fuerzas.

Capítulo XII

El día siguiente amaneció gris y quieto, con la inacabada lluvia del verano. El cielo oprimía el valle con su carga de lluvia y las colinas estaban ocultas. Pero la madre se levantó temprano y se preparó para llevar a la hija a la ciudad. No podía esperar un día más para hacer cuanto fuera posible por aquella hija suya. Había aguardado muchos días, dejando que se alargaran hasta convertirse en altos, pero entonces, en su nueva maternidad, purificada por las lágrimas, toda ternura y toda rapidez le parecían pocas a su corazón.

En cuanto a la niña, temblaba de excitación, mientras se peinaba el largo cabello y lo trenzaba con un cordón rojo, y se ponía un vestido nuevo, azul con flores blancas pues jamás habíase alejado de aquella aldea. Al arreglarse habló a los demás.

—Quisiera que mis ojos estuvieran claros hoy, para ver las cosas extrañas de la ciudad.

Pero al oír eso, el hijo menor repuso aguda e inteligentemente:

—Sí, pero si tus ojos estuvieran claros, no tendrías necesidad de ir.

Tan apropiada era la observación, que la niña sonrió como siempre hacía ante las agudezas de su hermano, pero nada contestó, pues no era rápida su lengua, sino lenta y suave, como todo en ella, y tras pensar un rato habló.

—Incluso así, preferirla tener claros los ojos y tal vez nunca ver la ciudad. Creo que preferiría tener los ojos claros.

Pero lo dijo después de tanto rato, que el hermano menor había ya olvidado sus propias palabras, pues era de temperamento impaciente y rápido siempre en pasar de una cosa a otra, en el juego o en las pequeñas tareas que hacía, y de los tres el más parecido a su padre.

La madre no escuchaba la conversación de los hijos. Se vestía y se preparaba para la jornada. Un momento permaneció vacilante ante un cajón abierto, del que sacó un paquete, mirando su contenido tras desenvolverlo. Eran las joyas y pensó: «¿Debo guardarlas o convertirlas en monedas?». Dudó un rato y después se dijo: «Cierto es que no puedo volver a llevarlas, siendo tenida por viuda, pero aunque no lo fuera tampoco podría soportar ponérmelas. Sin embargo, podría guardarlas para la boda de mi hija». Así se decía a sí misma, teniendo las joyas en la mano y sin apartar los ojos de ellas. Pero de pronto, al recordar, todo su ser tembló y anheló verse libre de ellas y de todos los recuerdos que pudieran traerle. «No, no las guardaré, mi hombre, podría regresar a casa y si me viera con joyas extrañas, no me creería al decirle que las había comprado yo misma». Con gesto decidido escondió el paquete en su seno y gritó a la niña, diciéndole que era ya hora de marchar.

Salieron solas a la calle y cruzaron la aldea dormida aún. La madre caminaba fácilmente, fuerte y como no lo había estado en mucho tiempo, alta la cabeza,

llevando de la mano a su hija que se esforzaba en andar rápidamente también. Pero la niña ignoraba cuán poco podía ver. Por el conocido interior de la casa sus pies movíanse fácil y seguramente, y no sabía que se guiaba por el tacto y el olfato y no por la vista, pero la carretera era desconocida para ella, con bruscos altibajos que a menudo la hubiesen hecho caer de no haber sido por la mano de su madre.

Al ver esto, la madre asustóse y su corazón quiso enfrentarse con aquel nuevo mal.

—Temo que haya esperado demasiado —exclamó temerosa—, pero jamás me dijiste que no podías ver y yo pensaba que era el agua de tus ojos lo que te cegaba.

—También yo creía ver bastante bien madre —sollozó la niña—, y creo que veo, sólo que esta carretera sube y baja mucho y tú vas más de prisa de lo que yo estoy acostumbrada.

Entonces la madre aminoró su paso y nada más dijo. Anduvieron más lentamente, excepto cuando se acercaban a aquella botica, pues en aquel momento la madre apresuróse nuevamente sin darse cuenta de ello, en su ansiedad. Era aún temprano y fueron los primeros compradores. El vendedor de medicinas quitaba en aquel momento las tablas que cubrían las puertas de su tienda y lo hacía despacio, deteniéndose a menudo para bostezar y pasarse las manos por la cabeza, rascándosela con los dedos. Cuando levantó la mirada y vio a la campesina y a la muchacha de pie ante su mostrador, asombróse y preguntó:

—¿Qué queréis a una hora tan temprana? La madre señaló a la niña al contestar: —¿Tienes algún bálsamo para ojos como éstos? El hombre miró a la niña, y luego observó sus ojos bordeados de rojo, que casi no podía abrir, tan inflamados estaban.

—¿Cómo se le han puesto así? —inquirió.

—Al principio creíamos que era por el humo —repuso la madre—. Mi hombre ha muerto y yo tengo que hacer su trabajo en el campo, y la niña alimentaba a veces el fuego, cuando yo llegaba tan tarde a casa. Pero estos últimos años parece que debe ser otra cosa, pues he evitado que el humo la toque y es como si algún calor le quemara los ojos. No sé qué fuego puede ser, siendo como es doncella muy recatada y jamás está de mal humor.

Entonces el hombre movió la cabeza, bostezando nuevamente, hablando luego como con descuido.

—Hay muchos que tienen ojos así por un fuego que en ellos arde. Los fuegos son de varias clases y no hay bálsamo alguno para curar esa fiebre. Subirá y subirá. ¡Ay! No hay nada para curar estos ojos.

Esas palabras cayeron como hierro en los dos corazones que las escucharon. Pero la madre habló con voz rápida y baja.

—Pero puede haber..., debe haber algún médico en alguna parte. ¿Sabes de algún médico que no sea caro, pues nosotros somos pobres?

El hombre meneó lánguidamente la despeinada cabeza y fue a buscar una droga que guardaba en una cajita de madera, diciendo entretanto:

—Nada puede hacerla ver y esto lo sé porque he visto muchos ojos enfermos, y todos los días viene aquí gente con ojos como los de la niña, quejándose de una fiebre interior. ¡Ay! Incluso esos médicos extranjeros nada tienen que los cure, pues cortan los ojos y los abren y frotan la parte interior con piedras mágicas y murmuran runas y plegarias, los fuegos interiores suben y vuelven a quemar los ojos y nadie puede apagar ese fuego, pues arde dentro del asiento de la vida. Sin embargo, aquí tienes unos polvos refrescantes, pero que no pueden curar.

Sacó unos polvos amasados y en forma de granos, del color del trigo maduro, y los puso en el cañón de una pluma de pato, cerrando el otro extremo con sebo, diciendo:

—Sí, está ciega, ama de casa.

Al ver la expresión de la cara de la niña al oír esa noticia y que parecía tambalearse como quien ha recibido un fuerte golpe que no esperaba, añadió con cierta bondad:

—¿De qué sirve pensar? Es su destino. En alguna otra vida debió haber hecho alguna cosa mala, tal vez mirando algo que no debía ver y así recibió esta maldición. O tal vez su padre haya pecado, o tú misma, ama de casa. ¿Quién conoce el corazón? Pero sea como fuere, la maldición ha caído sobre ella y nadie puede cambiar la voluntad del cielo.

Bostezó otra vez, cumplido ya su acto de bondad, aceptando las monedas de cobre que la madre le entregaba, pasando después a alguna habitación interior.

—¡No está ciega! —replicó la madre, airada—. ¿Quién ha dicho jamás que unos ojos irritados volvieran ciegas a las personas? Los ojos de la madre de mi hombre estaban irritados cuando ella era niña, pero no murió ciega.

Salió rápidamente antes de que el hombre pudiera contestar, apretando la mano de la niña para calmar su temblor, y fue a un platero, pero no al de la otra vez, sacando de su seno el paquete que entregó al barbudo propietario de la tienda.

—Cámbiame esto por monedas —díjole en voz baja— pues mi hombre ha muerto y no puedo ponérmelo más.

Mientras el hombre pesaba las joyas para ver cuánto valían en monedas, la madre esperaba y la niña empezó a llorar dulcemente, apoyando la cabeza contra su brazo. Luego dijo, entre sollozos:

—No creo que esté ciega de verdad, madre, pues me parece ver algo brillante en la balanza y si fuera ciega no podría verlo, ¿verdad? ¿Qué es eso que brilla?

Entonces la madre supo que la hija estaba ciega ciertamente, o casi ciega, pues las joyas estaban a menos de dos pies de su cara.

—Tienes razón, hija —repuso ella, gimiendo interiormente—. Es una sortija de

plata que no puedo llevar ahora y por eso la cambia por monedas que podamos utilizar.

Cuando esa nueva pena cayó sobre ella, la mujer no pensó en las joyas ni en su significado. No, sólo pensaba en que a pesar de su argentado brillo, su hija no podía verlas. El hombre las cogió y púsolas en la cajita donde guardaba brazaletes y sortijas y cadenas para niños y otras cosas igualmente bonitas, olvidando cuanto habían significado para ella, excepto que en aquellos momentos eran una cosa brillante, que su hija ciega no veía.

Había otra cosa que hacer y ella sabía que debía hacerla, si la niña había de quedar completamente ciega. Cogiéndola de la mano, salió, protegiendo con su cuerpo a la niña, pues las calles estaban atestadas de gente, y muchos iban a comprar y a vender, campesinos y hortelanos que colocaban sus cestas de hortalizas y legumbres, y pescadores que ponían sus bateas de pescado a lo largo de las paredes de las casas. La madre siguió caminando hasta llegar a cierta tienda; dejó a la niña junto a la puerta y entró sola, y cuando el vendedor se acercó para saber qué quería comprar, ella señaló una cosa.

—Eso —dijo.

Era un pequeño *batintín*^[2] de latón, con una macita de madera, que los ciegos emplean en la calle, para avisar a los demás que no ven. El vendedor lo golpeó una o dos veces, para demostrar su valor antes de envolverlo. Al oír aquel sonido, la niña levantó la cabeza rápidamente, diciendo:

—Madre, hay un ciego aquí, pues oigo un sonido claro como una campana.

El vendedor rio fuertemente entonces, pues veía que la doncella era ciega y empezó a decir:

—No hay ninguno sino...

Pero la madre le dirigió tan irritadas palabras, que el hombre calló y le entregó rápidamente el *batintín*, mirándola como un tonto mientras se alejaba, sin saber qué hacer.

Emprendieron el camino de regreso entonces. La niña estaba contenta de volver a su casa, pues a medida que la mañana avanzaba, la ciudad llenábase de ruido y ajetreo y temerosos sonidos que ella nunca había oído y chillonas voces que regateaban. Empujándola rudamente personas a quienes no podía ver y ella caminaba despacio, poniendo los pies en el suelo con cuidado, sonriendo inconscientemente en su dolor. Pero la madre penaba amargamente en secreto y sostenía en la otra mano lo que había comprado, que es el signo que distingue a los ciegos.

Pero aunque tenía el *batintín*, no podía dárselo a la niña. No podía admitir que los ojos de su hija estuvieran completamente ciegos. Esperó todo aquel verano y

volvieron a segar el grano y fue medido al nuevo agente que mandó el terrateniente, un hombre viejo esta vez, primo o pariente lejano. Y llegó el otoño, pero aún no podía la madre entregarle aquello a la niña. No, había algo que debía hacer, una oración, quizá, pues al ver diariamente a la niña ciega, la madre recordó lo que el boticario dijera: Quizás algún pecado de sus padres ¿Quién conoce el corazón?

Se dijo a sí misma que iría a un templo que conocía —no a aquel altar a la vera del camino, ni a aquellos dioses cuya cara había cubierto— sino a un templo lejano, unas buenas diez millas y más, donde había oído decir que había una diosa poderosa y buena que escuchaba a las mujeres, cuando rezaban amargamente.

La madre dijo a los dos hijos varones por qué iba y ellos tornáronse graves y se apenaron al saber lo que sucedía a su hermana.

—Desde hace mucho tiempo temía que algo malo le estaba sucediendo —dijo el hijo mayor, con su aspecto de hombre hecho.

—Y yo —exclamó el hijo menor, asombrado— jamás pensé que hubiera algo malo en sus ojos, pues estoy acostumbrado a verla siempre así.

Y la madre se lo contó también a la doncella.

—Hija, voy al templo, al Sur, donde está la diosa viva, que es la misma que dio el hijo a la esposa de Li el Sexto, cuando había sido estéril toda la vida y se acercaba ya al fin de su tiempo de concebir y su hombre se impacientaba y quería tomar una concubina, pues estaba muy irritado por su esterilidad. Ella fue y oró y luego tuvo un hermoso hijo.

—Bien lo recuerdo, madre —repuso la doncella—. Ella hizo dos zapatos de seda para la diosa y se los dio cuando nació el hijo. Sí, madre, ve de prisa, pues es ciertamente una diosa muy buena.

La madre se puso en camino sola, y todo el día luchó contra el viento que soplaba incesantemente aquel mes llevando el frío consigo, pues venía del desierto del Norte. Las hojas se marchitaban en los árboles y la hierba al borde del camino se secaba y todo moría. Pero más fuerte que el viento, más amargo, era el temor de la madre, asustada de que su propio pecado hubiera caído sobre su hija. Cuando, finalmente, entró en el templo, no vio lo grande y hermoso que era, con sus paredes pintadas de color de rosa y los dioses dorados y tampoco vio la gente que entraba y salía después de adorar. Entró rápidamente, buscando aquella diosa, después de comprar un poco de incienso junto a la puerta.

—¿Dónde está la diosa vida? —preguntó al primer sacerdote de hábito gris que encontró.

Entonces él, suponiendo por su aspecto que era una de las muchas mujeres que a diario acudían allí para pedir hijos, señaló con un fruncimiento de la boca hacia un oscuro rincón, donde había una vieja, pequeña y deslustrada diosa, sentada entre diosas menores, que la atendían. Allí fue la madre y esperó mientras una mujer

postrada murmuraba sus oraciones, rezando por un hijo que no podía moverse y estaba en cama hacía ya varios años, según le dijo a la diosa, tan enfermo, que ni siquiera podía volver a engendrar un hijo. Y la mujer rezaba diciendo:

—Si hay en mi casa un pecado que no hemos expiado, dime, ¡oh, diosa!, si por ese pecado sufre él, y yo lo expiaré... ¡Lo expiaré!

Luego se levantó y alejóse tosiendo y suspirando y la madre se arrodilló y recitó también su plegaria. Pero no podía olvidar la de la otra mujer y parecióle que la diosa la miraba ásperamente y que aquel rostro dorado permanecía impassible y sin conmoverse ante el alma pecadora que rezaba, cuyo pecado no había sido expiado.

Finalmente la madre se levantó y suspiró profundamente sin saber si su plegaria era válida, encendió el incienso y salió. Cuando hubo recorrido las diez millas y encontróse nuevamente ante la puerta de su casa, aterida y fatigada, se dejó caer en el taburete, contestando tristemente cómo había escuchado la diosa su plegaria.

—¿Cómo puedo yo saber cuál es la voluntad del cielo? No podía hacer más que recitar mi plegaria y esperar a que el cielo manifieste su voluntad.

Pero con todo su corazón deseó no haber pecado. Cuanto más lo deseaba, más se preguntaba cómo había podido hacerlo y todo su ser se erguía contra aquel hombre de cara suave y le odiaba por su pecado y porque ella no podía deshacer lo que había sido hecho. En aquella hora de profundo odio se curó de todo su calor y juventud y nunca más fue joven. Para ella no había ya en el mundo hombre alguno, sino tan sólo sus tres hijos, uno de los cuales estaba ciego.

Capítulo XIII

La madre no era ya joven. Estaba en su año cuarenta y tres, y, cuando a veces por la noche contaba los años desde que el padre de sus hijos marchó, usaba los dedos de sus manos y dos más. Incluso, los pasados desde que hiciera creer a la aldea que él estaba muerto eran más que los dedos de una mano.

Sin embargo, caminaba erguida y ágil como de costumbre y en su cuerpo no nacía más carne. Otras podían empezar a encogerse o engordar, como la esposa del primo, y también la viuda murmuradora, pero la madre permanecía delgada y fuerte, como había sido en su juventud. Mas sus pechos se reducían y secaban y, a la luz, cuando se le veía plenamente la cara, tenía arrugas junto a los ojos, de trabajar bajo el ardiente sol en los campos, durante tantos años. Se movía también algo más despacio, sin la antigua ligereza, pues jamás volvió a ser como era desde que arrancó aquella salvaje vida que crecía en ella. Cuando en la aldea la llamaban para atender a alguna parturienta, como sucedía a menudo, viendo que era viuda y se contaba entre las no jóvenes ya, le era a veces difícil moverse con la rapidez necesaria y, en una o dos ocasiones la propia madre cogió al hijo e, incluso, en una dejó caer un recién nacido al piso de ladrillo, causándole una herida en la cabeza. Era un niño. Afortunadamente, de aquello no resultó mal alguno, pues el muchacho creció fuerte y con todos sus sentidos.

A medida que crecían, los hijos encontraban vieja a la madre. El mayor insistía siempre en que descansara y no se afanara tanto con los grandes terrones después de que los campos estaban arados, que dejara que él lo hiciera, pues le era fácil, al encontrarse en la plenitud de fuerzas de su joven virilidad. Procuraba que ella se ocupara de los trabajos menos pesados. Nada le complacía más que verla sentada a la sombra, en su taburete, durante el verano, cosiendo, y dejando que él fuera solo a los campos.

Sin embargo, la madre no era, en verdad, tan vieja como el hijo mayor pensaba. Le gustaban los trabajos del campo más que ningún otro y le encantaba trabajar la tierra y, luego regresar a la casa, empapada en sudor, que secaba la brisa con su frescor, y con el cuerpo dulcemente cansado. Sus ojos estaban acostumbrados a los campos, las colinas y los grandes espacios y no se acomodaban con facilidad a cosas pequeñas como las agujas.

En aquella casa hacía mucha falta una mujer joven, con ojos buenos, pues todos sabían ya que los de la doncella estaban ciegos. También ella lo sabía; desde el día en que fuera a la ciudad con su madre, lo sabía en su corazón, igual que su madre, y ninguna de ellas tenía mucha fe en la diosa, por alguna razón: la madre por lo que temía como consecuencia de aquel viejo pecado suyo, y la doncella, porque la ceguera le parecía un destino.

—¿Has usado ya todo el polvo del cañón de la pluma de ganso? —gritó un día la madre.

Y la hija contestó quedamente desde el umbral de la puerta, donde estaba sentada, pues la luz no le causaba ya dolor, desde que no podía verla.

—Hace mucho tiempo que lo acabé.

—Debo comprar más —repuso la madre—. ¿Por qué no me avisaste antes que no quedaban ya?

Pero la hija meneó la cabeza y el corazón de la madre se paralizó al ver su expresión. Y, entonces, de aquellos suaves labios salieron unas tristes palabras.

—¡Oh, madre, estoy ciega! ¡Bien sé que estoy ciega! Ya no puedo ver tu cara y, si saliera a la era, no vería tampoco el camino. ¿No ves que nunca salgo de la casa ahora ni siquiera para ir al campo?

Y lloró, encogiéndose y mordiéndose los labios, pues le era aún doloroso llorar y evitaba hacerlo a menas que no pudiera contenerse.

La madre nada contestó. ¿Qué podía decirle a su hija ciega? Después de un rato, se levantó, entró en la habitación, y del cajón en que antes guardaba las joyas, sacó el pequeño *batintín*, hablando a su hija mientras se acercaba a ella.

—Hija, compré esto para el día que...

No pudo acabar. Lo puso en las manos de la doncella, que lo cogió, tocándolo para ver qué era y luego lo apretó fuertemente, diciendo en su quejosa manera:

—Si, lo necesito, madre.

Cuando el hijo mayor volvió a la casa aquella noche, su madre le encargó que hiciera un bastón con una rama de madera dura y lo puliera, para su hermana, para que con el *batintín* en una mano y el bastón en la otra, pudiera moverse con mayor facilidad y menor temor, como hacen los ciegos. De esa forma, si algo le sucedía o alguien la empujaba o la derribaba nadie culparía a su madre, porque habría colocado el signo de los ciegos en la doncella, para que todos lo vieran.

Desde aquel momento la muchacha llevaba esas dos cosas cuando salía, el bastón y el pequeño *batintín*, y aprendió a hacer sonar este última suave y claramente, caminaba con paso menudo y seguro, con su cara pequeña y dolorida, en la que se reflejaba la expresión fija en los ciegos.

Sin embargo, la doncella ciega era maravillosamente inteligente, a su manera, en la casa. No necesitaba allí ni *batintín* ni bastón y podía lavar el arroz y cocerlo, aunque la madre no le dejaba ya encender el fuego, pero barría la habitación y la era y sacaba agua del estanque y buscaba los huevos, si las gallinas los ponían en algún lugar desacostumbrado. Por el sonido y el olfato sabía dónde estaban los animales y les llevaba la comida, pudiendo hacerlo casi todo, excepto coser y trabajar en el campo. Además, para trabajar en el campo, carecía de fuerzas pues sus sufrimientos desde la niñez parecían haber retrasado su crecimiento.

Al ver a la doncella moverse así por la casa, el corazón de la mujer se derretía y sufría por el destino que le aguardaba cuando debiera casarse con alguien, pues de alguna forma tenía que casarse, ya que cuando la madre muriera tal vez nadie querría cuidar de la doncella, ni nadie había a quien ella pudiera verdaderamente pertenecer, puesto que la mujer pertenece primero a la casa del esposo y no a aquella en la que nació. A menudo, la madre pensaba en eso y se preguntaba quién querría una doncella ciega. Si nadie la quería, qué sería finalmente de ella. Cuando hablaba de esto, el hijo mayor contestaba:

—Yo cuidaré de ella, madre, mientras haga su parte.

Eso complacía algo a la madre, aunque sabía que no podía conocerse completamente al hombre hasta ver quién es su mujer y se decía: «Debo encontrarle una esposa que cuide de mi doncella ciega y sea buena con ella. Al buscar esa esposa, debo encontrar una que cuide a dos personas: su hombre y su hermana».

Era ya tiempo de que la madre buscara una esposa para su hijo mayor, que se encontraba ya en su año diecinueve, aunque ella casi no se daba cuenta. Sin embargo, nunca el hijo mayor había pedido esposa, ni demostraba necesitar ninguna. Siempre había sido el hijo mejor y el más cariñoso que una madre pudiera tener, trabajando mucho sin jamás pedir nada, y, si alguna vez iba a la casa de té, o a la ciudad en un día de fiesta, aunque nunca lo hacía a menos que debiera ir allí por alguna cosa, jamás tomaba parte en ninguna picardía, ni siquiera en un juego de azar, excepto para mirarlo desde lejos, y guardaba siempre silencio en presencia de sus mayores.

Era un hijo perfecto; sólo tenía un defecto después de haber perdido los de la niñez, y era que no le perdonaba nada a su hermano. Era la cosa más extraña, pero aquel hijo mayor suyo, tan bueno y gentil con todo el mundo, incluso con los animales, y tan silencioso que casi ni siquiera decía de qué color quería su vestido nuevo, cuando era su hermano obraba duramente con el menor y le maldecía si era perezoso y jugaba, haciéndole trabajar con ahínco la tierra. La casa se llenaba de discusiones. Ruidoso y pletórico de palabras airadas el hijo menor y conteniéndose y guardando silencio el hijo mayor, hasta que no podía más, cayendo entonces sobre su hermano con lo que tuviera en la mano, o con los puños desnudos, pegándole hasta que el menor huía corriendo entre los árboles, buscando después refugio en casa del primo. Y toda la aldea culpaba al hermano mayor por su dureza y corría a salvar al hermano menor. Así, animado, el pequeño creció osado y huía del trabajo, viviendo mayor tiempo en casa del primo, perdido allí entre los muchachos y doncellas que en aquella casa había, volviendo libremente a su casa sólo cuando veía que su hermano había marchado al trabajo.

Pero, algunas veces, el hermano mayor sentía tan amargo su corazón, que regresaba a casa antes de hora y encontraba allí a su hermano. Entonces, le sujetaba la

cabeza bajo el brazo y le pegaba hasta que la madre llegaba corriendo y gritaba:

—¡Quietos, quietos! ¡Deberías avergonzarte, hijo, de pegar a tu hermano menor así y asustar a tu hermana!

Pero el joven contestaba amargamente:

—¿No debo castigarle, siendo yo su hermano mayor y habiendo muerto nuestro padre? Es un patán perezoso, que juega ya cada vez que puede, y tú bien lo sabes, madre, pero le quieres más que a nosotros.

Era cierto que la madre amaba más a aquel hijo menor que le llegaba al corazón como los otros no sabían hacer. Parecíale que el hijo mayor se había convertido en hombre muy pronto y era muy silencioso, sin nada que decir jamás a nadie. Pero ignoraba que era así, porque, a menudo, estaba muy cansado. Le creía arisco cuando sólo estaba fatigado. En cuanto a la hija, la madre la amaba, pero siempre con dolor, pues aquellos ojos ciegos eran un continuo reproche; jamás podía olvidar que la diosa no había escuchado su plegaria, ni tenía la madre corazón para volver a orar, temiendo que su pecado cayera más duramente sobre la doncella. Así, mientras el corazón de la madre estaba siempre ablandado por la conmiseración, la doncella no constituía nunca ningún gozo para ella. Incluso cuando se le acercaba cariñosa y sonriente y se sentaba para oír la voz de su madre, ésta levantábase con alguna excusa y se ocupaba en algo, porque no podía soportar aquellos ojos cerrados y vacíos.

Sólo su hijo menor era saludable y alegre, y muchas veces le parecía ver en él a su padre. La madre le amaba más cada día, volcando en él el amor que sintiera por el padre. Le amaba y, a menudo, se interponía entre él y el hermano mayor y cuando éste cogía al muchacho, ella recibía los golpes al intentar separarles, obligando a su hijo mayor a aquietarse, por temor a pegar a su madre. Entonces el menor huía de la casa.

De este modo, después de algún tiempo, el hijo menor, desde su escondite en la casa del primo, iba vagabundeando de un lado a otro, e incluso, a la ciudad, desapareciendo durante un día o dos. Regresaba después a la casa del primo, de la que salía como si en ella hubiera estado todo el tiempo, no sin dejar de fijarse cuidadosamente en el humor de su hermano mayor aquel día. Y si no aparecía, la madre esperaba hasta que el hijo mayor marchaba al trabajo y, entonces, iba a la casa del primo e incitaba al muchacho a que regresara con ella, preparándole algún plato especialmente apetitoso. Pero la madre temía algo al hijo mayor aquellos días y, algunas veces, iba con él al campo, regresando la primera a la casa para dar la comida al pequeño antes de que el otro volviera guardándole la mejor comida. Dejábale hacer su gusto, pues le amaba tiernamente. Le amaba por sus palabras y modales alegres, por su fina cara redonda y por el mismo cuerpo sutil y flexible que su padre tenía. El hijo mayor caminaba ya encorvado por el duro trabajo y su mano era dura y lenta; pero el menor era rápido y atezado, de piel suave y ligero con los pies, como un gato

joven.

El desmañado hijo mayor observó ese cálido amor que su madre tenía por su hermano y caviló sobre él. Recordaba todos sus días de trabajo y cuánto le había evitado a ella y le pareció que su madre era el ser más cruel que jamás viviera, sin reconocer lo que él había dado de su niñez por ella. Y, así, la amargura, concentrándose lenta y profundamente en su corazón, le hizo odiar a su hermano.

Capítulo XIV

Todo ese odio se iba concentrando en el hijo mayor. Ni siquiera la madre sabía lo profundo que era, hasta cierto día en que estalló, reventando como un río contenido tras una presa e hinchado por las aguas de fuentes secretas que los hombres ignoran, con lo que cuando rompe se asombran, porque ninguno sabía qué le había sucedido a aquel río aquellos días en que parecía siempre igual.

Fue en el tiempo de la cosecha de arroz, al final de un verano, cuando ha de trabajarse dura y penosamente la tierra desde la amanecida hasta la anohecida, todos cuantos no son lo bastante ricos para que otros trabajen para ellos. El hijo menor lo había hecho aquel día, también, aunque generalmente pensando en alguna lejana cosa. La madre le había incitado a ello, diciéndole en secreto, acariciando la mano del muchacho mientras hablaba:

—Trabaja bien estos pocos días, hijo mío, mientras dura la cosecha y demuéstrole a tu hermano lo bien que sabes hacerlo. Si trabajas así y le complaces, entonces yo te compraré algo bonito cuando la labor haya terminado, algo que tú anhelas.

El muchacho prometió hacerlo, frunciendo sus rojos labios y sintiendo que abusaban de él trabajó bastante bien, aunque no demasiado, pero sí lo suficiente para salvar su piel cuando los ojos de su hermano se fijaban en él.

Pero aquel día, en que amenazaba la lluvia antes de que las gavillas fueran recogidas, todos trabajaron hasta más tarde de lo acostumbrado y la madre laboró hasta sentirse agotada, pues jamás había vuelto a ser tan incansable como lo fuera antes de tomar la amarga medicina para salvar su honor, aquella noche.

Suspiró y enderezó el dolorido cuerpo.

—Hijo mío, iré a casa, para tener la comida caliente cuando tú llegues, pues estoy cansada y dolorida.

—Ve, pues —repuso el hijo mayor algo rudamente.

No había querido ser rudo, pues jamás pedía a su madre que trabajara más de lo que ella quisiera. Ella marchó, entonces, dejando a los hermanos juntos, pues hadase demasiado tarde incluso para los espigadores que les habían seguido durante el día.

Acababa de poner la cena a hervir, cuando la doncella gritó desde donde estaba sentada en el umbral de la puerta, diciendo que oía llorar a su hermano menor y, cuando la madre salió corriendo de la cocina, vio que así era en efecto, y fue rápidamente al campo, donde el hijo mayor pegaba implacablemente al menor con el mango de la guadaña. Este gritaba y devolvía los golpes con los dos puños, forcejeando para librarse de la dura presa de su hermano mayor en el cuello. Pero el mayor le agarraba fuertemente y le golpeaba. La madre corrió con todas sus fuerzas y se cogió del irritado hijo mayor y suplicóle:

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! Todavía es un niño... ¡Oh, hijo, hijo!

Y mientras sujetaba al mayor, el menor libróse de la mano de su hermano y corrió velozmente por el campo, como una liebre joven, desapareciendo en la penumbra. Y allí quedaron los dos, la madre y el amargado hijo mayor.

—Es un niño todavía, hijo —dijo la madre—. Sólo está en su año catorce y no piensa sino en jugar.

—¿Era yo niño en mi año catorce? —replicó el otro—. ¿Jugaba yo en tiempo de cosecha, en mi año catorce entonces, prometiéndome una sortija y una túnica nueva, que no había ganado?

La madre supo que el tonto hijo menor habíase jactado de lo que tendría. Se quedó sin habla, cogida en falta, mirando, silenciosa, a su hijo, que siguió gritando, con toda su amargura saliendo de él.

—Sí, tú guardas el dinero y yo te doy cuanto ganamos. Nunca cojo una moneda para mí, ni siquiera para fumar una pipa de alguna clase o beber un poco de vino o comprarme algo que cualquier otro joven como yo consideraría como derecho propio. ¡Y tú le prometes a él todo lo que yo jamás tuve! ¿Y por qué? ¡Para que haga el trabajo que debe hacer por nada y para pagar lo que come y viste!

—Yo no le prometí sortijas y túnicas —dijo ella en voz baja y turbada, algo asustada por aquel irritado hijo suyo, tan grave y callado en otros días que en aquel momento no le conocía.

—¡Lo prometiste! —exclamó él, apasionadamente—. ¡Y si no fue así, peor aún, pues él dijo que tendría lo que quisiera cuando hubiéramos cobrado el dinero de la cosecha y después de pagar los impuestos! ¡Dijo que tú se lo prometiste!

—Quería decir algún juguete, que costara una moneda de cobre o dos —contestó ella, avergonzada ante aquel buen hijo suyo. Y entonces, haciendo acopio de valor, ¿pues acaso no era él su hijo?, añadió—: Y si le prometí algún juguete, fue para compensarle por tu continua irritación contra él, haga lo que haga, pues nunca dejas de mirarle con ojos duros y dirigirle crueles palabras. ¡Y ahora, golpes!

Pero el hijo mayor no quiso hablar. Volvióse a las gavillas y trabajó, como si algún diablo se hubiera apoderado de él, rápida y duramente. La madre quedó mirándole, sin saber qué hacer, sintiendo que el hijo mayor era duro con el pequeño, pero sabiendo asimismo que ella estaba equivocada. Entonces vio que el joven estaba a punto de llorar y apretaba firmemente las mandíbulas para contener los sollozos. Al observar aquella señal de tristeza en él, como jamás viera, ya que siempre parecía contento y sin deseo alguno, su corazón se ablandó, como sucediera antaño, después de pegar a un hijo suyo, aunque él no lo sabía, y se suavizó más que nunca.

—Hijo, ya sé que estoy equivocada —dijo quedamente—. No me he portado lo bastante bien contigo últimamente; no he visto que te has convertido en un hombre. Pero hombre eres y, ahora lo veo, ocuparás el lugar del hombre en nuestra casa; tú tendrás el dinero, y serás el jefe de la familia, de nombre también, igual que lo has

sido en el trabajo, veo que eres hombre ahora, y haré lo que he estado aplazando demasiado tiempo. Buscaré una esposa para ti. No lo había visto, pero ahora lo veo.

Así reparó ella. El hijo mayor murmuró algo entonces, que ella no pudo oír, y volvió la espalda sin decir nada más, y siguió trabajando. Pero ella se sintió tranquilizada por las palabras que había dicho a su hijo y regresó a la casa, gritando vivamente:

—¡Se me quemará el arroz!

Dijo esto para cubrir el sentimiento del momento y convertirlo en algo natural.

Pero cuando llegó a la casa, ocupóse en una cosa y en otra, olvidando toda su fatiga.

—¿Que pasaba madre? —preguntó la doncella.

—Poca cosa, hija —contestó ella rápidamente—, excepto que tu hermano menor no quería hacer su parte, o por lo menos eso dijo tu hermano mayor. Pero los hermanos siempre disputan.

Corrió y preparó un plato con unos rábanos que arrancó, cortólos en rebanadas, y les puso vinagre y aceite de sésamo y salsa de soya, como sabía le gustaba a su hijo. Y mientras trabajaba, meditaba la reparación que había hecho y parecióle cierto que su hijo pronto se casaría, reprochándose haberse apoyado en él como en un hombre, que no tenía aún la recompensa del hombre, y decidió hacer cuanto había ofrecido.

Finalmente, llegó su hijo mayor, más tarde que de costumbre, pues había oscurecido ya por completo y no pudo verle la cara hasta que dio sobre él la luz de la vela que había encendido y colocado sobre la mesa. Le miró con atención, entonces, sin que él la viera, y observó que volvía a ser el mismo de siempre, satisfecho con lo que ella había dicho, desaparecida la ira. Y viendo aquella paz en el hijo mayor, llamó al hijo menor, que estaba cerca de la puerta, no osando entrar basta conocer el humor de su hermano a pesar del hambre que sentía.

—¡Entra, hijo pequeño! —gritó la madre.

Y él entró, fijos los ojos en su hermano. Pero el mayor no le prestó atención, pues no estaba irritado ya, y la madre sintióse contenta y supo que había decidido bien, por lo que se dispuso a cumplir totalmente su promesa.

Como siempre hacía cuando había de decidir algo, fue a ver al primo y a la mujer del primo, pues ella no conocía doncella alguna, puesto que no podía elegirse ninguna de la aldea, dado que todos eran parientes por sangre o matrimonio; ni tampoco conocía doncella alguna en la ciudad, pues sólo trataba con tiendas pequeñas, donde le compraban lo poco que tenía que vender. Fue, por la noche, ya que el tiempo era cálido aún, aunque el otoño se acercaba, y se sentaron y hablaron, mientras la esposa del primo daba el pecho a su último hijo. La madre expuso su necesidad.

—¿Conoces tú alguna doncella, hermana mía, en aquel pueblo donde tú vivías antes de casarte? —preguntó. Una doncella como tú me gustaría mucho, de buen

carácter, diligente y buena para el trabajo. Yo puedo seguir cuidando la casa aún durante muchos años, y, si ella no es muy buena en los trabajos del hogar, podré soportarlo.

La buena esposa del primo rio alegremente y miró a su hombre.

—No sé si mi hombre diría que tu hijo considerarla una bendición o una maldición tener una mujer como yo —gritó.

Entonces el hombre levantó lentamente la cabeza, como era su costumbre. Tenía en la boca un tallo de arroz, que mascaba mientras escuchaba.

—Sí..., bastante buena... —dijo pensativamente.

Su esposa volvió a reír al oír esas palabras.

—Puedo ir allá, hermana —siguió diciendo la mujer del primo— y ver lo que hay. Doscientas familias, más o menos, viven en aquel pueblo, que es pueblo de mercado, y sin duda habrá alguna doncella en disposición de casarse.

Siguieron hablando de ello y la madre dijo claramente que el coste no podía ser muy grande.

—Sé muy bien que no puedo esperar la doncella mejor en todo —añadió—, puesto que soy pobre y mi hijo no tiene mucha tierra y debemos tomar en arriendo más de la que tenemos.

El hombre habló entonces, contestando las palabras de la madre.

—Pero tienes alguna tierra, y eso es algo hoy, cuando muchos no tienen nada, y de mejor grado casaría yo una doncella mía con un hombre que tuviera alguna tierra y poca plata, que con otro que tuviera mucha plata y ninguna tierra en la que afirmar los pies. Un buen hombre y buena tierra sería la mejor promesa para una doncella mía.

—Pues, entonces, padre de mis hijos —dijo su esposa—, si me dejas puedo ir a aquel pueblo un día o dos, y hacer averiguaciones.

—Sí, te dejo —respondió él—. Las doncellas son ya lo bastante mayores para hacer su trabajo de vez en cuando.

Poco después, la esposa del primo púsose un vestido limpio y cogió al hijo menor y a uno o dos de los pequeños, para mostrárselos a la familia de su padre y uno o dos de los mayores, para que la ayudaran con los pequeños. Alquiló una carreta para los hijos y ella cabalgó el asno gris de su marido, que él no necesitaba aquellos días, pues la cosecha había acabado ya y podía emplear su buey para trillar el grano. Pusiéronse así en camino y estuvieron ausentes más de tres días. Cuando regresó, hablaba de todas las doncellas que había visto y dijo a la madre, que corrió a su casa al conocer su regreso:

—Las doncellas abundan mucho en aquel pueblo, pues nunca las matamos como hacen en algunos otros lugares, cuando nacen niñas, y se les permite vivir sin que importe cuántas tenga una madre. Así el pueblo está lleno de ellas. Vi una docena que

yo conozco, hermana, todas crecidas y llenas de carne y color, y cualquiera de ellas serviría para un hijo mío. Pero sólo se necesitaba una y estreché los ojos y miré a ésta y aquélla, y elegí tres. A las tres volví a mirar y vi que una tosía y tenía la nariz arremangada y que los ojos de otra estaban algo irritados y la tercera era la mejor. Te aseguro que es una doncella inteligente, muy cuidadosa en todo lo que dice y hace, y aseguran que es la costurera más rápida del pueblo. Hace sus propios vestidos y también los de todos los de la casa de su padre y algunos para otra gente. Gana un poco de plata. Algo vieja es quizá para tu hijo, porque una vez estuvo prometida y el hombre murió. De lo contrario, estaría casada ahora. Pero eso tampoco es malo, pues el padre ansía casarla de alguna forma y no pedirá mucho por ella. No es tan bonita como las otras; tiene la cara un poco amarilla de tanto coser, pero sus ojos están limpios.

—Bastantes ojos malos tenemos en nuestra casa —repuso la madre rápidamente— y los míos tampoco son lo que eran. Necesitamos a alguien que cosa y le guste coser. Arréglalo, pues, hermana, con ésa, y si sus años no son más de cinco que los de mi hijo, estará bien.

Así se hizo, y el día del mes y el año y la hora del nacimiento de ambos fueron comparados en la mesa de un geomántico en el pueblo y resultaron favorables. El joven había nacido bajo el signo del caballo y la doncella bajo el signo del gato, que no se devoran el uno al otro, y así se predijo la armonía en el matrimonio. Como todas las cosas del destino concordaban, los regalos que debían hacerse fueron hechos.

De sus pequeños ahorros, la madre sacó piezas de plata y algunas monedas de cobre y compró buenas telas de algodón. Ella misma hizo dos prendas para la doncella. Como era costumbre en aquellas partes, quiso que una mujer afortunada, alguna cuya vida fuera completa con hombre e hijos, las cortara. ¿Qué mujer más afortunada había en la aldea que la esposa del primo? La madre llevóle las buenas telas.

—Pon tu mano aquí, hermana, para que tu suerte caiga sobre la esposa de mi hijo.

Así lo hizo la mujer del primo y cortó las prendas anchas y completas en la cintura, para que, cuando la doncella concibiera, pudiera seguir llevándolas y no tuviera que descartarlas.

La madre sacó más plata y alquiló la roja silla de boda y la corona de cuentas y los aretes de perlas falsas y cuanto se necesitaba para el día: especialmente los pantalones rojos que toda desposada debe llevar en aquellos lugares. Así, se fijó el día de la boda, que finalmente amaneció, claro día frío de invierno de aquel año.

Fue un día extraño para aquella madre aquél en que se debía dar la bienvenida en su casa a una mujer nueva y más joven, pues durante muchos años había ella sido ama y dueña. Cuando vistió sus mejores ropas y quedó esperando junto a su puerta, al

ver acercarse la silla roja de bodas que llevaba a la desposada en su interior, parecióle súbitamente que poco tiempo había transcurrido desde el día en que ella misma llegara en aquella silla, y la vieja muerta estaba donde ella se encontraba en aquellos momentos, y su propio hombre esperaba en el mismo lugar en que esperaba entonces su hijo. Raramente pensaba aquellos días en su hombre, pero un extraño anhelo se apoderó de ella mientras esperaba. No era el anhelo de la carne, que había muerto y desaparecido ya, sino otro, distinto: el fuerte deseo de compañía propia de su edad, pues se sentía sola.

Miró, suavemente, a su hijo, no sólo ya hijo para ella, sino esposo de otra. Allí estaba, muy quieto, con la cabeza caída, rígido en la nueva túnica negra que ella había hecho para él y calzando zapatos en pies generalmente descalzos. Parecía tranquilo, o así lo creyó ella hasta que vio cómo le temblaban las manos colgantes, que resaltaban contra el negro de la túnica. Volvió a suspirar y, otra vez, pensó en su propio hombre y cómo había ella atisbado entre las cortinas de la silla, y en el vuelco que le dio el corazón al ver lo guapo que era y su agradable aspecto. Sí, había sido mucho más guapo que aquel hijo suyo lo era entonces y ella se dijo que el suyo era el hombre más guapo que jamás había visto.

Pero antes de que tuviera tiempo de recordar más, llegó el principio del cortejo, con los pequeños frutos de la boda, el gallo que ella había mandado a la casa de la novia y que, según la tradición, le devolvían con una gallina que él había montado; después, la silla fue colocada delante de la puerta y la esposa del primo y la viuda murmuradora y otras mujeres mayores de la aldea cogieron la mano de la desposada y trataron de hacerla salir de allí. Y ella se resistió debidamente, saliendo al fin, pero muy a desgana, y, cuando salió, lo hizo con la mirada baja, sin levantar los ojos ni una sola vez. Entonces la madre se retiró a la casa del primo, como era también costumbre en aquellos lugares, donde se decía que la esposa del hijo no debía ver demasiado fácilmente a la madre del esposo, para que no le perdiera el respeto. Y todo aquel día la madre permaneció en la casa del primo.

Pero quedó junto a la puerta, para oír lo que la gente decía de aquella nueva esposa y oyó que algunos gritaban: «Es una doncella que parece muy dispuesta» y otros decían: «Aseguran que cose bien y si es verdad que ella misma hizo los zapatos que lleva, entonces, te aseguro que tiene diez buenos dedos». Algunas de las mujeres se acercaron a la desposada y tocaron las rojas galas matrimoniales y levantaron la túnica para ver la ropa interior, toda muy bien y cuidadosamente hecha, y los botones de tela retorcida duros y bien cosidos, y después fueron en busca de la madre.

—Es una doncella decente y dispuesta, ama de casa, y de buen aspecto —dijéronle.

Pero entre los hombres algunos hablaban rudamente, y uno dijo:

—¡Te aseguro que para mi gusto es demasiado delgada y amarilla!

—Sí, pero unos meses curarán la delgadez, hermano —repuso otro—. ¡Nada hay como un hombre para hinchar a una doncella!

Y entre esa charla alegre y atrevida, la doncella trasladóse recatadamente a su nuevo hogar y así estuvo casada.

Entonces, la madre debió dejar el lecho en que había dormido durante muchos años y, cuando la nuera entró para hacer la cama de la madre aquella noche, pues tal era la costumbre en aquellos lugares, preparó la yacija en la que la difunta vieja había dormido tras las cortinas y que el hijo mayor había ocupado después. La doncella ciega tenía un jergón a su lado y el hijo menor dormía en la cocina, cuando lo hacía en la casa. Si, en la verdadera cama dormía entonces el hijo mayor con su nueva esposa.

No le fue fácil a la madre ceder a aquella nueva pareja el lugar que había sido suyo y de su hombre. Le hacía sentirse vieja por la noche acostarse en la yacija, de la madre de su esposo. Durante el día, era como siempre, ocupada en todas partes, disponiéndolo todo, viva la lengua para corregir y mandar, pero por la noche era vieja. A menudo, despertaba pareciéndole que no era ella quien estaba acostada allí y la otra pareja en la cama, y pensaba, asombrada: «Ahora imagino que aquel viejo ser que era madre cuando yo vine a esta casa sentía lo mismo que yo en estos momentos, cuando llegué como desposada y la saqué de su cama, y yací en ella con su hijo a mi vez. Y ahora otra yace con mi hijo».

Parecía tan largo e inacabable, aquel giro de alguna oculta rueda, aquel pase de uno a otro eslabón de una infinita cadena, que se sentía aturdida sólo de pensar en ello ligeramente, pues nunca pensaba en el significado de lo que sucedió antes que ella, sino que aceptaba cuanto venía. Pero se sintió menoscabada a sus propios ojos desde aquel día. Aunque de nombre fuera la mayor y la primera dueña de todo, no era primera para sí misma.

Vigilaba a la esposa del hijo. Era respetuosa y día tras día hacía su reverencia ante la madre de su esposo, hasta que la madre se cansó.

—¡Basta! —gritóle.

Pero la madre no podía encontrar falta alguna en ella. Y después esa misma impecabilidad constituyó una falta. La madre murmuraba:

—Sin duda tiene alguna secreta falta interior, que yo no alcanzo a ver.

Pues la esposa del hijo no mostró, como hacen algunas doncellas, todas sus cualidades de una vez. Era diligente y de índole suave y rápida en el trabajo y, cuando lo había terminado, sentábase y cosía algo para su esposo, pero todo lo realizaba a su manera.

No hay dos mujeres en este mundo que hagan la misma labor de igual forma y eso no lo sabía la madre, creyendo que todas lo hacían igual que ella. Pero no; la

esposa del hijo tenía su propia manera de hacer las cosas. Cuando cocía el arroz, poníale demasiada agua, o así le parecía a la madre, y quedaba más blando que a la madre le gustaba. Se lo dijo a la esposa del hijo, pero la otra cerró suavemente sus pálidos labios y repuso:

—Pero así lo hago siempre yo.

Y no quiso cambiar.

Y así era en todo. Cambió una cosa y otra en la casa, a su propio gusto, no rápidamente ni de mal humor, sino en forma pequeña, cuidadosa, gradual, sin dar a la madre lugar a que descargara su ira. Había otra cosa también. A la joven esposa, no le gustaba el olor de los animales por la noche y se quejó, pero no a la mujer mayor, sino tan sólo al hombre, hasta que aquel mismo invierno él se puso a trabajar para añadir una habitación a la casa, donde podrían llevar la cama y dormir solos. Y la mujer mayor contemplaba asombrada aquellas nuevas costumbres.

Al principio, dijo a la doncella ciega que no se enfadaría con la esposa del hijo. Y, en verdad, no era fácil enfadarse, pues la joven esposa trabajaba bien y cuidadosamente, con lo que no podía decirle: «Esto está mal», o «No hiciste aquello bien». Había cosas que madre odiaba, aunque lo que más detestaba era el arroz blando, refunfuñando muchas veces, hasta que finalmente lo hizo en voz alta.

—Nunca me siento llena y alimentada con ese arroz blando; esa cosa aguada pasa por mi vientre como viento, y no se detiene en él como buen alimento sólido.

Cuando vio que la esposa del hijo no hacía caso de sus palabras, fue secretamente a su hijo, cierto día, cuando trabajaba en el campo.

—Hijo, ¿por qué no le ordenas que cueza el arroz más seco y duro? —díjole—. Creía que te gustaba más así.

El hijo se detuvo en su trabajo y apoyóse un momento en el mango de su azadón, hablando en su acostumbrada forma reposada.

—Me gusta mucho como lo cuece ella.

—No te gustaba así —repuso la madre, sintiendo que la ira se apoderaba de ella—, y ello significa que te pones de su parte, en lugar de la mía. Es vergonzoso que te guste ella tanto y vayas contra tu propia madre.

Las mejillas del hijo se sonrojaron y dijo simplemente:

—Si, me gusta mucho.

Y volvió a su trabajo.

Desde aquel día, la madre supo que había dos amas en la casa. El hijo mayor no era menos bondadoso que antes y hacía su trabajo bien y guardaba el dinero. Cierto es que no lo gastaba, ni tampoco su esposa, pues los dos eran ahorrativos, pero eran hombre y mujer y aquéllas eran su casa y sus tierras, y para ellos la madre no era sino la mujer vieja de la casa. En verdad que si ella hablaba del campo o de las simientes y de todo el trabajo que ella conocía tan bien, porque lo había hecho, la dejaban hablar,

pero cuando había acabado era como si no hubiera dicho nada, y ellos hacían sus planes y sus cosas como mejor les gustaba.

Parecíale que ella no significaba nada ya, que su sabiduría no era casi nada en aquella casa que había sido suya.

Muy amargo de soportar era todo ello, y, cuando la nueva habitación estuvo terminada y la pareja se trasladó a ella, la madre murmuró a la hija ciega, que dormía a su lado:

—¡Nunca he visto tantos remilgos como los de éstos! Parece como si el buen olor de los animales fuera veneno. Te aseguro que han hecho esa habitación para estar separados de nosotros y poder hablar de sus planes sin que les oigamos. Nunca me dicen nada. No son los animales..., sino que tu hermano la ama vergonzosamente. Si, ellos no se preocupan por ti ni por tu hermano menor, ni siquiera por mí; lo sé. —Y al ver que la doncella no contestaba, preguntó—: ¿No lo crees tú también así, hija mía? ¿No tengo yo razón?

La doncella vaciló y unos momentos después habló en la oscuridad.

—Madre, es cierto que tengo algo que decir. Lo diría, pero no quisiera hacerlo, pues temo herirte.

—Dilo, hija —repuso la madre—. Creo que ya estoy acostumbrada a que me hieran.

—¿Qué harás conmigo, madre, conmigo que soy ciega? —preguntó la doncella dulcemente.

Durante todo aquel tiempo, la madre había pensado que aquella doncella viviría con ella por lo menos durante algún tiempo.

—¿Qué quieres decir, doncella mía? —preguntó, sorprendida.

—No quiero decir que la esposa de mi hermano no sea bondadosa; no es cruel, madre. Pero creo que piensa que no tardarás en casarme. Hace pocas días, le oí preguntarle a mi hermano menor con el hijo de qué casa estaba yo prometida y cuando él le dijo que no lo estaba, se sorprendió: «Una doncella tan crecida sin suegra aún», dijo.

—Pero tú eres ciega —repuso la madre— y no es fácil casar a una doncella ciega.

—Ya lo sé —contestó la hija, dulcemente.

Unos momentos después volvió a hablar y esta vez lo hizo como si tuviera la boca muy seca y ardiente el aliento.

—Pero tú sabes que yo puedo hacer muchas cosas, madre, y puede haber algún hombre muy pobre, un viudo, quizás, u otro que se contentaría con lo poco que puedo hacer, si no tuviera que pagar nada por mí. Entonces yo estaría en mi propia casa y habría alguien, cuando tú murieras, a quien yo podría querer. Madre, no creo que mi hermana me quiera.

Pero la madre contestó violentamente:

—¡Hija, no quiero que vayas a cuidar de la casa de un hombre de esa forma! Somos pobres, lo sé, pero podemos alimentarte. Los viudos, a menudo, son los esposos más duros y lascivos, hija. Duerme, y no pienses más en eso. Todavía estoy fuerte y probablemente viviré mucho tiempo aún, y tu hermano nunca fue cruel contigo, ni siquiera cuando era niño.

—Entonces no estaba casado, madre repuso la hija, suspirando.

Pero calló y después pareció dormir.

La madre no pudo dormir durante un rato, aunque solía hacerlo profunda y fácilmente. Pensaba, examinaba los días pasados, uno tras otro, para ver si lo que la hija había dicho era verdad, y aunque no pudo recordar ni una sola cosa, parecióle que la esposa del hijo no era afectuosa. No, tampoco lo era con el hijo menor, ni siquiera con aquella hermana ciega en la casa de su esposo. Y ésa era otra amargura que la madre había de soportar.

Capítulo XV

Todos los días la madre observaba para comprobar si lo que la hija había dicho era cierto; y lo era. La joven esposa no era brusca: sus palabras salían de ella dulcemente y siempre con aparente y cuidadosa cortesía, pero hacía víctima a la doncella de cien pequeñas mezquindades. No llenaba de alimento la escudilla de la ciega, o así se lo parecía a la madre, por lo menos, y si había alguna exquisitez en la mesa, no le daba a ella, y la doncella, al no verla, no sabía que estaba allí. Ciertamente, todos lo hubieran pasado por alto, no preocupándose de ello debido a su propia hambre, de no haber sido aguzada la mirada de la madre.

—¿No te gusta este plato de bofe de cerdo, hija, que hemos preparado en sopa hoy? —preguntaba la madre.

La doncella contestaba dulcemente, sorprendida:

—No sabía que hubiera, madre, pues me gusta mucho.

Entonces la madre alargaba el brazo y con su propia cuchara servía carne y sopa en la escudilla de la hija, procurando que la esposa del hijo viera cómo lo hacía.

La esposa del hijo hablaba suave y cortésmente, casi sin mover los pálidos labios, que en su palidez eran demasiado gruesos, además, diciendo:

—Te pido perdón, hermana. No había visto que no tenías.

Pero la madre sabía que mentía.

Y algunas veces, cuando la esposa del hijo cosía zapatos para la doncella, y era deber suyo hacer zapatos para todos ellos, no dedicaba mucho tiempo a los de la ciega, y ponía suelas delgadas y se evitaba el trabajo de una flor en la puntera. Cuando la madre lo vio, exclamó:

—¡Cómo! ¿No ha de tener mi doncella una florecilla en los zapatos, como tú tienes en todos los tuyos?

La esposa del hijo abrió sus pequeños ojos oscuros sin brillo.

—Las haré si tú lo dices, madre, sólo que pensé que como es ciega y no puede ver los colores... y tengo tantos zapatos que hacer, y el hermano menor gasta un par cada mes o dos, con sus viajes a la ciudad a jugar...

Cuando la doncella, sentada al sol junto a la puerta, oyó esas palabras y la queja que la hermana hacía contra el hermano menor, habló apresuradamente:

—No me importan las flores, madre, mi hermana tiene razón. ¿Qué son las flores para los ciegos?

Y así no hubo motivo de discusión, como tampoco parecía haberlo en las muchas pequeñeces. Sin embargo, un día el hijo mayor fue a su madre, cuando ella se dirigió a echar basura al cerdo.

—Madre —díjole—, tengo que hablarte de algo. No se trata de que yo quiera que mi hermana salga pronto de esta casa, ni le reproche nada, pero el hombre debe

pensar en los suyos, y ella es joven, madre, y tiene toda su vida por delante. ¿Tengo yo que darle de comer mientras viva? Nunca he sabido que así fuera en ninguna casa, que el hombre debiera alimentar a su hermana, a menos que sea la casa de un rico, donde la comida es abundante y nunca falta. El deber del hombre es dar de comer a sus padres, a su esposa y a sus hijos. Pero ahí está ella, joven que seguramente vivirá como yo, y será malo para ella también no casarse. Es mejor que las mujeres se casen.

La madre miró a su hijo, irritada contra él, y habló, acusándole.

—Esa esposa tuya te ha metido este pensamiento en la cabeza, hijo. Yaces solo con ella en aquella habitación y allí habláis, vosotros dos, y ella te envenena contra tu propia madre, con todo lo que te dice por la noche. Y tú eres como todos los hombres: blando como el barro en una zanja, cuando yaces en la cama con una mujer.

Se alejó de él rápidamente, echó los desperdicios al cerdo y quedó allí, viendo cómo metía el hocico en ellos y los engullía, pero realmente no lo vio, aunque por lo general le causaba placer contemplar a los animales comiendo.

—¿Y qué clase de hombre querrá a tu hermana? —preguntó con tristeza—. ¿Quién podemos esperar que la quiera, excepto alguno demasiado pobre para ser bueno, o uno cuya esposa haya muerto y él sea demasiado pobre para volver a casarse con una mujer sana?

—También yo pienso en ella —contestó el hijo apresuradamente—. Pienso en ella y creo que es mejor que tenga un hombre suyo, aunque no pueda tener uno tan bueno como si estuviera sana.

—Es tu esposa quien habla, hijo mío —repuso la madre, más tristemente aún.

Pero el hombre insistió tercamente:

—Somos de un mismo corazón en esto —dijo.

—Temo que lo seáis en todo —murmuró la madre.

El hijo no volvió a hablar y regresó al campo, sin haber cambiado de pensamiento.

Sin embargo, durante mucho tiempo la madre no quiso hacer nada para casar a la doncella. Se decía a sí misma y a la doncella y a su hijo y a la esposa de su primo y a cuantos quisieran oírle que no era tan vieja aún que no pudiera hacer lo que quisiera, ni tan vieja tampoco que nada importara en la casa, ni lo bastante vieja para que pudieran mandarle como un niño que hiciera lo que no le gustara. Se puso contra su hijo y la esposa de su hijo. Guardaba debidamente a la doncella, vigilando que nada se hiciera que la perjudicara y que tampoco se la privara de lo que los demás tenían.

Pero a medida que la esposa del hijo se acostumbraba a la casa, más clara era en su hablar y más se quejaba y su cortesía desapareció. A menudo, decía, donde otras podían oírle o cuando las mujeres se sentaban juntas al sol, en algún portal, para coser o hablar como las mujeres:

—No sé lo que haré cuando tenga hijos, viendo cómo tengo que coser para todos cuantos hay en la casa ahora. Mi madre envejece y yo sé que es mi deber trabajar para ella y ser sus ojos y manos y pies y todo cuanto ella necesite. Así me lo enseñaron y así lo hago, y espero ser cuidadosa siempre con mi obligación. Pero está también ese hambriento hermano menor, que no trabaja, aunque algún día se casará y su esposa trabajará para alimentarle y vestirle, y la doncella ciega sin casar. Me pregunto si tendré que cuidar de ella toda mi vida, pues su madre no quiere casarla.

Decía palabras como éstas y a las demás les gustaban. Quienes las oían miraban a la doncella ciega, si estaba cerca, de tal forma, que ella sentía su mirada y agachaba la cabeza avergonzada de vivir siendo un ciega. Algunas veces una u otra hablaba, diciendo:

—Hay muchos ciegos y algunas familias enseñan a los suyos a decir la buenaventura. Así ganan alguna moneda de vez en cuando. Sí, los ciegos a menudo tienen un ojo interior y pueden ver cosas que nosotros no vemos, y su ceguera es incluso un poder para ellos, por lo que muchos les temen. A la doncella, podría enseñársele a adivinar el porvenir, o algo parecido.

—Pero también hay casas pobres —decían otras— que tienen un hijo y les falta dinero para casarle y están dispuestos a tomar una doncella tonta o ciega, o una coja o muda, creyendo que es mejor que ninguna, si pueden obtenerla por nada para su hijo.

La esposa del hijo habló con descontento:

—Quisiera saber de alguna casa así y, si vosotras sabéis de una, vecinas, tomaré como bondad que me lo digáis.

Y como eran buenas, se lo prometieron a la joven esposa y convinieron en que ciertamente era duro, cuando el dinero escaseaba tanto y los tiempos eran tan malos, tener que alimentar a aquella boca, que en verdad pertenecía a otra parte.

Cierto día la viuda murmuradora fue a la madre y díjole:

—Ama de casa, si quieres casar a tu doncella ciega, yo conozco una familia en las montañas al Norte, que tiene un hijo que está ahora más o menos en su año diecisiete. Llegaron en tiempos de hambre, desde una provincia del Norte, y se asentaron en terrenos comunales, no en nuestro pueblo al pie de la montaña, sino un poco más alto, y después de un tiempo llegó un hermano, y allí viven. La tierra es pobre y pobres son ellos, pero también lo eres tú, ama de casa, y ciega tu doncella. Si tan sólo quieres pagar mi viaje, yo iré a verlo por ti. La verdad es que hace mucho tiempo que quiero ir a ver la casa de mi padre, pero me repugna pedir al hermano de mi esposo lo poco que necesito para ello. Es muy duro ser viuda en la casa de otro.

Al principio, la madre no quería escucharla.

—¡Yo quiero cuidar de mi doncella ciega, ama de casa! —gritó.

Después se lo contó a la esposa del primo y al prima también, pero el primo permaneció grave durante un rato y finalmente habló.

—Es cierto que podrías cuidarla tú si vivieras siempre, hermana, pero cuando tú hayas muerto y nosotros hayamos muerto también, quizás, o seamos muy viejos y ya no amos ante nuestros hijos, excepto de nombre, ¿quién la cuidará entonces? ¿Y si llegan años malos y los padres deben pensar primero en sus hijos, y tú faltas?

Entonces, la madre guardó silencio.

Pero no tardó en comprender que no podría vivir siempre; en cualquier momento, su vida podía acabar, y pronto, quizá, porque jamás, desde aquella noche secreta, había vuelto a tener su antiguo vigor.

En el verano de aquel año, una fluxión salió del aire y se apoderó de ella. Siempre le había gustado comer de lo que había, hasta saciarse. Pero aquel verano llegó más caluroso que de costumbre y había grandes nubes de moscas, que eran tantas en todas partes que el viento las echaba a la comida y se mezclaban con ella, quisiérase o no, hasta que la madre finalmente gritó que no les hicieran caso, pues de nada servía matarlas, sino para perder el tiempo, ya que muchas más llegaban después. También fue un verano de grandes sandías y melones, que cuando los rajaban eran de color rojo oscuro o claro amarillo, según su clase, no habiendo jamás habido un año tan bueno para los melones y sandías como aquél.

Mucho le gustaba a la madre esa fruta y comía de ella cuanto no podía venderse o maduraba súbitamente demasiado bajo el sol; comía hasta saciarse y, cuando estaba llena, seguía comiendo para que no se desperdiciara. Fuera por los muchos melones o por un mal viento que la cogió, o que alguien la maldijera, aunque no conocía a nadie que realmente la odiara, excepto tal vez aquella pequeña diosa que había sospechado de su pecado, lo cierto es que una fluxión se apoderó de ella, y parecía arrancarle las entrañas. Estuvo enferma durante muchos días, purgada y vomitando incluso una simple taza de té que tragara para asentar su vientre.

Aquellos días, cuando estaba tan dolorida y débil, la esposa del hijo hizo cuanto pudo por la madre del esposo y no dejó de cumplir ninguna de sus obligaciones. La doncella ciega esforzándose en hacer algo por su madre, pero era lenta y no alcanzaba a prever una necesidad a tiempo. A menudo, la esposa del hijo la empujaba y decía:

—Siéntate en alguna parte, buena hermana, y apártate de mi camino, pues te aseguro que me serás de más ayuda así.

Incluso, contra su voluntad, la madre se apoyó, al sentirse débil, en aquella mujer más joven, rápida y cuidadosa, demasiado decaída para defender a su doncella ciega. El hijo menor, aquellos días, acercábase sólo algunas veces para ver cómo seguía, porque su madre estaba demasiado débil para decir una palabra en su favor y contra su hermano. En semejante debilidad, era una fuerza para la madre observar a la joven esposa, mañosa y cuidadosa, en torno a su yacija. Cuando por fin la fluxión la abandonó para pasar a otra persona a quien estuviera destinada, y la madre se levantó, se apoyó en la esposa del hijo, aunque no la amaba y sí, sólo, la necesitaba.

Mucho tiempo tardó la madre en volver a ser, en parte, lo que fuera, y nunca gozó completamente de total salud. No podía comer las ásperas coles que le gustaban, ni melones ni sandías, ni tampoco los cacahuets que le encantaba mascar crudos, cuando eran arrancados de la tierra, pues había de ser cuidadosa con lo que comía, para ver si sentaba bien a sus entrañas. Si se impacientaba con semejantes remilgos y gritaba que comería lo que le gustara y que su vientre habría de soportarlo, entonces la fluxión reaparecía. Incluso, si trabajaba demasiado o se sentaba al fresco, aquella maligna enfermedad volvía a atacarla y la tornaba desvalida nuevamente.

Entonces, en su impotencia, comprendió que había que casar a la doncella ciega, para que tuviera su propia casa, pues cierto era que en aquélla no estaba bien considerada. Cuando la madre se sentía demasiado enferma para protestar por ello, vio que la doncella se encontraba incómoda allí y no querida. Cierta día, la doncella acercósele, cuando la madre estaba sola.

—Madre, no puedo permanecer en la casa de mi hermano —díjole—. ¡Oh, madre! Preferiría casarme, pues así podría estar donde me quisieras.

La madre no se opuso ya. Consoló a su hija y, un día, durante el invierno de aquel año, en que se encontró mejor que nunca, pues desde aquella enfermedad sentíase mejor en tiempo frío que en el cálido, salió para hablar con la viuda murmuradora. La encontró sentada ante su puerta, bordando flores en una tela, aunque su hilo era muy burdo aquellos días y las flores risibles, pues no podía ver como antes las viera y nunca lo decía.

—Lo que dijiste era verdad —díjole la madre tristemente—. Comprendo que mi doncella debe casarse. Que sea con ése que tú conoces, pues yo estoy demasiado cansada para buscar aquí y allá, y siempre me fatigo ahora, desde que la fluxión se apoderó de mí hace uno o dos años.

Entonces, la murmuradora se sintió contenta al tener algo nuevo que hacer, que no le costara nada, y alquiló una carreta, y en ella viajó las diez millas hasta el valle donde estaba la casa de su padre y el pueblo, permaneciendo allí un día o dos más. La noche en que regresó fue a la casa de la madre y la llamó para que saliera:

—La cosa fue muy bien, ama de casa, y en un mes puede estar terminada. Estoy muy cansada yo también, pero aún recuerdo que lo hice todo por ti, y ahora somos viejas amigas.

La madre sacó del seno una pieza de plata que guardaba allí para aquel momento y la puso en la mano de la murmuradora. Pero ésta apartó la mano de la madre y juró que no la tomara, que aquello no era necesario entre dos amigas, y dijo una cosa y otra, pero finalmente la aceptó.

Cuando todo estuvo hecho y la mujer lo pensó bien, o intentó hacerlo así, se lo dijo a la esposa del hijo y ésta sintióse complacida y lo demostró, aunque cuidó de decir:

—No debiste haberte apresurado tanto, madre, pues yo no tengo mala voluntad para la doncella, y ella puede quedarse aquí un año o dos más, por mi, y no me importaría que se quedara incluso toda mi vida, si no fuera que somos tan pobres que contamos las bocas que alimentamos.

Pero fue más bondadosa algún tiempo, y se ofreció espontáneamente para coser prendas nuevas para la doncella, tres en total, una túnica nueva, unos pantalones azul oscuro y otros rojos para el día de la boda, como la más pobre doncella, incluso, debe tener. Además de esto, uno o dos pares de zapatos, en los que bordó una florecilla y una hoja con hilo rojo. Pero no celebraron un gran día de bodas, pues no dieron nada por la doncella y no se hicieron regalos, porque no era ninguna ganga para el hombre con quien había de casarse.

En cuanto a la doncella, nada dijo. Escuchó cuando su madre le contaba lo que se hacía y no habló sino una vez por la noche, cuando alargó la mano para sentir el rostro de la madre cerca de ella, murmurándole:

—¿Qué haré yo allí, madre? ¿Está muy lejos para que tú vengas a verme algunas veces? Estoy tan ciega que no podré venir a ti por una carretera que no conozco, cruzando colinas y valles.

Entonces, la madre alargó la mano asimismo y sintió que la hija temblaba; lloró secretamente y, en la oscuridad, secóse las lágrimas con el cobertor.

—Iré, doncella mía —repitió una y otra vez—. Estáte segura de que iré, y cuando yo vaya me lo contarás todo, y si no te tratan bien, yo me ocuparé de ello. No serás tratada mal. —Y entonces añadió, cariñosamente—: Pero no has dormido todavía.

—No, y todas las noches me pasa lo mismo —repuso la doncella.

—No debes asustarte, hija —dijo la madre, con voz cariñosa—. Eres la mejor y la más rápida doncella ciega que he visto, y ellos saben que tú eres ciega y no pueden reprocharte que lo seas, ni decir que se lo ocultamos.

Hasta mucho después que la doncella se sumió en ligero sueño, la madre permaneció despierta, reprochándose a si misma, pues, de alguna forma, sentía que algo que ella había hecho caía como castigo sobre la doncella y, entonces, deseaba haber sido mejor. Se reprochaba también no haber buscado un lugar más cercano donde casar a su hija, un pueblo al que pudiera ir cada mes, o incluso no haber tratado de encontrar un hombre pobre, que hubiese accedido a trasladarse a la aldea, por el poco precio que ella podía prometer. Al pensar en esto, gemía en su corazón, dudando que su hijo y la esposa de su hijo hubieran accedido a pagar este pequeño precio, pues ellos eran quienes guardaban el dinero ahora. Se dijo pesadamente: «Sin embargo, no puedo esperar que nunca la peguen. Pocas casas hay como la nuestra, en las que ni el hombre ni su madre pegan a la doncella recién llegada. Me desgarraría el corazón saber que pegan a mi doncella ciega, o que ella pudiera correr a mí para decírmelo; y yo nada podría hacer una vez casada ella, y tampoco lo soportaría. Es preferible que

esté lejos, donde yo no pueda verla, ni tampoco saber si le pegan. Así evitaré el dolor porque no lo veré, y podré esperar que no la maltraten».

Después de yacer así un rato más, sintiendo lo dura que era la vida para ella, pensó en algo que podía hacer: dar a la doncella algunas monedas de plata para ella, como su propia madre había hecho. En la oscuridad, antes de amanecer, se levantó y con cuidado, para no asustar al búfalo ni a las gallinas, fue al hoyo y sacó de él el trapo en que envolvía sus ahorros, eligiendo cinco piezas de plata, que guardó en su seno, cubriendo el hoyo después. Entonces, con la plata en el pecho, sintió cierto consuelo y pensó: «Por lo menos no todas las doncellas de una casa pobre se casan teniendo un poco de plata. ¡Mi hija tendrá ésta!».

Y aferróse a este pequeño consuelo; finalmente se durmió.

Así transcurrieron los días, ninguno de ellos demasiado alegre. No; la madre no sentía alegría ni siquiera en su hijo menor y se preocupaba poco por sus idas y venidas, excepto cuando veía que estaba bien y sonriente, con algunos negocios suyos que ella ignoraba. Y así, finalmente, llegó el día en que la doncella debía partir. La madre esperaba con el corazón pesado, para ver cómo era el que iría a buscarla.

Si, se estrujaba el corazón para averiguar qué clase de hombre iría en busca de su doncella, para llevársela.

Llegó un día a principios de la primavera antes de que el año se hubiera abierto del todo, con lo que la primavera velase tan sólo en algunas tenaces hierbas que los niños de la aldea arrancaban para comerlas y en un matiz verdoso en las ramas del sauce y en los oscuros botones de los perales, ligeramente hinchados. Toda la tierra estaba aún yerma con el invierno, pues el trigo no crecía aún, salvo algunas pequeñas hojas entre los terrones, y el viento era trío.

Aquel día llegó un viejo montado en un asno gris, sin silla, sentado sobre una sucia y rota túnica doblado bajo él, sobre el lomo de la cabalgadura.

Fue a la casa donde estaba la madre y le dijo su nombre. El corazón de la madre se detuvo entonces en el pecho, pues no le gustaba el aspecto de aquel viejo. El le sonreía, intentando hacerlo bondadosamente, pero no había bondad alguna en la afilada cara del viejo zorro: ojos agudos, rodeados de profundas arrugas, algunos vellos blancos alrededor de una estrecha boca sin labios, curvada demasiado rato para sonreír con sinceridad. Sus vestidos parecían andrajos, ni remendados ni limpios, y cuando desmontó del asno no vióse cortesía alguna en él, como tendría cualquier hombre, sabio o no.

Cruzó la era cojeando, pues una pierna era más corta que la otra, con las ropas sujetas a la cintura.

—Vengo a buscar una doncella ciega —dijo duramente—. ¿Dónde está?

Entonces contestó la madre, pues súbitamente odió a aquel viejo:

—¿Cómo pruebas que eres tú quien ha de llevársela?

El viejo volvió a sonreír.

—Conozco a aquella gorda ama de casa que vino a decirnos que podíamos tener a la doncella por nada, para el hijo de mi hermano —dijo el viejo, sonriendo nuevamente.

—Espera hasta que la llame —repuso la madre, en tono muy seco.

Mandó en su busca al hijo menor, que estaba en la casa aquel día, y la viuda murmuradora llegó andando tan de prisa como sus viejas piernas la llevaban.

Miró al hombre y rio y gritó.

—¡Sí, es el tío del muchacho con quien ha de casarse! ¿Cómo estás, buen hombre, ya has comido hoy?

—Si —repuso el viejo, mostrando al sonreír sus encías desdentadas—, pero te aseguro que no estoy muy bien.

La madre le miraba fijamente y volvióse después, hacia la murmuradora, diciéndole a bocajarro:

—¡No me gusta esto! ¡Esperaba algo mejor para mi doncella!

—Ama de casa, el novio no es él —contestó la viuda en voz alta, riendo—. El hijo de su hermano es un muchacho blando y suave como no hay otro.

La esposa del primo habíase acercado también, así como el hijo y la esposa del hijo y el primo y otros de la aldea, y todos quedaron mirando a aquel viejo, que ciertamente no tenía muy buen aspecto ni parecía muy bueno.

Sin embargo, la promesa había sido hecha y algunos decían:

—Ama de casa, debes recordar que la doncella es ciega.

—La promesa ha sido hecha, madre —observó]a esposa del hijo—, y ahora sería difícil rehusar, pues traería malas consecuencias para todos, si lo hicieras.

Cuando su esposo la oyó hablar así, guardó silencio.

La mujer miró lastimeramente a su primo entonces; pero él volvió los ojos a otra parte y se rascó la cabeza, porque no sabía qué decir. Era un hombre sencillo y bueno y no confiaba demasiado en el viejo, tampoco; sin embargo, a veces es difícil decir si pobreza y maldad son la misma cosa y, acaso; debíase su mal aspecto a sus rotos vestidos; también era duro decir que no, cuando todo estaba convenido. Al no saber qué decir, volvió la cabeza, cogió una brizna de paja y la mordió, fuertemente.

Pero la viuda murmuradora vio que su honor estaba en entredicho.

—Pero éste no es el novio, ama de casa —repetía y, finalmente, gritó, pues le hubiese avergonzado mucho que la boda no se celebrara—: El hijo de tu hermano es tan blando como un niño, ¿no es verdad, viejo?

El viejo sonrió y asintió y rio levemente.

—Blando como un niño es, ama de casa. —Y, por último, dijo, con impaciencia—: Debo irme ahora, si he de llegar con ella a casa esta noche.

No sabiendo qué otra cosa hacer, la madre sentó a la doncella en el lomo del asno,

vestida con sus nuevas prendas, y le puso secretamente el paquetito de la plata en la mano, susurrándole:

—Es para ti, doncella mía. No dejes que te lo quiten.

Y cuando el hombre dio un puntapié en las patas del asno para hacerlo caminar, la madre gritó, en súbita agonía:

—Antes de que pasen muchos meses, doncella mía, iré a ver cómo te tratan allí. Guárdalo todo en tu corazón y cuéntamelo entonces. No temeré traerte a casa, doncella mía, si en aquel lugar te tratan mal.

—Si, madre, y eso me alegra —repuso la doncella, con palabras que salieron de sus labios secos y temblorosos.

Pero la madre no podía dejar marchar a su hija aún; alocada, buscaba en su mente una última cosa que decir, para retenerla un poco más a su lado y gritó al viejo sin soltar a su hija.

—Mi doncella no tiene que alimentar el fuego, viejo..., no debe alimentar el fuego, porque el humo le daña los ojos...

El viejo volvióse y miró y, cuando comprendió, sonrió.

—Si, bueno, así será... Se lo diré a ellos.

Y dio otro puntapié al asno, a cuyo lado empezó a caminar.

Así partió la doncella, llevando su signo de ceguera en la mano y el pequeño rollo con sus ropas, atado detrás de ella, en el lomo del asno. La madre contemplóla mientras se alejaba, con el corazón desgarrado, y los ojos llenos de lágrimas, porque no sabía qué más podía haber hecho. Allí quedó hasta que la colina se interpuso y ocultó a su hija y no volvió a verla.

Capítulo XVI

La madre debía entonces llenar sus días de alguna forma, para aliviar sus temores y olvidar la partida de la doncella ciega. Silenciosa parecía la casa, y silenciosa la calle, donde no podía oír ya el claro y quejumbroso sonido del pequeño *batintín*, que la hija golpeaba cada vez que salía. La madre no podía soportarlo. Fue al campo otra vez, contrariando la voluntad del hijo mayor, quien, cuando la vio coger el azadón, díjole:

—Madre, no necesitas trabajar. Me avergüenza que trabajes en el campo y que otros te vean aquí en tu vejez.

—No soy tan vieja —replicó ella con su antigua ira—. ¿No ves que debo desahogarme?

Pero el hombre fue terco como siempre.

—Me parece que te dueles por algo que no existe, madre mía, y no tienes que dejar que tu corazón se adelante en busca de males que tal vez jamás sucedan.

—Tú no comprendes —insistió la madre, con aquella pesada inquietud que no la abandonaba—. Tú, que eres joven, nada comprendes.

El joven miró a su madre, desconcertado, sin saber qué quería decir, pero ella no quiso hablar más, sino que cogió su azadón y cruzó los campos en silencio.

Era cierto que no podía ya trabajar como antes, pues cuando lo hacía sudaba copiosamente y cuando el viento soplaba, aunque fuera cálido, senda temblores y pronto volvía a estar enferma con la fluxión. Así tuvo que soportar su ociosidad y no volvió a trabajar cuando estuvo bien, sino que se sentaba, sin hacer nada, junto a la puerta. No tenía necesidad de levantar la mano para nada en la casa, puesto que la esposa del hijo lo hacía todo y lo hacía bien y cuidadosamente.

Lo hacía todo bien, pensaba la madre de mala gana, pero no paría ningún hijo. Sentada sin hacer nada, la madre miraba, inquieta, aquel umbral donde antes viera a sus hijos en la niñez jugando y brincando. Todo el día permanecía sentada y recordaba los tiempos idos, cómo había estado antes en aquel umbral, joven y llena de vida y de trabajo, con su hombre y sus hijos, siendo ella la joven esposa y otra la vieja madre. Después su hombre marchó y nunca más tuvo noticias de él... Apartó de su mente aquellos recuerdos, diciéndose que la casa parecía vacía con el hijo mayor en el campo todo el día, o discutiendo sobre la cosecha con el agente del terrateniente, un hombre nuevo, un arrugado y pequeño primo del terrateniente, según decían en la aldea, sin su doncella ciega, y el hijo menor siempre ausente en la ciudad.

Sin embargo, aún tenía a su hijo menor y mientras ella sentábase en el umbral, pensaba en él a menudo, pues aún le amaba más que a sus otros hijos. De vez en cuando aparecía en su vaciedad y su llegada constituía su única dicha. Cuando se

acercaba, la madre salía de su ensimismamiento, sonriendo al ver su buen aspecto. Era el más hermoso de sus hijos, tan parecido a su padre como un pollo se parece al gallo. Llegaba tranquilamente, no temiendo ya a su hermano mayor como antaño, pues tenía algún trabajo en la ciudad, con el que ganaba un sueldo.

Nada dijo nunca claramente sobre la naturaleza de su trabajo, excepto que le iba bien en él, que algunas veces tenía mucho dinero y otras ninguno, aunque jamás enseñaba lo que ganaba a su hermano, excepto las buenas ropas que vestía. Pero había ocasiones en que era liberal y, excitado, ponía secretamente un poco de plata en la mano de la madre.

—Tómala, madre, y gástala para ti.

La madre cogía la plata y alababa al muchacho y le amaba. El hijo mayor nunca pensaba en poner un poco de dinero en su mano. Desde que era amo, guardaba todo la plata para sí. Siempre iba bien alimentada y comía con apetito cuanto quería, pues le gustaba la comida. Con la esposa del hijo estaba mejor de lo que jamás estuviera, dado que ella le hacía los vestidos y cuanto necesitaba, e incluso su mortaja estaba preparada y dispuesta, aunque ella no pensaba morir durante mucho tiempo aún. Le daban cuanto pedía, una pipa para consolarla y buen tabaco y una sopa caliente de vino amarillo. Pero ellos no pensaban en poner un poco de plata en su mano, diciéndole: «Gástalo en lo que quieras»; y ella sabía que si la hubiese pedido, el hijo y su esposa miraríanse el uno al otro, diciendo uno de ellos: «Pero, ¿qué quieres comprar? ¿No te damos todo lo que quieres?». Y así, cuando el hijo menor le daba la plata, le amaba por ello más que por cuanto los otros dos hacían por ella, y la guardaba en el seno y al llegar la noche la escondía en el hoyo.

Pero no lo veía a menudo. En la vacía era sentábanse las dos mujeres, la madre y la esposa del hijo. A la madre parecía que la casa estaba llena de soledad. Sentábase y suspiraba y fumaba su pipa, pues cuanto aquellos días tenía que hacer era pensar en su vida. Pero había una cosa en la que no quería pensar. Cuando lo hacía, el recuerdo de su doncella ciega aparecía en su mente y jamás estaba segura de que ambas no estuvieran unidas, de alguna manera, en las manos de los dioses. Algunas veces hubiera ido a un templo en busca de alguna clase de consuelo, aunque no sabía cuál, pero existía el viejo pecado y le parecía tarde entonces para buscar el perdón. Dejaba que las cosas siguieran igual y suspiraba y algunas veces hablaba tristemente de su doncella ciega. Cuando lo hacía, la esposa del hijo contestaba siempre acremente.

—Sin duda está bien. Fue muy afortunado para todos que encontraras a alguien que la quisiera para su hijo.

—Es una doncella lista, nuera —replicaba la madre, acaloradamente—. Nunca quisiste creer cuánto podía ella hacer, lo sé, pero antes de que tú vinieras hacía muchas cosas que a tu llegada no le dejaste hacer y nunca supiste lo bien que las hacía.

—Sí, tal vez sí —decía la esposa del hijo, acercándose más a los ojos la tela que cosía, para ver si lo hacía bien—. Pero yo estoy acostumbrada a trabajar y a acabar lo que hago, y una doncella ciega lo hace todo muy despacio.

La madre volvía a suspirar, mirando el vacío umbral.

—Quisiera que parieras un niño, hija. Una casa debiera tener un hijo o dos o tres. No estoy acostumbrada a una casa vacía como ésta. Quisiera que mi hijo menor se casara, si no has de tener hijos, pero no quiere hacerlo, por alguna razón.

Esa era la pena de la joven esposa, que aunque estaba ya casi en su quinto año de matrimonio, no había concebido hijo alguno todavía y no había señales de que concibiera. Una vez había ido secretamente a un templo para orar, y había hecho cuanto sabía, pero su cuerpo permanecía tan estéril como antes. Mas era demasiado orgullosa para demostrar la pena que aquello le causaba.

—Sin duda tendré hijos a su tiempo —dijo reposadamente.

—¡Ay! Pero ya es tiempo —repuso la madre con enojo—. Jamás supe de ninguna mujer en nuestra aldea que no tuviera hijos si tenía esposo. Nuestros hombres son padres tan pronto se casan y las mujeres son siempre fértiles: buena simiente, buena tierra. Debe ser que haya alguna enfermedad oculta en ti, en alguna parte, que te hace estéril y anormal. ¡Hice estos vestidos grandes y holgados para ti y mira para qué han servido!

Y a la esposa del primo quejábase, diciéndole al oído:

—Yo sé muy bien lo que le pasa: no hay calores en esa esposa de mi hijo. Es una cosa pálida y amarilla y un día es siempre igual al otro. No hay ninguna floración dentro de ella y toda su suerte al cortar sus vestidos de boda no puede prevalecer contra su frigidez.

—Cierto es que esas mujeres pálidas y sin sangre son siempre lentas en concebir —repuso la esposa del primo asintiendo y riendo. La mirada de sus ojos volvióse significativa y volvió a reír—. Pero no siempre puede una mujer estar tan llena de calores como tú lo estuviste en tu tiempo, buena hermana, y bien sabes que eso no es siempre cosa buena en una mujer.

La madre contestó entonces rápidamente:

—Si, ya sé que... —Y guardó silencio durante un momento; luego dijo a regañadientes—: verdaderamente es mujer cuidadosa y limpia, casi demasiado limpia. Rasca tanto la olla que juro que desperdicia los alimentos, y siempre está lavando la jarra del aceite. Se lava muy a menudo; puede ser que a eso se deba su esterilidad. No siempre es bueno lavarse demasiado.

Pero no volvió a hablar de calores, pues temía que la esposa del primo recordara otra vez aquel viejo pecado, aunque era el ser más bondadoso y jamás, durante aquellos años, había hablado de ello. La madre nunca supo si tan siquiera se lo había contado a su hombre. De no haber sido por aquellas dos penas —la doncella ciega y

que su nuera no le daba nietos— tal vez hubiera olvidado ella misma, tan lejanos parecíanle entonces los días de su carne. Sí, hubiera podido olvidarlo, de no haber temido que las dos penas fueran el castigo de su pecado.

Pero allí estaba su vida y la doncella estaba ciega y casada y no había niños, sólo los animales y el perro, a quienes ni siquiera osaba dar de comer.

Sólo había una cosa buena aquellos días y era que sus dos hijos no disputaban tanto, pensó la madre. El mayor estaba contento y era el amo de la casa y el menor vivía en alguna parte y cuando iba a la casa y marchaba nuevamente, lo más que el hijo mayor hacía era decir, en tono burlón:

—Me pregunto de dónde saca mi hermano los buenos vestidos que lleva y cuál es el trabajo que hace. Yo no puedo llevar ropas así y trabajo muy duramente. Mi hermano parece tener dinero. Espero que no esté en alguna banda de ladrones de la ciudad o algo que nos cause perjuicio si le apresan.

Pero la madre defendía bravamente a su hijo menor, como siempre hiciera.

—Es un muy buen hermano menor, hijo mío, y tú debieras alabarle y sentirte contento de que haya marchado para encontrar algo que hacer y que no haya permanecido aquí, para compartir la tierra contigo.

—¡Oh, sí! Juro que él haría cualquier cosa con tal de no trabajar la tierra — replicó burlonamente el hijo mayor.

Su esposa nada decía. Estaba contenta aquellos días, porque la casa era toda para ella y no le importaba lo que el hermano menor hiciera y tampoco se quejaba, porque se compraba sus vestidos en otra parte y ella no tenía que hacerlos.

Transcurrió el tiempo y llegó la primavera y pasó y luego llegó el verano y la madre no podía olvidar a su doncella. Un día estaba sentada, contando con los dedos los días pasados desde aquél en que la colina le ocultó la doncella y era más de doce veces todos los dedos de sus manos, por lo que perdió la cuenta. Entonces pensó tristemente: «Debo ir a verla. He dejado que esa vieja pesadez se apodere de mí, pero debí haber ido antes. Si hubiera sido una doncella sana, ya hubiera ella hecho la visita que las esposas hacen a sus viejos hogares y yo podría haberle preguntado cómo estaba, haberle tocado las manos, los brazos y las mejillas, haber visto incluso el color de su cara».

La madre permaneció sentada, mirando hacia las colinas, y vio cómo el verano llegaba a su plenitud y las laderas estaban verdes y el grano alto en los campos y pensó: «Debo ir a ver a mi doncella e iré a verla en seguida, ya que no me necesitan en los campos aquí y estoy ociosa. Iré antes de que llegue el gran calor, no sea que la fluxión caiga otra vez sobre mí. Si; iré mañana mismo, pues no hay ni una sola nube en el cielo azul...».

Levantó los ojos al cielo y vio cuán azul era y recordó súbitamente un pedazo de

su vida, mucho tiempo ido ya, y la túnica azul que su hombre había comprado y que llevaba cuando marchó. Suspiró, pensando con sordo y viejo dolor: «En un día como éste compró la túnica y peleamos... en un día tan bonito, pues recuerdo que la túnica era del color del cielo aquel día». Suspiró y se puso en pie, para alejar aquel pensamiento.

—Creo que iré a ver a tu hermana mañana —dijo a su hijo mayor cuando regresó del campo—. Iré a ver cómo está en la casa en que se casó, ya que ella no puede venir a mí.

—No puedo ir contigo ahora, madre —repuso el hijo, ansiosamente— pues tengo trabajo que hacer mañana. Espera hasta que la cosecha haya sido recogida y el grano esté trillado y medido, cuando yo tendré algún tiempo libre.

Pero la madre no podía esperar. Había muchas fuerzas todavía en ella cuando había decidido hacer algo y estaba aburrida de su ocio.

—No; iré mañana —dijo.

El hijo mayor estaba preocupado, como siempre que ocurría algo que no era corriente y no pudo pensar rápidamente lo que deberla hacer.

—Pero, ¿cómo irás, madre?

—Cabalgaré en el asno del primo, si quiere prestármelo. Manda a uno de los hijos del primo que vaya a buscar a tu hermano, para que camine a mi lado y conduzca el asno, y estaremos seguros los dos, pues no hay ladrones cerca estos días, excepto esa nueva clase que en la ciudad llaman comunistas y, según dicen, no hacen daño a los pobres...

Por fin, el hijo accedió, aunque no con facilidad y sólo después de que su esposa dijo:

—No veo peligro alguno, si el hermano menor va con ella.

Finalmente consintieron que la madre hiciera su gusto y un hijo del primo fue mandado a la ciudad para buscar al hermano menor, hasta que le encontrara, y así lo hizo, regresando asombrado.

—Mi primo y segundo hijo tuyo vendrá, tía. —Y después de pensar un rato, retorciendo un botón del vestido, añadió—: Es un lugar extraño y secreto aquél donde vive y muy difícil de encontrar. Habita en una gran habitación llena de camas, veinte camas o más sobre una tienda, y la habitación está llena de libros y papeles. Pero no trabaja en la tienda, pues se lo pregunté. No sabía que mi primo supiera leer, tía. Si lee todos aquellos libros, debe ser muy sabio.

—No sabe leer —repuso la madre asombrada—. Nunca me ha dicho que viviera de los libros, lo cual es una cosa muy extraña. Deberé preguntárselo.

Al día siguiente, cuando montada en el asno, recorría sus valles con su hijo, aprovechó la oportunidad de estar sola con él.

—¿Qué son esos libros y papeles que el hijo de mi primo dice que tienes en la

habitación donde vives con todos los demás? Nunca me dijiste que supieras leer o que vivieras de los libros. Jamás te he visto leer una palabra, hijo.

El hijo menor interrumpió la canción que cantaba al caminar, pues tenía buena voz y le gustaba cantar.

—Sí, he aprendido un poco —repuso.

Pero la madre le apremió para que le explicara.

—No me preguntes ahora, madre —contestó—, pues algún día lo sabrás, cuando la hora llegue. Un gran día, madre, y yo lo estaba cantando ahora. Es la canción que cantarnos donde yo trabajo y ese día todos seremos felices y no habrá más ricos ni más pobres y todos tendremos lo mismo.

Era la cosa más tonta que la madre había jamás oído, pues bien sabía ella que el cielo había dispuesto quiénes habían de ser ricos y quiénes pobres, y los hombres no pueden oponerse a ese designio, sino sólo aceptar su destino y soportarlo.

—¡Espero que no vayas con malas compañías, hijo mío, con ladrones o gente así! —gritó la madre, asustada—. Hablas de la misma manera que hablan los ladrones, hijo mío. No hay otra forma para que los pobres se vuelvan ricos que ésa y es malo ser rico así y perder la vida si te apresan.

El hijo menor se irritó ante esas palabras y dijo:

—Madre, no comprendes. He jurado guardar silencio, pero algún día lo sabrás. Sí, no te olvidará ese día. Pero sólo a ti. No compartiré con quienes no hayan compartido conmigo.

Dijo estas últimas palabras con voz tan airada, que la madre supo que el hijo menor odiaba a su hermano y guardó silencio durante un rato para no excitar su ira.

Pero no podía dejar de pensar en él. Estaba sentada en el lomo del asno, agarrándose a la peluda piel y pensaba en su hijo y le miraba a hurtadillas. Caminaba delante de ella, llevando de la mano el ronzal y cantaba nuevamente una canción que ella jamás había oído, cuyas palabras no captaba, y la madre se dijo que debería saber más de su vida. Sí, tenía que unirle más firmemente a su casa y a todos ellos. Le casarla y traería a su esposa a la casa y así iría a menudo y viviría allí, tal vez, para no estar alejado de su esposa. Buscaría y encontraría a una doncella bonita y agradable, a quien él pudiera amar. La esposa del hijo mayor podría hacer el trabajo y la mujer que encontrara para su hijo menor sería de otra clase. Al pensar en eso, su corazón se tranquilizó bastante y no pudo guardar sus pensamientos para sí.

—Hijo, te acercas ya a tu año veintiuno y creo que pronto deberías casarte. ¿Qué te parece?

Pero, ¿quién puede decir cómo es el corazón de un hombre joven? En lugar de un sonriente silencio, se detuvo y habló intencionadamente.

—Estaba esperando que dijeras esto, que es lo único en que las madres parecéis pensar. Mis camaradas aseguran que lo que los padres dicen a sus hijos más a

menudo es: «cásate, cástate, cástate». ¡No quiero casarme, madre! ¡Y si me casas contra mi voluntad, jamás volverás a verme! ¡Nunca volveré a la casa!

Caminó más rápidamente tras estas palabras y la madre no osó hablar, sintiéndose desconcertada y asustada por su ira. El hijo menor no volvió a cantar.

Sin embargo, ella olvidó todo eso, con lo que luego sucedió. El sendero que recorrían desde la amanecida se estrechaba cada vez más al llegar al mediodía y aquellas colinas que en torno a su valle aparecían tan delicadamente formadas, tan suaves sus curvas al recortarse contra el cielo y verdes con la hierba y el bambú, se erguían ahora en líneas más secas. Cuando el sol caía verticalmente sobre ellos, las colinas habían desaparecido y en su lugar se levantaba una cordillera de montañas desnudas y rocosas, cruelmente erguidas contra el cielo. Parecían más agudas también, porque el cielo estaba sin nubes aquel día y era duro y brillante y azul, sobre el color terroso de las montañas desnudas.

El sendero retorcióse bajo grandes farallones pálidos, y las piedras no eran sino pálidas como la luz y muy extrañas. Nada crecía allí, pues no había agua en ninguna parte. El sendero culebreaba al ascender y cuando pasó una hora o dos del mediodía, llegaron a un valle redondo y profundo en las cimas de las montañas. Había agua allí, y un pueblecito cuadrado, encerrado tras un muro rocoso, a cuyo alrededor aparecía el verde de unos pocos campos. Pero cuando la madre y el hijo se detuvieron a la puerta del pueblo y preguntaron por el lugar que buscaban, uno que estaba allí señaló hacia un lugar más alto en las colinas aún.

—Allí donde acaba el verde, al pie del farallón, están las dos casas. Sobre ellas sólo hay rocas y cielo.

Todo aquel rato la madre había contemplado con asombro, las montañas y sus extrañas formas y palidez y el pequeño espacio verde. Su vida había transcurrido en los valles, y mientras el sendero seguía culebreando al ascender, miraba temerosa aquella pobre tierra y pensaba en lo parco de sus cosechas.

—No me gusta el aspecto de este lugar, hijo —dijo—. Temo que sea un sitio muy duro para tu hermana. Si, la llevaremos a casa. Es demasiado duro para ella estar aquí. Yo puedo caminar y a ella la montaremos en el asno y dejaremos que ellos digan lo que quieran. Nada pagamos por ella y nada les pediré, excepto que me la devuelvan.

Pero el hijo menor no contestó. Estaba cansado y hambriento, pues sólo habían tomado un poco de comida fría que llevaron consigo y ansiaba llegar a la casa de su hermana, donde pensaban pasar la noche.

Tiró del ronzal del asno, pero la madre no pudo soportarlo y disponíase a desafiar su ira y reprocharle aquel gesto, cuando de pronto llegaron.

Si, allí estaban las dos casas, a un lado de la cordillera y como pegadas a la roca. La madre supo que ahí estaba su doncella, pues el viejo de aspecto desagradable

aparecía junto a una puerta y cuando él la vio, miró como si no pudiera creer lo que sus ojos contemplaban. Entró corriendo en la casa, de la que salieron más personas: otro hombre, moreno, delgado y de aspecto salvaje, y dos mujeres y un joven de porte perezoso, pero no la doncella.

La madre desmontó y se acercó, mientras los demás la miraban en silencio; devolviéles la mirada y sintió miedo. Jamás había vista gente como aquélla; las mujeres estaban desgredadas y sus caras aparecían ajadas y ennegrecidas por el sol y vestían mugrientas ropas. Los hombres presentaban parecido aspecto. Formaban un grupo. De la otra casa salieron dos niños de aspecto enfermizo, amarillentos por alguna fiebre, apergaminados y agrietados los labios, plagados de miseria sus cuerpos. Todos miraban en silencio; no dieron ninguna bienvenida, y sus ojos eran tan salvajes e inexpresivos como los de las bestias.

El corazón de la madre fue presa del miedo, y corrió hacia delante, gritando:

—¿Dónde está mi doncella? ¿Dónde habéis escondido a mi doncella?

Corría hacia ellos, mientras el hijo menor, vacilante, sostenía el ronzal del asno.

Entonces una mujer habló hoscamente y sus palabras no fueron comprendidas con facilidad, pues hablaba algún dialecto del Norte, y los sonidos se agarraban a sus dientes rotas, y nada de cuanto decía parecía claro.

—Has llegado a tiempo, ama de casa —dijo—. Ella ha muerto hoy.

—¡Muerta! —susurró la madre.

No dijo más. Su corazón se detuvo, paralizóse su respiración y desapareció su voz. Pero entró en la casucha más cercana y, allí, sobre una esterilla de carrizos, echada sobre el suelo, estaba su doncella ciega. Sí, allí yacía la doncella, quieta y muerta, vestida con las mismas ropas con que salió de su casa, pero no limpias, y remendadas ya. De sus vestidos nuevos no aparecía traza alguna, pues la habitación estaba vacía, exceptuando un montón de juncos y uno o dos toscos taburetes.

La madre se arrodilló junto a su doncella y miró la cara quieta y los ojos hundidos y la paciente boca. Y de pronto estalló en sollozos y se echó sobre la doncella, cogióle las manos, subiendo las rotas mangas y le miró los brazos. Luego recogió las perneras de los pantalones, mirando para ver si aparecían señales de golpes o heridas.

Pero nada había. No, la suave piel de la doncella estaba intocada, sus delgados huesos parecían intactos, y nada delator vio. Estaba pálida y lastimeramente delgada, pero siempre había sido delgada y la muerte es pálida, Entonces la madre inclinóse y olió la boca de su hija, intentando percibir el olor de algún veneno, mas no había olor alguno, excepto el de la muerte.

Sin embargo, la madre no podía creer que aquella muerte fuera natural. Volvióse hacia quienes desde la puerta la miraban en silencio y vio sus toscos y salvajes rostros, ninguno de los cuales conocía y gritóles entre grandes llantos:

—¡La habéis matado! ¡Bien sé que la habéis matado! Si no lo hicisteis, decidme

por qué murió mi doncella tan pronto después de haberse separado de mí llena de salud.

Entonces el maligno viejo a quien había odiado desde el primer momento en que le vio, sonrió y dijo:

—¡Cuida lo que hablas, ama de casa! No es cosa pequeña decir que nosotros la hemos matado y...

Pero la tosca mujer desgredada interrumpió gritando:

—¿Cómo murió? ¡Murió de un frío que cogió, siendo tan encanijada! ¡Así murió! —Escupió al suelo, y añadió, chillando—: ¡Era una doncella inútil y no sabía hacer nada! ¡Ni siquiera aprendió a coger el agua en el manantial sin tropezar y caerse o perder el camino!

La madre miró entonces y vio un pedregoso sendero que bajaba hasta un pequeño estanque al pie de un manantial, y gimió:

—¿Ése es el camino que dices? —Y al no contestarle nadie, gritó, presa de dolor—: ¡Le pegabais! ¡Sin duda todos los días pegabais a mi doncella!

—Busca y averigua si hay señales en su cuerpo. ¡Una sola vez le pegó mi hijo, porque se le acercó demasiado lentamente, pero sólo una vez! —replicó rápidamente la mujer.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó la madre con voz débil.

Los otros empujaron hacia delante al hijo y allí quedó, con los brazos colgantes, mirando, y la madre comprendió que era casi tonto.

Entonces la madre apoyó la cabeza en el pecho de la doncella muerta y lloró desenfrenadamente y con más vehemencia lloró aún cuando pensó en lo que la doncella había sufrido, debía de haber sufrido, en aquellas manos. Y mientras lloraba, la ira la rodeaba, la ira de aquellos que la miraban. Finalmente sintió que alguien la tocaba y levantó los ojos, viendo que era su hijo, que se inclinó sobre ella.

—Madre, corremos peligro aquí —susurróle—. Tengo miedo. No debemos quedarnos. Ya está muerta, madre; ¿qué más puedes hacer? Nos miran tan fieramente que no sé lo que nos harán. Apresurémonos a ir al pueblo para comprar algo de comer y luego seguiremos viaje a casa, esta misma noche.

La madre levantóse entonces sin ganas, pero al mirar vio que era cierto que aquella gente formaba compacto grupo y que había en ella algo inquietante también. No le gustó su aspecto ni las miradas que le echaban a su hijo. Sí, debía pensar en él. Que la mataran a ella, si querían, pero no a su hijo.

Miró una vez más a su doncella muerta, alisóle los vestidos y le colocó los brazos a los lados. Luego salió a la tarde que moría ya. Cuando la vieron más tranquila y disponiéndose a montar en el asno, el hombre, que no había hablado aún y que era el padre del hijo tonto, dijo:

—Mira, ama de casa; si no crees que seamos gente honrada, mira el ataúd que

hemos comprado para tu hija. Diez piezas de plata nos ha costado, que eran todas las que teníamos. ¿Crees que le hubiéramos comprado el ataúd si no la hubiéramos apreciado?

La madre miró entonces y allí, junto a la puerta, ciertamente había un ataúd, pero bien sabía ella que no valía diez piezas de plata, pues era tosco y estaba hecho de tapas sin pintar. Era un ataúd delgado como el papel, como el que cualquier pobre tiene. Abrió los labios, para contestar irritadamente y decir: «¿Ese ataúd? ¡Pero si la plata que yo misma di a mi doncella hubiera bastado para pagarlo!».

Pero no pronunció las palabras. Como si una nube fría ocultara el sol, su cuerpo todo se estremecía y comprendió que debía temer a aquella gente. Sí, aquellos dos hombres malignos, aquellas salvajes mujeres... Pero su hijo le tiraba de la manga, dándole prisa y por ello contestó con voz firme:

—Nada diré ahora. La doncella ha muerto y ni todas las iras del mundo, ni todas las palabras pueden devolverla a la vida. —Hizo una pausa y los miró a todos, añadiendo—: Ante el cielo y todos los dioses estáis; ¡que ellos juzguen lo que habéis hecho, sea lo que fuere!

Miró a uno y a otro, pero ninguno de ellos dijo nada y ella se volvió entonces y montó sobre el asno y el hijo se apresuró y condujo el animal por el sendero rocoso, volviéndose, tembloroso, para ver si les seguían.

—No descansaré hasta que volvamos a estar cerca de ese pueblo en el que hay tanta gente, pues tengo miedo.

Pero la madre no contestó. ¿Qué necesidad había de contestar? Su doncella había muerto.

Capítulo XVII

La madre estaba atontada por el dolor cuando desmontó del asno gris, aquella noche, frente a la puerta de su propia casa. Había llorado durante todo el camino de regreso, ya a voces, ya suavemente, y el hijo menor estaba fuera de sí con el llanto de su madre.

—¡Cesa ya en tu llanto, madre, o no podré soportarlo! —había gritado.

Pero cuando se hubo calmado durante algún tiempo para no afectar a su hijo, volvió a estallar en llanto y, finalmente, el joven apretó los dientes y murmuró salvajemente:

—¡Si el día hubiera llegado ya, si no fuéramos tan miserablemente pobres y los menesterosos tuvieran lo que les corresponde y pudieran defenderse, entonces podríamos pleitear por la vida de mi hermana! Pero, ¿de qué nos servirá intentarlo, si somos tan pobres y no hay justicia en la tierra?

—Cierto es que de nada nos sirve recurrir a la ley, puesto que no tenemos dinero para obtener justicia —dijo la madre entre sollozos—. Pero ni todo el dinero ni toda la justicia bajo el cielo me devolverían a mi doncella ciega.

Finalmente el hijo menor lloró también, pero no por su hermana ni tampoco por su madre, sino porque le dolían mucho los pies y estaba terriblemente cansado y todo su mundo estaba desquiciado.

Así llegaron finalmente ante su propia puerta. Cuando hubo desmontado del asno, la madre llamó a su hijo mayor con voz tan aguda y penetrante, que él salió corriendo.

—¡Tu hermana ha muerto! —gritóle.

Y mientras él la miraba casi sin comprender, la madre le hizo el relato de lo sucedido. Al oír su voz, otros salieron apresuradamente, para enterarse de las noticias, y así, en la oscuridad de la noche, se reunió casi toda la aldea. El hijo menor estaba medio desvanecido, apoyándose en el asno y, mientras su madre hablaba, apartóse del animal y se echó en el suelo, yaciendo en él desconcertado y apabullado por lo que había sucedido aquel día. Guardaba silencio mientras su madre lloraba y gritaba:

—Allí estaba mi doncella, muerta e ida para siempre —decía, mirando a los demás con ojos arrasados por las lágrimas—. Yo no la hubiera dejado ir, de no haber sido por esa esposa de mi hijo, de corazón frío, que le escatimaba un poco de carne y una florecilla en los zapatos. Temía lo que pudiera suceder a mi doncella ciega cuando yo muriera y ella estaba temerosa también, esa niña dulce y tierna, que jamás se hubiera separado de mí por su propia voluntad. ¿Qué le importaba un hombre o el matrimonio, a ella que tenía un corazón de niña y no deseaba sino estar en casa conmigo? ¡Oh, hijo, tu esposa ha hecho caer esta desgracia sobre mi! ¡Maldito el día

en que llegó y no me extraña que no conciba hijos, teniendo tan duro corazón!

Así gritaba la madre. Al principio todos la escuchaban en silencio, o lanzando pequeñas exclamaciones cuando comprendían lo sucedido por lo que ella decía en su llanto y entonces trataban de consolarla, pero no quería ser consolada. El hijo mayor nada decía y estaba con la cabeza caída, mirando al suelo, hasta que ella maldijo a su esposa y habló de los hijos que no concebía.

—No, madre —dijo con voz pausada y razonable—, ella no te pidió que mandaras a mi hermana a aquella casa. Lo hiciste tú misma rápidamente y sin decir una palabra a nadie, por lo que nos extrañó que no hubieses ido a ver por tus propios ojos la casa con la que la casabas. —Volvióse hacia su primo, preguntándole—: ¿No lo pensaste tú también así, primo? ¿Recuerdas que te dije lo sorprendidos que estábamos de que mi madre obrara tan rápidamente en este asunto?

El primo apartó la mirada, murmurando, con desgana, mientras mascaba una brizna de paja:

—¡Oh, sí, demasiado rápidamente!

Entonces su esposa, que tenía el hijo de un hijo en brazos, dijo tristemente a la madre:

—En verdad, hermana, que tú siempre eres algo precipitada y nunca preguntas a nadie si esto o aquello está bien hecho. No; antes de que cualquiera de nosotros sepa o imagine lo que vas a hacer, lo haces todo y luego quieres que digamos que has obrado bien. Siempre, toda la vida, has sido así.

La madre no podía soportar el reproche aquella noche, por lo que volvió su cara irritada hacia la esposa de su primo.

—Tú..., tú estás acostumbrada a ese despacioso hombre tuyo y si todos tenemos que ser considerados demasiado precipitados por alguien como él.

Durante un momento pareció que aquellas dos mujeres, que habían sido amigas toda su vida, se dirigían amargas palabras, pero el primo era hombre tan bueno y pacífico, que cuando vio que la cara de su esposa enrojecía y buscaba palabras para contestar muy amargamente, le gritó:

—¡Calla, madre de mis hijos! Ella está abrumada por el dolor de esta noche, y fuera de sí. —Y después de haber seguido chupando la brizna de paja durante un momento, añadió—: Cierto es que soy hombre reposado y así me lo han dicho muchas veces desde que nací y también me lo has dicho tú misma, madre de mis hijos... Si, soy despacioso.

Después de hablar paseó la mirada por sus convecinos, uno de los cuales habló animadamente:

—Si, buen hombre, eras en verdad hombre muy despacioso, lento de mente y lento en el hablar.

—Sí —contestó el primo, suspirando ligeramente y escupiendo después la

mordisqueada brizna de paja que chupaba, cogiendo luego otra del montón de gavillas cerca del que se encontraba.

Así se evitó la disputa. Pero la madre no se tranquilizó. De pronto sus ojos se posaron en la vieja murmuradora, que se encontraba entre la gente, con la boca abierta y la mirada fija, escuchando lo que se hablaba.

Al verla, la ira de la madre y su dolor renacieron y cayó sobre ella, pegándole en la cara y tirándole de los cabellos.

—¡Tú conocías a esa gente y sabías que su hijo es tonto y nunca lo dijiste! ¡Nos engañaste asegurando que era gente campesina como nosotros! ¡Y tampoco dijiste que mi doncella debería ir por aquel sendero pedregoso para recoger agua para todos ellos! ¡Tú tienes la culpa y juro que no descansaré hasta habértelo hecho pagar todo!

Siguió pegando y tirando del cabello a la vieja murmuradora, que no podía librarse de la agresión de la enfurecida madre, y nadie sabe lo que hubiera podido suceder, si el hijo mayor no se hubiera interpuesto entre ambas, ayudándole el hijo menor a sujetar a su madre, dando así lugar a que la vieja murmuradora pudiera huir, aunque cuando hubo recorrido alguna distancia se detuvo, para no quedar en entredicho, pero lo bastante lejos para sentirse segura.

—¡Sí! —gritó Pero tu doncella era ciega, y, ¿qué hombre sensato la hubiera querido? Te hice un favor, ama de casa, y éstas son las gracias que me das.

Se golpeó el pecho al hablar, mostrando los arañazos que tenía en la cara, y empezó a llorar, preparándose para una disputa de la que saliera mejor librada.

Pero los aldeanos la hicieron retirarse y los hijos llevaron a la madre a la casa, obligándola suavemente, mientras seguía aún llorando. Estaba deshecha y finalmente les dejó que la condujeran a la habitación. Después de hacerla sentar, la esposa del hijo le llevó una escudilla de agua muy caliente y calmante, que había puesto al fuego mientras se desarrollaba la pelea. Mojó un trapo en ella y enjuagó la cara de la madre y las manos, preparó té y dispuso la cena.

Poco a poco, la madre se calmó y lloró más silenciosamente, suspiró, sorbió un poco de té, cenó y finalmente miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi hijo menor? —preguntó.

El joven se acercó entonces, y la madre vio la mortal palidez de su rostro, por su gran fatiga. Le hizo sentar a su lado en el banco, para que comiera y descansara.

—Duerme a mi lado, hijo mío, esta noche, en el jergón donde dormía tu hermana. No podría soportar verlo vacío esta noche.

El hijo menor obedeció, durmiéndose pesadamente en el momento mismo en que se echó.

Pero ni siquiera cuando la casa estaba en silencio pudo la madre dormir mucho rato. Estaba terriblemente fatigada por el largo viaje y la enorme pesadez de su corazón, y lo único que la consolaba era oír la profunda respiración de su hijo,

durmiendo a su lado. Y pensó en él entonces con nuevo amor. «Debo hacer más por él. Es lo último que me queda. Debo casarle y construiremos una nueva habitación en esta casa. Tendría una habitación para él y su esposa, y entonces, cuando lleguen los niños... Si, debo encontrarle una esposa buena y lozana, para que tengamos niños en la casa».

Y ese pensamiento de niños que no habían nacido aún era el único consuelo que podía ver en la vida que le quedaba.

Sin duda, ni siquiera pudo vivir tranquila con aquel consuelo, pues su vieja fluxión volvió a apoderarse de ella, y la dejó débil como la muerte..., demasiado débil para condolerse. Permaneció muchos días en su yacija, purgado el corazón y el cuerpo, yacentes toda su pena y su consuelo, porque no era lo bastante fuerte para afligirse o esperar. Muchos fueron a animarla, sus vecinos y la esposa del primo.

—Ama de casa, después de todo, la doncella era ciega —decían unos.

—Ama de casa, lo que el cielo nos manda no puede ser cambiado por nosotros y de nada sirve afligirse en esta vida —decían otras.

—Recuerda a tus buenos hijos —insistían unos terceros.

Cierto día, cuando la esposa del primo le dijo estas palabras, la madre contestó débilmente:

—Sí, pero la esposa de mi hijo mayor no concibe y mi hijo menor no quiere casarse.

—Dale un año o dos a la esposa del hijo mayor —repuso animadamente la esposa del primo—, pues algunas veces, prima, cuando han pasado siete años de esterilidad, la mujer vuelve a su verdadera naturaleza y pare muchos buenos hijos, pues así lo he visto yo. Si tu hijo menor dice que no quiere casarse, debe tener un amor en alguna parte, y nosotras hemos de averiguar quién es y si es conveniente que se case con ella o no. Si, ciertamente ha encontrado un amor, como sucede a los hombre jóvenes en estos tiempos, pues juro que jamás ha habido un hombre en todo el mundo que no quisiera casarse.

Entonces la madre habló en un susurro:

—Acercas tu oreja a mis labios, hermana —cuchicheó, y cuando la esposa del primo lo hubo hecho añadió: Puesto que la pena no me abandona y todo me sale mal, algunas veces creo que es por aquel viejo pecado mío, que los dioses conocen. ¡Quizás el cielo no quiere darme nietos!

Cuando pensó esto, cerró los ojos y dos grandes lágrimas asomaron entre sus cerrados párpados. Pensó en todos sus pecados, no sólo en aquel que la esposa del primo conocía, sino en las muchas veces que había dicho que era viuda y en las cartas que ella misma mandaba escribir y en todas las mentiras. No consideraba esas mentiras como verdaderos pecados, puesto que todo el mundo debe mentir un poco de vez en cuando para salvaguardar el honor, pero el pecado estaba en que había

mentido, diciendo que su hombre había muerto. Al pensar en ello, parecíale como si hubiera levantado la mano, haciendo que la muerte cayera sobre él y había utilizado la mentira de su muerte esperando que otro hombre quisiera tomarla. Así todos aquellos pecados suyos, tan viejos que los olvidaba durante muchos días seguidos cuando estaba bien, volvían a ella, más pesados que nunca en aquellos momentos en que se encontraba débil y llena de dolor, porque no podía hablar de ellos; sino que debía sobrellevarlos, y también más pesados porque era mujer bien considerada por sus vecinos.

Apenóse tanto que nada la alegraba, excepto tener al hijo menor cerca de ella. Sí, aunque la esposa del hijo mayor la cuidaba cumplidamente y le llevaba la comida caliente cuando la pedía, e incluso andaba una o dos millas hasta otro pueblo para buscar una cuajadura que hacían allí con habas y aunque la madre se apoyaba en ella para todo y la llamaba incluso cuando quería cambiar de posición en la yacija, a pesar de todo ello la esposa del hijo no era consuelo alguno para la madre. A menudo, cuando la esposa del hijo más se esforzaba, la madre la regañaba porque sus manos estaban frías o su cara era muy amarilla y la miraba con ojos hostiles, como un niño enfadado. Sin embargo, lo único que la madre reprochaba a la esposa del hijo era que no diera niños a la casa. Pero no volvió a hablar de ello, creyendo que en sus propios pecados se encontraba tal vez la causa de aquello.

Finalmente se levantó de su yacija, y cuando el otoño hubo pasado, la agudeza de su dolor desapareció con él. Estaba triste todo el día, pero no frenética ya, y podía pensar en su doncella sin sentir tan terrible pena. Y por fin incluso dijo a su propio corazón. «¡Ay, tal vez lo que dicen sea verdad! ¡Quizá sea mejor que mi doncella haya muerto! Hay muchas cosas peores que la muerte».

Y se aferró a ese pensamiento.

Toda la aldea la ayudó. Nadie hablaba más de la doncella en su presencia y posiblemente en ninguna parte, pues nada hay que deba ser recordado en una doncella ciega y hay muchas cosas en otros sitios. Al principio no hablaban de ella delante de la madre, para ahorrarle ese dolor y luego no lo hacían en ninguna parte, porque no había nada nuevo que decir y porque llegaron noticias de otras cosas y gentes y la vida de la doncella había acabado.

Durante algún tiempo la viuda murmuradora acercóse a donde estaba la madre, cuidando de no quedar a solas con ella, pero cuando vio lo débil que estaba después de levantarse del lecho, animóse entonces y la saludaba como siempre había hecho.

Y la madre dejó que el pasado guardara silencio, excepto en su propio corazón.

Capítulo XVIII

Después pareció como si el corazón de la madre encontrara algún consuelo; pues en la primavera de aquel año el hijo menor volvió a casa.

—He venido para quedarme algún tiempo, madre —dijo—. No sé cuánto, pero será por lo menos hasta que tenga que volver a partir.

Cuando ella se alegró, el hijo no hizo comentarios, y casi no parecía el mismo. Estaba tan quieto, sin cantar nunca ni gastando bromas ni hablando alegremente como solía hacer, que el corazón de la madre se preguntó si estaría enfermo o le turbaba alguna cosa secreta. Mas cuando habló de ese temor a la esposa del prima, la otra contestó tranquilamente:

—Tal vez está saliendo de la niñez. ¿Cuántos son sus años ahora? Creo que los mismos que mi quinta hija, que son veinte, y casi veintiuno, y cuatro son los de su matrimonio. Si, cuando los años son veintiuno, no se está ya en la niñez y los hombres no debieran jugar y bromear como antes, aunque recuerdo que el hombre tuyo jugó y bromeó hasta el último día que le vi.

—Sí —repuso la madre, suspirando.

Muy débil era entonces en ella el recuerdo de su hombre, mezclado con el de su hijo menor. Y algunas veces, cuando intentaba recordar, no podía ver la cara de su hombre, porque en su lugar aparecía la de su hijo.

Después de nueve días, el hijo menor partió tan rápidamente como llegara y casi en secreto, aunque nadie supo cómo recibió el mensaje ordenándole que marchara. Pero se fue, llevándose sus pocas ropas en una caja de cuero que tenía. Su madre penó al verle partir.

—Pensé que habías venido para quedarte, hijo —díjole.

—Volveré, madre —repuso él.

Parecía secretamente contento y ansioso por alejarse de la aldea.

Desde entonces siempre estuvo alegre. Llegaba y partía sin avisar. Presentábase cualquier día, con el paquete de ropas debajo del brazo. Durante un día o dos holgazaneaba por la aldea, sentábase en la casa de té y hablaba largamente de lo malos que eran los tiempos y de la falta de justicia, y de cómo un día todo sería mejor. Los hombres le escuchaban, mirándose en silencio, sin comprender. El hostelero se rascaba la grasienta cabeza, y decía:

—¡Juro, vecinos, que esto me suena a charla de ladrones!

Pero le dejaban en paz para no apenar a su madre y a su buen hermano, pensando que hablaba como un niño aún y que cambiaría cuando se casara y viviera como un hombre.

Sin embargo, cuando llegaba a la casa, el hijo menor holgazaneaba y a veces intentaba ayudar a su hermano en alguna tarea ligera, aunque entonces el hermano

mayor decíale burlonamente:

—Te doy las gracias, hermano, pero ya estoy acostumbrado a trabajar sin ti.

El hermano menor lo miraba en su forma descarada, pues era muy atrevido desde hacía algún tiempo, pero no discutía, sino que reía fríamente, diciendo:

—Como quieras, hermano mayor.

Escupía al hablar y quedaba tan tranquilo, que el hermano casi estallaba de ira y gustosamente le hubiera dicho que no regresara nunca a la casa, de no haber sido porque un hombre no puede hablar así a su hermano y seguir siendo bien considerado por sus vecinos.

Sin embargo, la madre no veía falta alguna en él, ni siquiera cuando hablaba de aquella forma con ella y atacaba a su hermano mayor.

—Juro que esos pequeños propietarios que deben arrendar tierras para poder vivir, esos hombrecitos, son tan pequeños y orgullosos, que merecen lo que sobre ellos caerá algún día, cuando la tierra sea propiedad común y nadie pueda utilizarla para sí mismo.

La madre no comprendía de esas palabras sino las primeras, y hablaba quejosamente:

—Sí, también yo creo algunas veces que tu hermano es demasiado orgulloso y además su esposa es estéril.

Todo cuanto el hijo menor decía, parecía sensato a la madre, que se aferraba a él. Convertía en fiesta cada una de sus llegadas y de buena gana hubiera matado para él una gallina a diario, para prepararle mejor comida que la acostumbrada. Pero no podía hacerlo. Las gallinas eran de su hijo mayor y sólo cabía sustraer un huevo o dos y guardarlos para el hijo menor, poniéndolos secretamente en agua hirviendo para su cena, añadiendo al plato un poco de azúcar, que de alguna manera había ahorrado.

Cuando podía hacerse con alguna pequeña golosina o iba a una casa de la aldea a visitar a una vecina y en vista de su edad le daban un melocotón o una niéspola seca o un pastelillo, lo guardaba para el hijo menor. Vigilaba esas minucias para que no se estropearan y las guardaba todo el tiempo que podía. Cuando su hijo menor tardaba en volver a casa, y ella debía comerlas antes de que se echaran a perder, no sentía placer alguno en ello, a pesar de que le gustaba comer. A menudo abría el cajón donde guardaba tales cosas y contemplaba aquellas pequeñas golosinas pensando: «No viene; no está aquí. Si tuviera un nieto, podría darle estas cosas cuando mi hijo no viniera a casa. A nadie tengo, si mi hijo no viene».

Muchas horas del día pasaba sentada, mirando el camino vecinal, esperando verle aparecer, y si percibía la figura de un hombre corría lo más rápidamente posible y, si aquel hombre era su hijo, cogía su mano cálida y suave, entre las suyas huesudas y secas, y le llevaba al interior de la casa, donde le servía cuidadosamente el té que la esposa del hijo mayor guardaba para ella. Entonces, riendo de placer, sacaba las

pequeñas golosinas que había guardado. Sentábase luego y le miraba amorosamente, mientras él elegía lo que había de llevarse a la boca. Algunas veces volvía la nariz, diciendo:

—Este dulce está enmohecido, madre.

Y otras parecía reprocharle:

—Nunca me gustaron los pasteles de harina de arroz tan secos como éste.

—¿Está demasiado seco, hijo mío? —preguntaba la madre, apenada—. Pensé que quizá te lo comerías así.

Si él lo rechazaba, comíalo ella, para no desperdiciarlo, sufriendo porque no era lo bastante bueno para su hijo.

Luego, cuando él había comido, la madre sentábase para escuchar lo que él tenía que decirle. Jamás contestaba él todas sus preguntas plenamente como ella hubiera deseado, y cuando le apremiaba, el hijo parecía tener prisa por alejarse. La madre aprendió a no decir nada cuando le veía de esa forma y el hijo valíase de esta treta cuando no quería hablar. Como al envejecer volvíase la madre más olvidadiza y era más fácil desviar la conversación al hablar de ella, para lograrlo el hijo menor contábale algo que había visto: un titiritero que dejaba que una serpiente se le metiera por la boca y luego la sacaba tirando de la cola, o una mujer que había dado a luz un hijo con dos cabezas, que mostraba por una moneda de cobre a quienes querían verlo, o alguna cosa rara como a menudo se ven en las ciudades.

La madre se divertía con esas charlas y lloraba cuando el hijo menor marchaba, contando después aquellas maravillas al hijo mayor y a la esposa del hijo. Una vez, mientras les hacía uno de esos relatos, el hijo mayor estaba inclinado sobre una vasija de barro, lavándose la cara después de trabajar en los campos y levantó la cabeza con el rostro mojado, diciendo amargamente:

—Si, pero él no te da de comer, ni nada hace por ti, sino arrojarte una moneda pequeña como se hace con un mendigo. Viene aquí y come y nunca coge el azadón o el arado y sólo cuenta esas historias, pero para ti es más que...

Volvió a inclinar la cabeza lavándose ruidosamente, sin querer escuchar la contestación.

Pero eso era cuanto ella sabía de su hijo menor. Conocía su cuerpo ágil y bonito y la palidez dorada de su piel, como la de los hombres de la ciudad, distinta de la atezada de los campesinos y las largas uñas de sus dedos meñiques y sus dientes blancos y su cabello negro y brillante, que dejaba crecer largo junto a las orejas y la forma en que movía la cabeza para que el sedoso cabello no le cayera sobre los ojos.

Si, y conocía y amaba su sonrisa fácil y sus ojos atrevidos y su indiferencia por la plata y cómo se llevaba la mano a la cintura y le daba cuanto tenía, y si nada tenía le pedía a ella y más que él le diera gustaba ella de coger lo que tenía y dárselo. Cuando él le daba, guardábalo ella para entregárselo cuando él lo necesitara. Era el mejor uso

que jamás había encontrado para sus pequeños ahorros.

Capítulo XIX

Pero un día no llegó, a pesar de haberlo dicho. ¿Cómo sabría ella, con tanta seguridad, que llegaría? Porque tan sólo tres días antes habíase presentado secretamente en la casa, de noche, cruzando los campos en lugar de hacerlo por el camino vecinal, y arañó ligeramente la puerta de su madre, por lo que ella temió abrir, creyendo que podría tratarse de ladrones. Cuando se disponía a gritar, oyó su voz que hablaba bajo y rápidamente y por suerte las gallinas se agitaron junto a su jergón, donde dormían, evitando así que el hijo mayor y su esposa se dieran cuenta de lo que sucedía.

Levantóse entonces lo más aprisa que pudo, vistiéndose a oscuras y buscando a tientas la vela y, cuando abrió silenciosamente la puerta pues sabía que su llegada a tal hora y de semejante forma debería ser algo secreto, le vio con otros dos hombres de su misma edad, vestidos de negro, al igual que él en aquellos tiempos. Llevaban un gran paquete envuelto en papel y amarrado con una cuerda. Cuando ella abrió la puerta teniendo la vela en la mano, el hijo menor la apagó, pues había luna y se veía bastante sin necesitar otra luz.

La madre lanzó una suave exclamación de placer al verle.

—Hay algo mío que quiero dejar debajo de tu yacija, madre —dijo el hijo menor—, entre las ropas de invierno que guardas allí. No digas nada de ello, pues no quiero que nadie sepa que está aquí. Vendré a buscarlo.

El corazón de la madre se estremeció ligeramente al oír esas palabras, y miróle y habló quedamente, como él lo hiciera.

—Hijo, espero que no sea una cosa mala... Espera que no hayas cogido algo que no es tuyo...

—No, no, madre —repuso él apresuradamente—; no es nada robado, lo juro. Son algunas pieles de cordero que he tenido ocasión de comprar muy baratas, pero mi hermano me lo reprocharía, como me lo reprocha todo y no tengo dónde guardarlas. Las compré muy baratas y tú tendrás una el próximo invierno para abrigarte. ¡Todos llevaremos ropas buenas el próximo invierno!

La madre sintióse grandemente complacida entonces y le creyó cuando él lo dijo que no era nada robado, constituyendo una alegría para ella compartir un pequeño secreto con aquel hijo suyo.

—¡Oh, si, confía en mí, hijo! —exclamó—. Hay muchas cosas en esta habitación que mi hijo y la esposa de mi hijo ignoran.

Entonces los dos hombres entraron el paquete y lo empujaron silenciosamente debajo de la yacija. Las gallinas cacarearon y el búfalo despertóse y empezó a rumiar.

Pero el hijo no quiso quedarse y cuando la madre vio su prisa se extrañó, pero dijo:

—Ten la seguridad de que las guardaré bien, hijo mío; pero, ¿no habría que airearlas y asolearlas para protegerlas de la polilla?

—Sólo es por un día o dos —repuso él con indiferencia—, pues nos trasladamos a un lugar mayor y entonces tendré una habitación grande sólo para mí.

Cuando oyó hablar de una habitación grande, acudió a su mente el pensamiento del matrimonio del hijo menor, que nunca la abandonaba, y le llevó algo aparte de los otros dos, mirándole con súplica en los ojos. Era la única cosa en él que no le gustaba. No quería que ella le casara. Bien sabía la madre que en el hijo había sangre ardiente, pues en él veía reflejarse los propios calores de su juventud y sabía que había de calmarlos de alguna manera. Mejor sería que se casara con una doncella limpia y que le diera nietos. Pero incluso en la prisa del momento, cuando él ansiaba marchar y los otros dos esperaban entre las sombras junto a la puerta, puso una mano en la del hijo y hablóle en un susurro:

—Hijo, ¿por qué no dejas que te busque una doncella, si has de tener tanto sitio? Te buscaré la más bonita que encuentre. O si tú sabes una, dímelo entonces y pedirá a la esposa del primo que se encargue de tramitar la boda. Yo no te forzaría, hijo, la que te gustara me gustaría a mí también.

Pero el hijo movió la cabeza para sacudirse los largos mechones y miró hacia la puerta, tratando de soltarse de su mano. Mas la madre cogíale con firmeza.

—¿Por qué has de desperdiciar tus buenos calores en hierbajos aquí y allí, hijo mío, y no me das nietos? La esposa de tu hermano es tan fría que creo que nunca habrá niños sobre mis rodillas, a menos que seas tú quien los ponga en ellas. Eres como tu padre y bien sé yo cómo era él. Siembra tu simiente en tu propia tierra, hijo mío, y recoge la cosecha para tu propia casa.

El hijo menor rio silenciosamente y sacudióse otra vez los mechones de pelo de sus ojos brillantes.

—Las mujeres viejas como tú, madre —dijo suavemente— sólo piensan en bodas y nacimientos, y nosotros..., nosotros, los jóvenes de hoy, hemos descartado todo ese... ¡Hasta dentro de tres días, madre!

Se separó de ella entonces, y marchó, cruzando con los otros dos los campos débilmente alumbrados por la luna.

Pero pasaron los tres días y no llegó. Y tres más llegaron y pasaron, y tres más aún y la madre asustóse, pensando que algún mal podía haberle ocurrido a su hijo. Durante aquel último año no había la madre ido mucho a la ciudad, y así esperó, malhumorada con cuantos se acercaban a ella, no osando hablar de sus temores, ni tampoco alejarse de su habitación, no fuera la esposa del hijo a descorrer las cortinas y viera el bulto debajo de la cama.

Una noche, al no poder dormir a causa de sus amiantos, se levantó, encendió la vela y miró debajo de la yacija. Allí estaba la cosa, envuelta en papel fuerte, grande y

cuadrada, atada con una cuerda de cáñamo. La tocó, notando que había algo duro en su interior, que no parecía ser pieles de cordero.

—Habría que asolearlas, si son pieles de cordero —murmuró pensando que se estropearían si entraba la polilla y roía las buenas pieles.

Pero no osó abrir el paquete. Y su hijo no venía.

Así transcurrieron los días, hasta que pasó un mes. La madre estaba casi fuera de sí y lo hubiera estado completamente, de no haber sido porque algo sucedió que apartó aquellos temores de su mente. Era lo único que no hubiera imaginado en aquellos tiempos: la esposa de su hijo había concebido.

Sí, después de todos aquellos años fríos, la mujer fue lo que debía ser y cumplió con su deber. El hijo mayor se dirigió a su madre con aire de importancia, cierto día, y le dijo con amplia sonrisa:

—Madre, tendrás un nieto.

La madre salió del profundo ensimismamiento en que pasaba sus días, y le miró con ojos algo opacos.

—Hablas como un tonto —contestó la madre desabridamente—. Tu esposa es fría y estéril como una piedra. Y yo no sé dónde está mi hijo menor, que derrama su buena semilla en cualquier parte y no quiere casarse y ahorrarla.

Entonces el hijo mayor tosió.

—La esposa de tu hijo ha concebido —afirmó claramente.

Al principio, la madre no quería creerle. Miró a aquel hijo mayor suyo y luego gritó apoyándose en su bastón para levantarse.

—¡No ha concebido! ¡Nunca lo creeré!

Pero por la cara del hijo vio que era verdad y se levantó, caminando después lo más rápidamente que le era posible, hasta encontrar a la esposa del hijo, que estaba cortando puerros en la cocina.

—¿Tienes por fin algo en tus entrañas? —preguntó, mirando a la mujer.

La esposa asintió, sin abandonar su trabajo, enrojecidas las mejillas, y la madre supo entonces que era verdad.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Dos lunas y más —contestó la joven esposa.

Entonces la madre se irritó profundamente al pensar que no se lo habían dicho antes y gritó, golpeando el suelo con el bastón.

—¿Por qué no me has dicho nada, a mí que he pasado todos esos años anhelando, desfalleciendo y codiciando semejante noticia? ¡Dos lunas! ¿Habrá habido alguna vez una mujer tan fría como tú, que no me hubiese dado la noticia el mismo día en que lo supo?

La esposa cesó por un momento en su trabajo y habló con su acostumbrado cuidado.

—No lo hice por temor a estar equivocada y causarte un dolor mayor que si no te diera esperanza alguna.

Pero la madre no quería aceptar las palabras de la esposa del hijo, y escupió al suelo, al replicar:

—¿Y crees que con los hijos que yo he tenido no hubiese podido decirte si estabas equivocada o no? Tú crees que la edad me ha vuelto niña y estúpida. Yo sé lo que tú piensas, si, lo demuestras continuamente.

La esposa del hijo no contestó. Apretó los labios, aquellos labios plenos y pálidos y sirvió una taza de té de una jarra de tierra que estaba allí, sobre la mesa y condujo a la madre a su lugar acostumbrado, junto a la pared.

La madre no podía sentarse y guardar para sí aquella noticia. No; había de ir a contárselo al primo y a la mujer del primo, que estaban en su casa sentados, pues en aquellos tiempos los hijos hacían el trabajo —los tres que habíanse quedado en la tierra, pues los otros marcharon a otras partes para ganarse la comida— y el primo hacía lo que podía aún, siempre ocupado en alguna pequeña tarea: Pero ni siquiera el podía trabajar como antes lo hiciera. En cuanto a su esposa, dormía pacíficamente todo el día, excepto cuando despertaba, alarmada por el llanto de algún nieto.

La madre cruzó la calle y la despertó rudamente, gritándole:

—¡Juro que tú no serás la única abuela! ¡Unos meses más y también yo tendré un nieto!

La esposa del primo despertó lentamente entonces, sonriendo y humedeciéndose los labios, que el sueño había secado, y abrió sus ojos pequeños y plácidos.

—¿Si, prima? ¿Se casará tu hijo menor?

—No, no es eso —repuso la madre, cuyo corazón se encogió ligeramente.

El primo la miró desde donde estaba sentado en un bajo taburete de bambú, retorciendo cuerdas de paja, para que los gusanos de seda hicieran en ellas sus capullos, puesto que era la temporada en que los hacen.

—¿La esposa de tu hijo, pues, prima? —preguntó con voz seca.

—Si —asintió la madre, satisfecha, recobrando su alegría.

Sentóse para contarlo, pero no quería aparecer demasiado alegre y ocultaba su placer con quejas.

—Ya era tiempo también. He estado ocho años esperando, y si hubiera sido rica, le hubiese buscado otra mujer, pero pensé que mi hijo menor tendría su oportunidad antes de que yo le diera otra mujer a mi hijo mayor y el matrimonio cuesta mucho hoy, incluso para una segunda esposa, si es decente y no procede de un lugar malo. La esposa de ese hijo mío ha sido siempre una mujer muy lenta y llena de un temperamento frío como el de una serpiente.

—Pero no es malo su temperamento, ama de casa —repuso el primo con justicia—. Ella ha trabajado siempre bien y cuidadosamente. Ahora tienes los patos y gansos

en el estanque, y antes no los tenías, y apareó el búfalo y tienes ahora uno joven además y tus gallinas son el doble, ya deben ser diez o doce, además de las viejas que has vendido todos los años.

—No, no es mala —admitió la madre a regañadientes—, pero hubiese preferido que no hubiera utilizado otros calores que los de las bestias y las gallinas.

La esposa del primo habló bondadosamente, pero siempre llena de sueño, y bostezó al hablar:

—Sí, es diferente de ti, prima; mujer plenamente ardiente has sido tú, y muy trabajadora. Cuando no tienes la fluxión, me maravilla la manera como caminas tan rápidamente; me asombra porque yo sólo puedo ir del banco a la mesa y de la mesa a la cama, estos días.

Y el primo observó, con admiración:

—Sí, y yo no puedo comer ni la mitad de lo que comía y a ti te veo sentada allí, gritando para que te vuelvan a llenar la escudilla.

—Sí, como siempre —repuso con modestia—. Tres escudillas y a veces cuatro, y puedo comer todo lo que no sea muy duro, pues los dientes de delante se me cayeron, y estoy muy bien cuando no tengo la fluxión.

—Una mujer vieja muy sana —murmuró la esposa del primo.

Y luego durmió un poco más y despertó nuevamente y vio que la madre estaba allí aún.

—¿Un nieto, dijiste? —preguntó, sonriendo somnolienta—. Nosotros tenemos siete ahora, sin contar las nietas.

Luego quedó dormida una vez más.

La noticia llenó los días que habían estado vacíos, porque el hijo menor no llegaba y calmó la espera de la madre, que pensó que su hijo llegaría algún día.

Pero no todo era gozo, tampoco. La madre pensó que en cada una de las alegrías había siempre algo que la estropeaba. Temió que el nieto que esperaba fuera niña, y al pensar en eso murmuraba: «Sí mi destino malo podría hacer que fuera niña». En su ansiedad hubiera querido ir a pedirle a la poderosa diosa que hiciera que fuera niño lo que había de llegar, sobornándola con una túnica roja nueva o unos zapatos, pero no osaba ir, temiendo que la diosa recordara aquel viejo pecado suyo. Asustábale pensar que su viejo pecado no hubiera sido expiado aún, y que si la diosa la veía y le oía hablar de nietos, pudiera recordar todo aquello, y en su ira matar al ser que crecía en las entrañas de la esposa del hijo. «Será mejor que no vaya y no me deje ver —pensó—. Si no voy a decirle que llegará un nieto, puede olvidar que durante mucho tiempo no he ido a ver a los dioses y entonces será tan sólo el nacimiento de otro mortal y no el de mi nieto y puedo esperar que sea niño». Volvióse intranquila y llena de pesadumbre y se dijo que si el nieto era una alegría, asimismo era una nueva puerta por la que podría entrar el dolor, como lo son todos los niños. Al pensar en eso o en

que el nieto podía nacer muerto o malformado o tonto o ciego o niña, o cualquiera de esas cosas, odiaba a los dioses y diosas que tenían poder para mutilar a los mortales. «¿No he sido ya más que castigada por los pecadillos que pude cometer? ¿Quién hubiera podido pensar que los dioses sabrían lo que hice aquel día? Sin duda aquel viejo dios en el templete olió el pecado y se lo dijo a la diosa, aunque le cubrí los ojos. Permaneceré alejada de los dioses, vieja pecadora que soy, pues aunque quisiera no sabría cómo expiar aquello más que lo he hecho ya. Juro que si pesaran las alegrías y penas que he tenido en toda mi vida, las penas harían caer el platillo de la balanza como si fueran piedras, y las alegrías no serían más que cardos, pues tan pocas son las que he tenido. No alumbré el hijo y he visto morir a mi doncella, ciega aún. ¿No sirven las penas para expiar? ¡Ay! He estado muy llena de penas toda mi vida, y siempre he sido pobre. Pero los dioses no conocen la justicia».

Tristemente pensaba que tenía que soportar dos penas entonces: el temor de que su nieto no fuera sano o naciera niña y la continua espera de aquel hijo menor que no llegaba. Algunas veces pensaba que su vida no estaba ya compuesta sino de espera: había esperado el regreso de su hombre inútilmente, y ahora esperaba a su hijo y a su nieto.

Sin embargo, debía albergar esperanzas. Cuando alguien iba a la ciudad, a su regreso preguntábase:

—¿Has visto a mi hijo hoy en alguna parte? E iba de una casa a otra, en la aldea, inquiriendo:

—¿Quién fue a la ciudad hoy?

Y cuando alguien le decía que había ido, ella volvía a preguntar:

—¿Has visto a mi hijo hoy, buen hombre? Los hombres y mujeres de la aldea se acostumbraron, durante aquellos días de espera, a esa pregunta, y cuando levantaban la vista y la veían apoyada en el bastón que su hijo había hecho con una rama de sus propios árboles y oían la vieja y temblorosa voz preguntar: «¿Has visto a mi hijo hoy, vecino?», le contestaban con bondad: «No, no, buena madre. ¿Cómo podríamos verle en el mercado a donde vamos, si él es como dices que es, que vive de los libros?».

Entonces ella alejándose, despojada una vez más de su esperanza, murmurando:

—No lo sé... Creo que tiene que ver con libros en alguna parte.

Los otros reían, y para seguirle el humor contestabas:

—Si algún día pasamos por un lugar donde vendan libros, miraremos para ver si está detrás del mostrador.

Y así regresaba la madre a la casa para esperar y preguntarse si las polillas habrían comido las pieles de cordero.

Pero un día, después de muchas lunas, llegaron noticias. La madre estaba sentada junto a la puerta, como siempre, sosteniendo su larga pipa en la mano, pues acababa

de dar fin a su comida de mañana. Contemplaba cómo el sol se levantaba sobre las redondeadas colinas y esperaba que su calor llegara hasta ella, pues las mañanas de otoño eran frescas. Entonces llegó un hijo de su primo, el mayor, y se dirigió a su propio hijo mayor, que se ataba la correa de la sandalia, y le dijo algo en voz baja.

Preguntóse qué sucedería. Había visto al hijo mayor dirigirse a la ciudad al amanecer, pues no se encontraba a gusto en la cama cuando estaba bien, acostumbrado a levantarse con el alba toda su vida. Le había visto marchar a la ciudad con unas cargas de hierbas recién cortada. Había regresado muy pronto y se disponía a llamarle para preguntarle si había vendido ya toda la hierba, cuando vio que su hijo mayor levantaba la cabeza y gritaba:

—¿Mi hermano?

Sí, los agudos oídos de la madre percibieron aquellas dos palabras, pues no estaba sorda.

—¿Qué le pasa a mi hijo menor? —preguntó rápidamente.

Los dos hombres seguían hablando excitadamente, mirándose con ansiedad.

La madre no pudo soportar aquello y se levantó, yendo hacia ellos renqueando y golpeando el suelo con el bastón.

—¡Háblame de mi hijo! —gritó.

El hijo del primo se alejó sin pronunciar palabra alguna, mientras el hijo mayor decía, con voz vacilante.

—Madre, pasa algo. No sé lo que es..., pero, madre, debo ir a la ciudad para averiguarlo y decírtelo después...

La madre no quería dejarle ir. Agarrábase a él y gritaba:

—¡No irás hasta que me lo digas!

Al oír los gritos, la esposa del hijo salió de la casa.

—Díselo —observó—, pues de lo contrario enfermará de irritación.

—Mi primo dijo —empezó el hijo mayor, lentamente— que esta mañana vio a mi hermano con muchos otros y que tenía las manos atadas a la espalda con cuerdas de cáñamo y que sus vestidos eran harapos y que pasó junto a la plaza del mercado a donde mi primo había llevado la hierba para vender y que había una larga hilera de unos veinte o treinta. Cuando mi hermano le miró volvió los ojos a otra parte, pero mi primo preguntó y los guardias que caminaban junto a ellos dijeron que eran comunistas que mandaban a la cárcel, para matarlos mañana.

Entonces los tres se miraron mutuamente y la barbilla de la madre empezó a temblar.

—He oído esa palabra —dijo—, pero no sé qué significa.

—Yo se lo pregunté a mi primo, que se lo había preguntado al guardia, el cual había contestando que es una nueva clase de ladrones que existe hoy —repuso el hijo mayor, hablando lentamente.

La madre pensó entonces en aquel paquete escondido tanto tiempo debajo de su yacija y empezó a gemir y cubrióse la cabeza con el vestido.

—Debí haberlo sabido aquella noche —dijo—. ¡Oh! ¡El paquete debajo de mi cama es lo que robó!

El hijo y la esposa del hijo la cogieron al oír esas palabras, miraron a su alrededor y la llevaron precipitadamente al interior de la casa.

—¿Qué quieres decir, madre?

La esposa del hijo levantó la cortina que ocultaba la cama y miró al hombre, que se acercó a ella, mientras la madre señalaba el paquete con el dedo, gimiendo:

—No sé lo que contiene..., pero él lo trajo una noche... y me dijo que lo guardara secretamente una día o dos... y no ha vuelto..., no ha vuelto...

El hombre cerró la puerta entonces y la atrancó, y la mujer cubrió la ventana con una tela. Juntos sacaron el paquete y soltaron las cuerdas.

—Dijo que eran pieles de cordero—murmuró la madre.

El hijo y la esposa del hijo nada dijeron y nada creían tampoco de lo que ella decía. Podía contener cualquier cosa aquel paquete y casi esperaban que fuera oro, cuando vieron lo pesado y duro que era.

Pero al abrirlo, sólo vieron libros, todos pequeños e impresos con tinta negra y muchas hojas de papel, algunas con las más extrañas pinturas de sangre y muerte y gigantes aporreando a hombrecillos o acuchillándolos. Cuando vieron esos libros, los tres se miraron, sin saber qué significaba aquello, ni comprender por qué un hombre habría de robar y ocultar simple papel marcado con tinta.

Por más que miraban, no alcanzaban a comprender su significado. Ninguno de ellos sabía leer y casi ni siquiera podían interpretar aquellos dibujos, excepto que eran de cosas sangrientas, de hombres apuñalados y agonizando y otros despedazados y que todo ello representaba odiosas cosas sangrientas, que únicamente ocurren donde hay ladrones.

Los tres se sintieron presos del terror, la madre por su hijo y los otros dos por ellos mismos, no fuera alguien a saber que aquellas cosas estaban en su casa.

—Vuelve a atarlo hasta la noche, y entonces los llevaremos a la cocina y los quemaremos todos —dijo el hombre.

Sin embargo, la mujer era más cautelosa.

—No —objetó—; no podemos quemarlos todos a la vez, pues los demás podrían ver el humo y preguntarse qué hacemos. Debo quemarlos poco a poco, todos los días, como si fuera la hierba para cocer nuestra comida.

La vieja madre no escuchaba estas palabras. Sólo sabía que su hijo había caído en malas manos.

—¡Oh, hijo! ¿Qué harás por tu hermano menor? —preguntó—. ¿Cómo le encontrarás?

—Sé dónde está —repuso el hombre lentamente y con desgana—. Mi primo dijo que los llevaron a una cárcel cerca de la puerta sur, donde se encuentra el campo de ejecución.

Gritó entonces al ver el terrible aspecto de su madre, y junto con su esposa acostó a su madre en la yacija, donde quedó con la cara terrosa y respirando afanosamente, susurrando:

—¡Oh, hijo! ¿No irás..., tu hermano...?

El hijo mayor olvidó el miedo que sintiera por si mismo y habló, compadeciendo a su madre:

—Sí, madre, iré..., iré...

Se cambió de vestidos entonces y calzó zapatos. El tiempo se hacía eterno para la madre, mientras tanto.

Cuando finalmente el hijo mayor estuvo dispuesto, le llamó a su lado, y haciéndole bajar la cabeza, le cuchicheó al oído:

—Hijo no escatimes el dinero. Si está verdaderamente en la cárcel, debemos gastar dinero para sacarle de allí. El dinero puede hacerlo, hijo. ¿Quién ha oído jamás hablar de una cárcel que no abriera sus puertas por dinero, para libertar a un hombre? Hijo, tengo un poco... en un hoyo aquí... Lo guardaba para él..., empléalo todo..., todo el que tenemos...

La cara del hombre no cambió. Miró a su esposa y ella miróle a él y el hijo dijo:

—Escatimaré todo el que pueda, madre, pensando en ti.

—¿Qué importo yo? —gritó ella—. Soy vieja y estoy dispuesta a morir. Has de salvarle a él.

El hijo fue en busca de su primo, y los dos marcharon hacia la ciudad.

¿Qué podía hacer la madre entonces, sino esperar? Aquélla fue la espera más larga de su vida. No podía permanecer echada en la yacija y sentía mareos si se levantaba. Finalmente la esposa del hijo se asustó al ver el aspecto de la madre y su mirada fija y al oír sus murmuraciones y los golpes que con las manos se daba en sus delgados muslos. Entonces fue a buscar al viejo primo y a la esposa del primo y los tres se sentaron junto a la yacija de la vieja madre.

Ciertamente la madre se sintió algo consolada al tener a los primos juntos a ella, pues eran las dos personas con quienes más francamente podía hablar. Y entonces lloró, diciendo una y otra vez:

—¿No he tenido ya bastantes penas por los pecados que he cometido? ¿Por qué no moriré y acabará así toda para mí, si he pecado? ¿Por qué he perdido a mi doncella y ahora a mi hijo menor, y seguramente también perderé a mi nieto? Nunca veré a mi Hielo. Sé que nunca lo veré, pero no será porque yo haya muerto.

Se irritó al pensar en las muchas penas que ha sufrido en su vida, y gritó, sin dejar de llorar:

—¿Hay alguna mujer perfecta que esté sin pecado? ¿Por qué he de sufrir yo tanto?

Entonces la esposa del primo habló apresuradamente, temiendo que la madre dijera demasiado en su dolor.

—Ten por seguro que todas hemos pecado —díjole—, y si debiéramos ser juzgados por nuestros pecados, ninguna de nosotras tendría hijos. Mira a mis hijos y a los hijos de mis hijos, y, sin embargo, soy una vieja mala, que nunca se acerca a un templo, ni nunca se ha acercado. Cuando una sacerdotisa me gritaba que tenía que aprender el camino del cielo, estaba yo demasiado ocupada con los hijos pequeños, y ahora, cuando vienen a decirme que debo aprender el camino del cielo, soy demasiado vieja ya y habrán de aceptarme en el cielo tal como soy o pasarme sin mí.

Así consoló a la desconsolada madre.

—Espera, buena prima, hasta que sepamos qué noticias hay —dijo entonces el primo—. Tal vez no debas afligirte, después de todo, pues quizá le pongan en libertad por el dinero que tu hijo y mi hijo llevan para ello, o quizá mi hijo se equivocó y no fue tu hijo a quien vio amarrado.

La esposa del primo pidió a la esposa del joven que fuera a vigilar algo en su casa, pues quería que la esposa del hijo no estuviera cerca, por si la madre, aquella pobre vieja decía más de lo debido en aquellos momentos de angustia, lo cual sería lamentable, después de guardar silencio durante tantos años.

Así esperaron el regreso de los dos hombres, pues era más fácil la espera para tres que para uno solamente.

La noche cayó antes de que la madre les viera llegar. Habíase levantado de la yacija, por la tarde, y teniendo a su lado al primo y a la esposa del primo, sentóse bajo el sauce, y allí quedaron los tres, mirando hacia la calle de la aldea. La esposa del primo descabezaba sus sueños, que ni siquiera el dolor y la pena podían alejar.

Por fin, cuando el sol habíase ya casi ocultado, la madre les vio llegar. Púsose en pie, apoyándose en el bastón, protegiéndose los ojos con la mano.

—¡Son ellos! —gritó, yendo hacia la calle lo más de prisa que sus piernas querían llevarla.

Tan fuerte había sido su grito, tan rápidos sus pasos, que todos salieron de sus casas, pues en la aldea nadie ignoraba la noticia, pero ninguna osaba acercarse directamente a la casa de la madre, por temor de comprometerse a causa del hijo menor y sufrir terribles consecuencias ellos también quizá. Durante todo el día habíanse ocupado todos en sus tareas, comidos por la curiosidad, pero temerosos, también, como sucede a los campesinos cuando se habla de cárceles y gobernadores. Salieron de sus casas, pero no se acercaron, contemplándolo todo desde lejos. El primo levantóse asimismo y siguió a la madre, e incluso la esposa del primo hubiéralo hecho también, pero nunca caminaba, a menos que debiera hacerlo, y se

dijo que poco después se enteraría de todo. Estaba convencida de que sucederla lo mejor, por lo que no quiso molestarle y quedó sentada en el banco, esperando.

La madre corrió al encuentro de su hijo y le cogió del brazo, gritando:

—¿Y mi hijo menor?

Pero al hacer la pregunta, mientras sus viejos ojos escrutaban la cara de los dos hombres, supo que la desgracia estaba escrita allí.

Los dos primos se miraron, y finalmente el hijo habló sobriamente:

—Está en la cárcel, madre.

Los dos hombres volvieron a mirarse. El hijo del primo se rascó la cabeza un rato y apartó los ojos como si no supiera qué decir.

—Dudo que podamos salvarle, madre —prosiguió el hijo—. El y otros veinte más encontrarán la muerte por la mañana.

—¿Muerte? —gritó la madre—. ¿Muerte? Hubiérase derrumbado, de no haberla sostenido los dos hombres.

La llevaron a la casa más cercana y la hicieron sentar, intentando calmarla, pero ella empezó a llorar como un niño, temblándole la barbilla, con las lágrimas cayéndole por las mejillas y se golpeaba el pecho con los puños, gritando, acusadora contra su hijo:

—No les ofreciste bastante dinero. Te dije que yo tenía un poco, pero no muy poco, sino que son cuarenta piezas de plata y otras dos pequeñas, que él me dio.

Cuando vio que su hijo permanecía de pie, con la cabeza caída y el labio superior cubierto de sudor y también la frente, le escupió en su ira:

—¡No será para ti! ¡Si él muere, no será para ti esa plata! ¡Primero la arrojaré al río!

Entonces habló el hijo del primo, con la cara contraída en tan dolorosa hora.

—No, tía —dijo—, no le culpes a él. Ofreció más de dos veces la plata que tú tienes. Ofreció piezas por su hermano e intentó sobornar a los personajes más altos. Mostró plata a uno y a otro, pero ni siquiera quisieron dejarle ver a tu hijo menor.

—¡No ofreció bastante! —gritó la madre—. ¿Quién ha oído jamás hablar de guardianes de una cárcel que no se dejen sobornar? Pero yo iré a buscar ese dinero ahora mismo. Sí, lo sacaré del hoyo, aunque soy vieja, e iré a buscar a mi hijo menor y lo traeré a casa y nunca más se separará de mí.

Los dos hombres miráronse nuevamente. La cara del hijo pedía a la de su primo que volviera a hablar por él y el primo habló.

—Buena tía, ni siquiera te dejarán verle. No nos dejaron entrar, te lo aseguro, aunque mostramos plata, porque dijeron que el gobernador estaba airado por un crimen como el suyo. Es un nuevo crimen, muy odioso.

—¡Mi hijo jamás ha cometido crimen alguno! —gritó la madre con orgullo—. Hay aquí un enemigo que paga más de lo que nosotros tenemos, para que siga en la

cárcel.

La madre miró a su alrededor, a la muchedumbre que estaba mirando, bebiendo las noticias que oían, con los ojos casi salidos de las órbitas y abierta la boca y ella les gritó:

—¿Sabéis vosotros de algún crimen que mi hijo cometiera?

Nadie habló, apartando todos la mirada. La madre vio su gesto y su corazón se quebró.

—Vosotros le odiabais porque era más agradable de ver que vuestros hijos negros, que sólo saben trabajar la tierra, si, vosotros odiáis a quien es mejor que vosotros mismos...

Levantóse y fue hacia la casa, renqueando y llorando amargamente.

Pero cuando llegó nuevamente allí y estuvieron solos, con el primo y la esposa del primo, la madre secóse los ojos y habló a su hijo más reposadamente, aunque con fiebre en la voz aún.

—Estamos perdiendo el tiempo. Cuéntamelo todo, porque acaso todavía podamos salvarle. Tenemos la noche aún. ¿Cuál fue su verdadero crimen? Cogemos cuanto tenemos y le salvaremos.

Una mirada cruzóse entre el hijo y la esposa del hijo al oír esas palabras, no maligna, pero como si la paciencia se agotara en ellos y entonces el hijo habló.

—No sé exactamente cuál es su crimen, pero dijeron de él que era lo que te dije: un comunista. Es una nueva palabra; la he oído a menudo y cuando pregunté qué significaba, pareció ser una especie de banda de ladrones. Se lo pregunté al guardián en la cárcel, que está de pie con un fusil al brazo y me contestó: «¿Qué es? Nada menos que uno que te quitaría tu tierra para él, buen hombre, y uno que conspira contra el Estado y por eso debe morir con sus compañeros». Si, ése es su crimen.

La madre escuchaba atentamente. La luz de la vela le caía en la cara mojada por las Lágrimas y dijo, asombrada, temblándole la voz, mientras se esforzaba en conservarla firme.

—No creo que pueda ser eso. Nunca le oí decir una palabra así, ni jamás he oído hablar de semejante crimen. Matar a un hombre, robar una casa, dejar morir de hambre a los padres, eso son crímenes. Pero, ¿cómo puede robarse la tierra? ¿Puede enrollarse como si fuera tela y ocultarla en alguna parte?

—No lo sé, madre —repuso el hijo, con la cabeza caída y los brazos colgando entre las rodillas, pues estaba sentado en un taburete.

Llevaba su túnica aún, pero con el extremo anudado a la cintura, pues no estaba acostumbrado a semejante vestido.

—No sé qué más se dijo; oímos muchas cosas en la ciudad, porque muchos son los que morirán mañana y todos se preparan como si fuera una fiesta. ¿Qué más dijeron, primo?

El hijo del primo se rascó la barbilla y tragó saliva mirando a todos cuantos encontrábase en la habitación, antes de hablar.

—Mucho hablaba la gente de la ciudad —dijo—, pero no me atreví a hacer demasiadas preguntas, pues cuando pregunté a qué venía aquel bullicio, los guardianes de la cárcel se volvieron hacia mí y me dijeron: «¿Eres tú uno de ellos, también? ¿Qué te importa a tí, pues, si les matan?». No osé decir que era primo de uno de los que habían de matar. Pero encontramos un jefe de carceleros y le dimos algunas monedas rogándole fuera con nosotros a un lugar aislado para hablar y nos condujo a una esquina de la cárcel, detrás de su propia casa, y allí le dijimos que éramos campesinos honrados y que teníamos un poco de tierra y algo más arrendada y que entre los condenados a morir había uno que era pariente lejano nuestro, y que queríamos salvarle por nuestro honor, puesto que nadie que llevara nuestro apellido había jamás muerto bajo la espalda del verdugo, si no costaba mucho dinero, pues somos pobres. El carcelero cogió la plata y preguntó cómo era nuestro pariente, y se lo dijimos. Entonces contestó: «Creo que sé quién es el muchacho que decís, pues ha estado muy inquieto en la cárcel. Creo que diría todo lo que sabe, si no fuera por una doncella que con él está, valiente como el que más, que le mantiene animado. Si, algunos son duros y osados y no les importa morir. Pero este muchacho está asustado. Dudo que sepa lo que ha hecho, o por qué muere, pues parece un sencillo campesino a quien han utilizado para sus fines habiéndole hecho grandes promesas. Creo que su crimen consiste en que le encontraron ciertos libros que distribuía gratuitamente a la gente, y en esos libros se dicen muchas cosas malas de derribar el Estado y distribuir por igual todo el dinero y toda la tierra».

Entonces la madre miró a su hijo mayor y volvió a gemir y a llorar.

—Siempre supe que debíamos darle alguna tierra. Podíamos haber arrendado alguna más y darle una parte... Pero no; ese hijo mayor mío y su esposa la querían toda para ellos y se lo escatimaban todo...

El hijo mayor abrió la boca para hablar, pero el primo viejo habló quedamente.

—No digas nada, hijo mío. Deja que tu madre te culpe y se desahogue. Todos sabemos lo que tú eres y lo que era tu hermano y cuánto odiaba el trabajo en el campo o cualquier otro trabajo.

Y el hijo mayor calló.

—Le preguntamos al carcelero cuánta plata se necesitaría para libertar al muchacho —prosiguió el hijo del primo—, pero el carcelero meneó la cabeza y dijo que si el muchacho fuera de buena casa e hijo de algún hombre rico y poderoso, entonces indudablemente pudiera liberársele con plata. Pero tratándose de un campesino pobre, nadie arriesgaría la vida por cuanto pudiéramos dar, por lo que el muchacho tendría que morir.

—¿Y ha de morir porque es mi hijo y yo soy pobre? —gritó la madre—. Tenemos

aquella tierra que poseemos y la venderemos para libertarle. Sí, la venderemos esta misma noche. Hay algunos en esta aldea...

Pero el hijo mayor la interrumpió al oírle hablar de su tierra.

—¿Y de qué viviremos? Casi no podemos vivir ahora, y si arrendamos más tierras y con la enorme parte que hay que dar al terrateniente, seremos mendigos. Cuanto tenemos es esa pequeña parcela de tierra y no la venderé, madre. No, la tierra es mía y no la venderé.

Luego habló su esposa, por primera vez, pues había permanecido sentada, escuchando, con aspecto grave y sin dejar traslucir su pensamiento.

—Ahora tenemos que pensar en el hijo que está en mí.

—Si, en él pienso —dijo el hombre, pesadamente.

La vieja madre guardó silencio entonces. Se quedó silenciosa y lloró un rato y, después, toda la noche. Cuando se pronunciaron nuevas palabras no hubo más que esa respuesta para todas.

Cuando se acercaba el alba, pues habían permanecido levantados toda la noche, la madre reunió las pocas fuerzas que le quedaban.

—Iré yo misma —dijo—. Una vez más iré a la ciudad, para ver a mi hijo menor, si debe morir.

Los otros la cogieron del brazo, suplicándole que no fuera.

—Madre, yo iré a buscarle... después... pues si tú presencias su muerte, tú misma morirás —repuso el hijo.

—¿Qué importa que yo muera? —replicó.

Lavóse la cara y peinó los pocos cabellos grises que le quedaban, vistiendo después ropas limpias, como acostumbraba hacer cuando iba a la ciudad.

—Ve a buscar el asno de mi primo —dijo simplemente—. ¿Querrás dejármelo, primo?

—Si —repuso el otro, tristemente.

El hijo y el hijo del primo fueron a buscar el asno, y luego sentaron a la madre en el lomo del animal y ellos caminaron hasta la ciudad, uno a cada lado, el hijo con una linterna en la mano, pues el alba era aún muy débil para caminar a su luz.

La madre estaba débil y silenciosa y lavada por sus lágrimas y casi no sabía lo que hacía al agarrarse al asno. Le colgaba la cabeza y no levantó la mirada una sola vez para contemplar la amanecida.

Sus ojos estaban fijos en la polvorienta carretera, que casi no se veía en la oscuridad. Los hombres callaban, también, en hora tan grave, y recorrieron la carretera hacia el Sur, llegando a la puerta de la ciudad, que no estaba abierta aún, pues todavía era muy temprano.

Muchos esperaban ya, pues se había anunciado por la campiña que habría numerosas decapitaciones y las gentes iban a presenciarlas como si se tratara de una

fiesta y llevaban a sus hijos. Apenas se abrieron las puertas, todos entraron en la ciudad, la madre montada en el asno, y los dos hombres, dirigiéndose al descampado cerca de las murallas. A la leve luz de la mañana, había allí ya una gran multitud, silenciosa al pensar en el gran espectáculo de muerte que se avecinaba. Los niños se aferraban a sus padres, temiendo algo desconocido y otros gritaban, pero la muchedumbre guardaba silencio, esperando con afán, gozándose en el horror que anhelaban contemplar y odiándolo también.

Pero la madre y los dos hombres no se quedaron con aquellas gentes.

—Vayamos a la puerta de la cárcel y quedémonos allí —susurró la madre, pues en su pobre corazón albergaba todavía la esperanza de que cuando viera a su hijo ocurriría algún milagro que le salvara.

El hombre volvió la cabeza del asno hacia la cárcel, junto a cuya puerta, abierta en el alto muro rematado con cristales, esperaron. Un guardián se desperezaba y junto a él ardía un farol, la llama de cuya vela derretía un sebo rojo como la sangre, hasta que una bocanada de viento frío sopló de pronto y apagó la vacilante llama. Los tres esperaron en la polvorienta calle y la madre desmontó del asno. Pronto oyeron ruido de pasos y un grito.

—¡Abrid la puerta!

Y la puerta se abrió.

Los guardianes se pusieron en pie y quedaron junto a la puerta, erguidos, con el fusil al hombro. Y la puerta se abrió.

La madre se esforzó para ver a su hijo. Se acercaban muchas personas, jóvenes amarrados el uno al otro, de dos en dos, con las manos sujetas a la espalda con cuerdas de cáñamo y cada dos atados a los dos de delante. Al principio todos parecían hombres jóvenes, y, sin embargo, acá y acullá había algunas doncellas, difíciles de identificar como tales, porque sus cabellos largos habían sido cortados y vestían igual que los hombres y nada había para demostrar lo que eran hasta que, mirando fijamente, se veían sus pequeños senos y su talle estrecho, pues sus caras eran tan fieras y osadas como la de cualquier muchacho.

La madre miraba todos los rostros y de pronto vio a su hijo. Si, allí estaba, caminando con la cabeza caída, atado a una doncella, mano con mano.

La madre corrió hacia delante y cayó a sus pies, y agarróse a sus piernas, gritando:

—¡Hijo mío!

Miró su cara, pálida como jamás la viera, sus labios descoloridos y terrosos y sus ojos apagados. Cuando vio a su madre, el muchacho palideció más aún y hubiera caído, de no haber estado unido a la doncella, que tiró de él, no dejándole caer, ni tampoco detenerse. Al ver a la vieja de cabellos blancos a los pies del muchacho, la muchacha rio sonoramente y gritó:

—¡Camarada, recuerda que no tienes ni madre ni padre, ni nadie que te sea querido, excepto nuestra causa común!

Y tiró de él hacia delante.

Acercóse corriendo un guardián, que cogió a la madre y la arrojó a un lado de la calle, donde quedó ella, entre el polvo. Los prisioneros siguieron su marcha y desaparecieron hacia la puerta del Sur y así fueron a la muerte.

Finalmente se acercaron las dos hombres para levantar a la madre, pero ella no quiso que la tocaran. Yació en el polvo un rato, gimiendo y escuchando alelada aquella extraña canción, sin comprender nada, sólo gimiendo.

Sin embargo, tampoco pudo gemir mucho rato, pues un guardián salió por la puerta de la cárcel y la empujó rudamente con el fusil, gritándole:

—¡Largo de aquí, bruja!

Los dos hombres se asustaron y la pusieron en pie, a la fuerza, y luego la montaron en el asno y emprendieron el regreso a la casa, despacio. Pero antes de que llegaran a la puerta del Sur, se detuvieron un rato junto a una pared y esperaron.

Esperaron hasta que oyeron un enorme rugido. Entonces los dos hombres se miraron mutuamente y luego a la madre. Pero ella no demostró haber oído o saber a qué se debía aquel espantoso grito. Estaba sentada en el lomo del asno, con la cabeza caída, mirando fijamente el polvo de la calle.

Prosiguieron su camino, después de haber oído el rugido, y encontraron a la muchedumbre que se desparramaba, gritándose los unos a los otros. Los hombres nada dijeron, y la madre parecía no oír nada, pero alguien gritó:

—¡Fueron alegres a la muerte y murieron llenos de valor! ¿Visteis a aquella doncella que cantó hasta el fin? Cuando su cabeza rodó, juro que cantó durante un segundo.

—¿Visteis al muchacho cuya sangre roja saltó tan lejos que manchó la bota del verdugo y le hizo soltar un juramento? —gritó otro.

Algunos reían y sus caras estaban rojas, y otros estaban pálidos. Cuando los dos hombres y la madre cruzaban la puerta de la ciudad, un muchacho cuyo rostro estaba tan pálido como la cal, volvióse, se apoyó contra la pared y vomitó.

Pero si la madre vio u oyó esas cosas, no lo dijo. No; ella sabía que su hijo menor había muerto ya y que de nada serviría la plata. Los reproches eran asimismo inútiles, si algo había que reprochar. Ansiaba llegar a su casa e ir junto a aquella tumba y llorar. En su corazón recordó amargamente que ni siquiera tenía una tumba de sus propios muertos sobre la que llorar, como tenían otras mujeres, y que había de ir a la vieja sepultura de un desconocido para desahogar su corazón. Pero incluso ese dolor pasó y sólo anhelaba llorar y desahogarse.

Cuando llegaron ante la puerta de su casa, la madre desmontó, suplicando a su

hijo mayor:

—Llévame detrás de la aldea. Debo llorar un rato.

La esposa del prima estaba en la casa y oyendo las palabras de la madre habló bondadosamente, meneando su vieja cabeza y secándose los ojos con la manga.

—Sí, dejad que la pobrecilla llore un rato..., es lo mejor...

Y así, en silencio, el hijo llevó a la madre a la sepultura y alisó la hierba para que se sentara. La madre se sentó y apoyó la cabeza sobre la tumba.

—Vete y déjame sola un rato, para que pueda llorar —díjole ella, con mirada desvariada. Y cuando el hijo vaciló, añadió con firmeza—: ¡Déjame, pues si no lloro moriré!

—Volveré pronto a buscarte, madre —repuso el hijo, pues le disgustaba dejarla allí, sola.

La madre quedó contemplando cómo el día gris se aclaraba y tornábase brillante. Miró cómo el sol alumbraba con su luz dorada toda la tierra, como si nadie hubiese muerto aquel día. El grano había madurado en los campos, aguardando las manos que lo recogerían. Y la madre esperaba que su dolor se convirtiera en lágrimas, para calmar su corazón destrozado. Pensó en toda su vida y en toda su muerte y el poco bien de que había gozado durante todos sus años y su pena aumentó. Dejó que aumentara, no enfadada ya, ni resistiéndose, sino cediendo. Consintió en que el dolor la aplastara después de haberla llenado, aceptándolo plenamente y luego volvió los ojos al cielo y gritó en su agonía:

—¿Es esto expiación? ¿He sido ya castigada?

Entonces las lágrimas surgieron, abundantes, y ella apoyó su vieja cabeza en la tumba y ocultó la cara entre la hierba, y así lloró.

Lloró toda aquella brillante mañana. Recordaba todas las penas, las pequeñas y las grandes y cómo su hombre habíase disgustado con ella, abandonándola después. Recordó que no había doncella alguna en la casa que fuera a buscarla para que dejara de llorar y que su hijo estaba atado a aquella fiera doncella y aquel día lloró por toda su vida.

Mientras lloraba, llegó su hijo corriendo. Sí, corría por la tierra, inundada de sol, y al correr hacía gestos con el brazo y le gritaba algo, pero ella no podía oírlo en su inmenso dolor. Levantó la cabeza y entonces le oyó decir:

—Madre, madre...

Y luego le oyó gritar:

—¡Mi hijo ha nacido! ¡Tu nieto, madre!

Sí, oyó ese grito suyo tan claramente como había oído toda llamada durante toda su vida. Sus lágrimas cesaron, sin darse ella cuenta. Levantose y se tambaleó, y fue a su encuentro, gritando:

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

—Ahora mismo —gritó él, riendo—. En este momento. ¡Es un hijo! ¡Nunca he visto ninguno tan grande como él! ¡Grita como si hubiera nacido hace un año o dos, lo juro!

La madre apoyó una mano en su hijo y empezó a reír un poco, sin dejar de llorar. Y cogida de él, apresuró sus viejos pies y se olvidó de sí misma.

Así los dos fueron a la casa y entraron en aquella habitación donde la nueva madre yacía en la cama. La habitación estaba llena de mujeres de la aldea, que aparecieron al saberse la noticia, e incluso aquella vieja murmuradora, la más vieja de ellas, muy sorda y encorvada por los muchos años, estaba allí también.

—Mujer afortunada eres, ama de casa —dijo con su voz cascada—. Pensé que el fin de tu suerte había llegado, pero aquí está otra vez, en un hijo de tu hijo, y aquí estoy yo sólo con mis viejos huesos...

Pero la vieja madre no contestó a esas palabras de la vieja murmuradora, pues a nadie veía. Entró en la habitación y acercase a la cama y miró. Allí estaba el niño, un muchacho, gritando como su padre habíale dicho que hacía, con la boca completamente abierta. Era el niño más robusto y hermoso que jamás había ella visto. Inclínose y lo cogió en sus brazos y lo sostuvo contra su pecho, sintiendo que su calor y su fuerza le daban nueva vida.

Le miró de la cabeza a los pies y rio y volvió a mirarle, y por fin buscó en la habitación a la esposa del primo, viéndola con uno o dos de sus nietos cogidos de ella, contemplando al recién nacido.

Cuando encontró la cara que buscaba, la vieja madre sostuvo en alto al niño para que la otra lo viera y olvidando que la habitación estaba llena de gente, gritó, riendo, con los ojos hinchados por sus viejas lágrimas:

—¡Mira, prima! ¡Dudo haber estado alguna vez tan llena de pecado como creí! ¡Mira mi nieto!

FIN



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932). y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín.

También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970). y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] bálago: Paja larga de los cereales después de quitarle el grano. <<

[2] batintín: Instrumento chino de percusión que consiste en un disco rebordeado de una aleación metálica muy sonora y que, suspendido, se toca con un mazo. <<